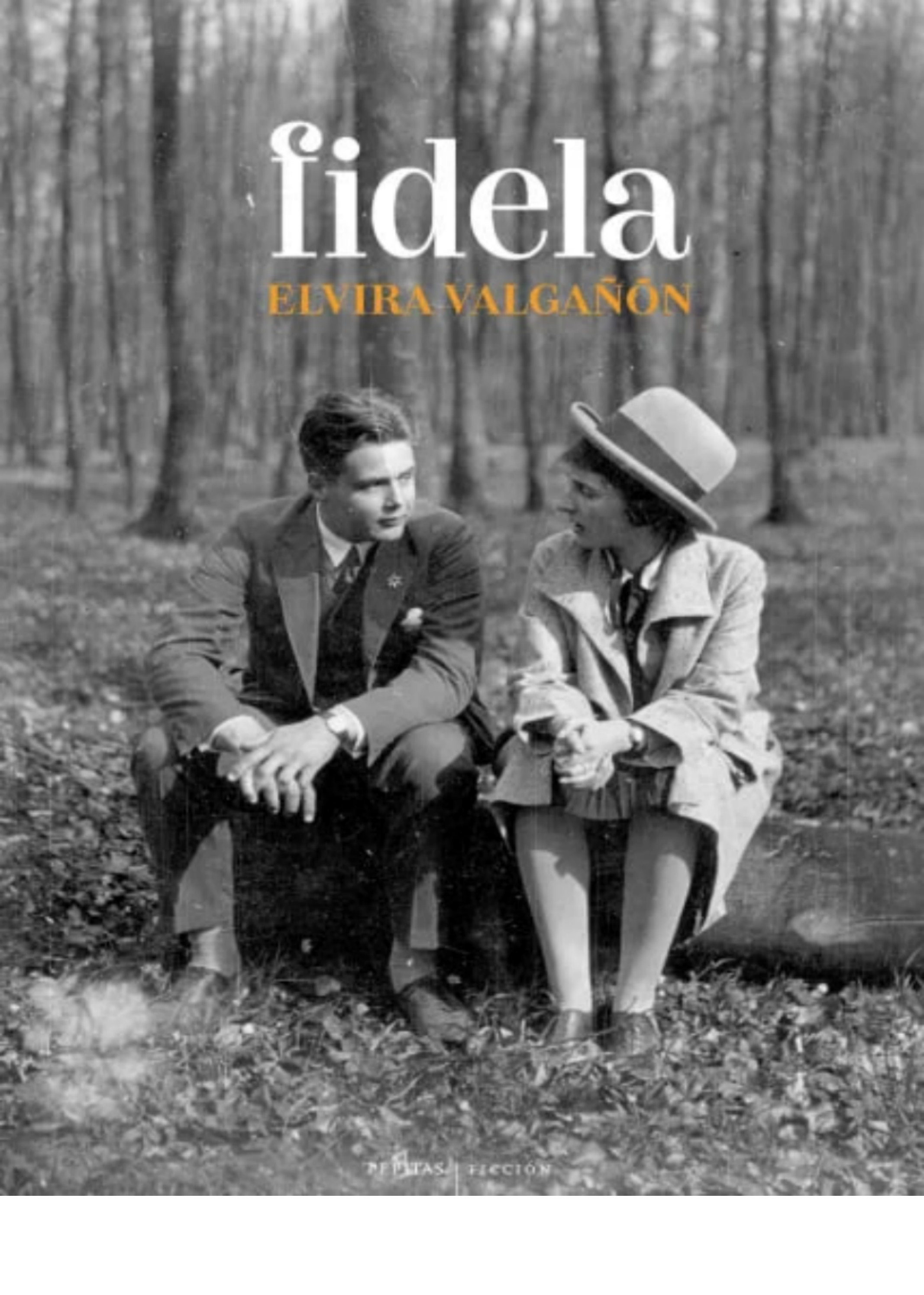

fidela
ELVIRA VALGAÑÓN
FICCIÓN

[image]

Fidela

ELVIRA VALGAÑÓN

Fidela

Pepitas de calabaza s. l.

Apartado de correos n.o 40

26080 Logroño (La Rioja, Spain)

pepitas@pepitas.net

www.pepitas.net

Cubierta: América Sánchez

ISBN: 978-84-18998-50-8

Producción del ePub: booqlab

Primera edición, septiembre de 2023

A Luis Ángel, como siempre, como todo

A Estela, porque sin ella, imposible

LA MAÑANA SIGUIENTE

I

Fidela suspiró y se agachó a recoger otro farolillo del suelo.

Subido a la escalera, Damián volvió a ponerse de puntillas para soltar la cuerda que quedaba atada al tronco del castaño grande. Después de un rato intentando desatar el nudo, sacó del bolsillo la navaja que había cogido por si acaso.

Antes del desayuno ya habían retirado entre él y José todo lo de la fiesta. Los veladores de la terraza, las sillas de patas finas, los sillones de mimbre, la mesa grande que se plegaba y se guardaba en la antigua armería… Lo primero, el gramófono.

—Donde los árboles —les había pedido la señorita Vera la tarde anterior, cuando ya tenían todo lo demás preparado—. Los discos ya los sacaré yo.

Y ellos la habían seguido al salón y entre los dos habían cogido el gramófono, con mueble y todo, para bajarlo en volandas por las escaleras, José delante, él detrás, y sacarlo al jardín. En cuanto pusieron un pie en la hierba, lo dejaron en el suelo por descansar un momento y José, que nunca se fiaba del buen tiempo, frunció el ceño y señaló con la cabeza las ramas más tupidas del castaño grande.

—Mejor a cubierto —dijo—, no sea que caiga algo de agua.

Lo primero, pues, el gramófono, que nadie se había acordado de parar al terminar el último baile y había seguido girando y girando hasta que se le acabó la cuerda.

Meneando la cabeza, José quitó el disco para no rayarlo y lo guardó en su funda; luego secó la trompeta y la caja de madera con un paño que llevaba asomando del bolsillo y llamó a Damián con la mano para que lo ayudara a llevar el gramófono a su sitio.

Antes, nada más levantarse, Sole y María habían entrado a la cocina los manteles, las bandejas, los ceniceros, los platos con restos de dulces, las copas de champán, las servilletas. Todo cubierto de una finísima película de agua que no llegaba a mojar pero enfriaba los

dedos.

José volvía ahora a la cocina cargado con una barca de madera en la que tintineaban las últimas botellas vacías y el jardín empezaba a parecer igual que siempre, a no ser por las flores tronchadas y los farolillos chinos que, con el viento, se habían soltado de los cordeles y habían quedado sembrados por el césped.

En el desayuno de la cocina ya se había quejado Luis de los destrozos de la gente joven.

Había encontrado cristales rotos donde las clavelinas, dijo, le habían pisado las dalias y los jacintos. Luis era el jardinero de El Espinar desde hacía más de veinte años y tenía su casa en el pueblo, pero los días que venía pronto desayunaba con ellos en la cocina. Echadas a perder, decía compungido entre sorbo y sorbo de café con leche, ya no se puede hacer nada… Doro, la cocinera, le arrimó el pan y él partió un trozo con la mano y lo mojó en el tazón con aire resignado.

Fidela, que había dormido poco, escuchaba en silencio, con la cabeza en otra cosa, revolviendo desganada sus sopas de leche.

El jardinero no había sido el único en torcer el morro al enterarse de que ese año la señora quería la fiesta en el jardín.

—El baile, donde los árboles —había dicho—. Así estará la juventud a su aire… y nosotros, tranquilos.

Con la gorra en las manos y algo de apuro, porque había entrado un poco de barro con las botas y acababa de darse cuenta de que había dejado el rastro en el suelo, el jardinero escuchó los planes para la noche del cumpleaños del señor sin decidirse a poner reparos.

Pero luego, en la cocina, se quejó en voz baja de que la señora tuviera esos caprichos. Como si no hubiera ya trabajo bastante. Doro, al oírlo, también puso el grito en el cielo. No daremos abasto, decía. Si quiere tener a los invitados en el jardín tendrán que poner tres o cuatro camareros más. Tres por lo menos, decía, y habrá que traer alguna moza del pueblo para que ayude en la cocina, con lo que cuesta que trabajen bien. Luis meneaba la cabeza sin decir más y chasqueaba la lengua, contrariado.

La única que no se quejó fue la señorita Vera.

Por una vez, hasta quiso ayudar con las cosas de la fiesta. ¿Qué mosca le habrá picado?, se preguntaban en la cocina extrañados, y más cuando, a los dos o tres días, se presentó en el invernadero a hablar con Luis de los planes que tenía y a contarle lo de los farolillos. Y los manteles blancos. Y en las mesas, centros pequeños, Luis, nada de esos horrores que le gustan a mamá, mejor algo sencillo, sí, nidos de zarzas y flores de escaramujo, como los que vimos en aquel hotel de Biarritz, que quedaban muy modernos. No sé yo, señorita…, dijo él mientras llenaba de agua la regadera, pensando ya en lo que iba a decir la señora. No te preocupes, que a mamá se lo digo yo.

También eso lo contó Luis en la cocina.

—De más le consienten a la señorita —entró Sole, que siempre tenía opiniones aunque no vinieran a cuento. Y miró a Fidela de reojo antes de añadir, con mala idea—: Últimamente la ven mucho por Cerveda, ¿no? Y por el pueblo también. Eso dicen…

Fidela se encogió de hombros.

—Y lo del auto, menuda ocurrencia. Imagínate lo que hablarán las gentes…

—Pues a mí me parece bien que la señorita sepa conducir el auto — había dicho Fidela aquel día, sin querer entrar en lo otro.

—A ti no te tiene que parecer nada, muchacha.

Y luego, mirando al aire, añadió doña Remedios:

—Cada uno tiene su lugar, ya lo aprenderá la señorita.

Que cada uno tenía su lugar era de las cosas que más le gustaba decir a doña Remedios. También decía otras, sobre todo a Fidela. Que no se den cuenta de que estás, le decía los primeros días, cuando la trajo a trabajar a la casa. Tienes que ir siempre limpia. No hables si no te hablan a ti. A la señora le gusta que haya siempre flores en el salón, menos crisantemos, que dice que le huelen a difunto. Nada más levantarte, limpiar las chimeneas y airear los salones. Te enseñará Inés. Luego, entre las dos, el comedor. Después, tú a la cocina. La señora es una santa, decía. El señor trabaja mucho, no hay que molestarle.

Fidelita, le decían don Tomás y Doro cuando llegó a la casa. Lita, le decían la señorita Vera y el señorito Andrés. La señora, no. La señora, al principio, la muchacha y, ahora, cuando hablaba de ella con doña

Remedios, la doncella. La doncella esto, la doncella lo otro.

Doña Remedios, prima segunda de su madre, subió al pueblo una mañana, recién empezado el verano, a preguntar por la hija. Si la chica vale, tendrá un porvenir, le dijo. La madre la miró conteniendo el gesto.

—Es muy niña.

—Once años ya son, mujer. Ganará un jornal. Y será una boca menos. Ahora que estás sola, no te sobrará.

La madre apretó los puños y clavó los ojos en el suelo recién fregado.

A los tres días la llevó a la casa. Pórtate bien, le dijo. Te darán cama y comida. Y un uniforme para que te pongas. Y zapatos, le dijo. Los primeros zapatos que tuvo. Le apretaban los dedos y a veces se los quitaba cuando no la veían. Entonces dormía en un cuarto con dos camas con Inés, la otra muchacha, y tenía una tarde libre a la semana. Los domingos se ponía su vestido de los domingos y sus zapatos nuevos y subía al pueblo a ver a la madre y los hermanos.

Tú en esa, le dijo Inés señalando la cama de debajo de la ventana y se sentó en la suya balanceando los pies mientras ella iba sacando sus cosas de la maletita que traía. El peine. Un saquito de horquillas para el moño. La caja de los hilos. Una pulsera de cuentas amarillas, regalo de la maestra. Un par de calcetines largos de lana y otros algo más finos, para el verano. Alguna muda. Los paños. Mira, ese es tu cajón, el segundo. Los paños aún no le hacían falta, pero ya le había explicado la madre para qué servían y cómo los tenía que usar. El vestido de diario, bien doblado. El nuevo se lo había sacado la madre de uno suyo que ya no se ponía. Ahora solo de negro, la madre. ¡Qué bonito!, dijo Inés al verlo, y ella sonrió. ¿Ya has conocido a Doro? ¿Y a don Tomás? Fidela dijo que no con la cabeza. Solo a doña Remedios. El cuarto tenía una ventanita que daba al jardín, aunque para asomarse tenían que subirse a la cama. Junto al armario había una jarra de peltre y un aguamanil grande, colocado en el asiento de una silla que tenía un par de toallas colgando del respaldo. Que no se den cuenta de que estás, le había dicho doña Remedios mientras subía con ella las escaleras. Tú, ver, oír y callar. Nada de perder el tiempo. Ni de holgazanear. Y nada de visitas, claro, le había dicho por el pasillo, ya casi llegando al cuarto. Cuando le abrió la puerta, le puso en las manos el uniforme. Tienes que ir siempre bien limpia. Si algo no

sabes, pregunta. Te enseñará Inés. Cuando terminó de deshacer la maleta, Fidela se puso de puntillas para ponerla encima del armario y se sentó en su cama con las manos quietas, sin saber muy bien qué hacer. ¿A ti te gustan las películas? le preguntó Inés. Fidela asintió. A mí mucho, dijo Inés, y estuvieron las dos un momento en silencio. Hoy para cenar, sopa, anunció y otra vez se quedaron calladas. ¿Quieres ver los peces de colores?

—Vale.

—Pues ven —le dijo Inés, y la cogió de la mano.

Los peces de colores los trajo el señor en una pecera de cristal. Para la señorita Vera. Vivían en la alberca del jardín y cada uno tenía su nombre. En la casa los seguían llamando los peces de colores aunque ya les quedaba poco del naranja brillante que les doraba el lomo cuando se los regaló el señor a la señorita. Con los años se habían hecho muy grandes y ahora nadaban solemnes y panzudos, como fantasmas pálidos, por entre las algas y las piedras. Sería por el frío, sospechaba Vera de niña, y algunos días se lo decía a los peces, asomada al borde de la alberca.

—Será por el frío —les explicaba—, que a veces les roba los colores a las cosas.

Inés sacó del bolsillo un pedazo de pan y partió un trozo para Fidela. Así, le dijo, y se agachó a mojarse los dedos para ablandarlo un poco. Mientras lanzaban al agua bolitas de miga, le contó que esa tarde estaba la casa vacía porque los señores habían ido de visita. También faltaban la señorita Vera y el señorito Andrés porque estaban en el colegio. Cada uno en el suyo, claro. ¿Tú sabes leer? Fidela dijo que sí con la cabeza. Yo, regular, dijo Inés; y añadió: Los señoritos vendrán ya pronto, en cuanto tengan las vacaciones. Allí está la huerta; ¿ves los cerezos? Ya empiezan a rojear. Y eso de ahí es el invernadero, no se puede entrar, solo don Luis. Y eso que parece un montón de piedras sin más, pues se llama el jardín alpino.

Hasta que llegó ella a la casa, Inés era la más joven y la que antes se levantaba por las mañanas. Doña Remedios manda mucho, dijo lanzando a la alberca el puñadito de pan que le quedaba, la que más. ¿Te enseño la casa? Es grande, dijo Fidela volviendo la cabeza. Pues ya verás para limpiarla… Pero se lo decía Inés con una sonrisa y Fidela se la devolvió y luego miró otra vez hacia la casa de reojo. Doro también manda mucho, explicó Inés poniéndose de pie, pero a veces te deja probar el postre si no se entera nadie. Fidela le tendió el pan

que le había sobrado y ella se lo guardó en el bolsillo, para otro día; después se sacudió el delantal y las dos echaron a andar hacia la casa.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó a Fidela.

—Doce, casi.

—Bien.

La campana de la puerta de provisiones anunció que llegaba el de la lechería y María, la muchacha, se levantó como un rayo y corrió a buscar las jarras para que se las llenara. Sin decir nada, Sole cruzó una mirada con Doro, que respondió levantando las cejas. Luis ni la oyó, la campana. Ya se había terminado las sopas y había apartado el tazón y la cuchara, y ahora se miraba las manos con desazón y seguía a lo suyo.

José, desde la otra punta de la mesa, carraspeó un poco para ver si así cortaba la letanía del jardinero y preguntó si había subido ya el cartero de Cerveda. Sole dijo que no con la cabeza.

—El señor echará en falta el periódico —se quejó doña Remedios, que se sentaba al lado de José y siempre se ponía en lo peor.

—Todavía queda hasta que vuelvan de misa —dijo Damián terminando de liar un cigarro.

—Echadas a perder…

—Mañana se va la hermana del señor, habrá que tener el auto preparado para llevarla a la estación —dijo muy tiesa doña Remedios, como si quisiera recuperar el terreno perdido—. Sole, de bajar el equipaje por la mañana te ocuparás tú, ya sabes.

—Sí, señora.

—Vaya prisas —dijo Doro.

—Es que este año empieza antes el veraneo. Ya lo dijo la señora.

—Y las gafas sin aparecer.

Doña Remedios negó con la cabeza.

—¿Quiere más café, José? —preguntó Doro.

—Un poco —contestó él alargándole la taza.

—¿Damián?

—No, no.

—Y a ti qué te pasa, Fidela. ¿Tienes mala gana?

Ella se encogió de hombros y clavó los ojos en el tazón de las sopas. Damián la miró de reojo.

—Parece que va a cambiar el tiempo —dijo, y encendió el cigarro.

—… un estropicio…

—¿Vienen mañana los de la fuente? —preguntó Sole.

—Si no llueve... La señora está deseando que terminen de una vez.

—Ya es hora, sí. Y eso que decían que iba a estar para el Corpus.

—… todo por no poner cuidado…

—Pues a este paso no llegan ni a Gracias.

Pilar, la nueva, sentada al lado de Fidela, desmigaba en silencio otro trozo de pan en su tazón de leche. Al terminar, recogió con el dorso de la mano las migas que se le habían caído en la mesa y las echó también en el tazón; antes de ponerse otra cucharada de azúcar, buscó la mirada de Doro. Esta le dio permiso con la cabeza.

—Anda a ver, no se queme el bizcocho —le dijo a María, que ya volvía con la leche.

Fidela no había visto nunca que una casa pudiera ser tan grande, como no fuera en las películas, ni que pudiera tener ese color como a nata y vainilla en la fachada ni tantísimos balcones ni tan altos.

Desde el camino, casi nada más entrar, ya se adivinaban el filo de la cornisa de piedra y la hilera de ventanas que le nacían al tejado, cada una con otro tejadito encima, pero hasta que no pasaron los pinos no vio Fidela la escalera de la entrada y la baranda de piedra, y las jardineras con forma de copa que tenía a cada lado, y las rejas onduladas de los balcones del segundo piso.

—¿Ves qué bonita? —dijo la madre parando un momento—. Ahora vas a vivir aquí.

Fidela asintió y se agarró casi sin darse cuenta a su falda, como cuando era pequeña; de esa manera caminaron un rato, sin hablar más, hasta que la madre le soltó la mano suavemente por que no la vieran llegar así a la casa.

Detrás aún hay más jardín, le dijo, y árboles altísimos, pero no para subirse. Y muchas flores.

Y donde acababan el jardín y el muro de la huerta empezaban otra vez los pinos, que llegaban hasta las laderas de los montes. Lo vio ella después. Y también las flores y los árboles y la parra que trepaba por la pared. Y el corrito con piedras y clavelinas, que se llamaba el jardín alpino. Se lo enseñó Inés que, al verla tan triste, la cogió de la mano y la llevó a la alberca a dar de comer a los peces y le dijo que su madre era muy guapa. Y que ella no conoció a la suya, por la gripe, y que la parra daba uvas un año sí y uno no, y este tocaba sí, y que una vez la señorita Vera había estado a punto de morirse. Ahora que empezaba el buen tiempo, le contó, el jardín se llenaba de luciérnagas por las noches y a veces había tantas que se veían desde su ventana. ¿Te enseño la casa? le preguntó cuando se le acabó el pan. Y cuando Fidela dijo que sí, volvió a cogerla de la mano para que no se perdiera.

Entraron por la antigua armería, que había dejado de usarse hacía muchos años y ahora estaba llena de otras cosas. No tenía luz, pero con la que entraba por las rendijas de las contraventanas ya se distinguían los bultos que lo ocupaban todo: trineos, sombrillas, raquetas de nieve, muebles de jardín, reteles para cangrejos, un biciclo oxidado que había tenido el señor de joven, juguetes viejos, un tren de hojalata con raíles y estación, espadas de madera, cajas de tebeos y pinochos del señorito, una enorme cabeza de ciervo que la señora mandó quitar del salón nada más instalarse en la casa… Fidela, que iba distraída, mirando a un lado y a otro con la boca abierta, casi se muere del susto al tropezar con ella, escondida como estaba tras varias pilas de revistas y cajas de sombreros, tendida bocarriba sobre la vieja mesa de billar. Tenía un ojo colgando, el ciervo, y una cadeneta de banderines enredada en los cuernos. Inés, desde el otro lado de la mesa, miró a Fidela con una mueca y le señaló, arrugando la nariz, el reguero de cagaditas de ratón que moteaba el tapete verde. Hay que decirle a Luis que revise los cepos, dijo.

Los pasillos del piso de abajo tenían muchos cuadros en las paredes y

suelos tan relucientes que casi daba pena pisarlos. Inés, que había vuelto a cogerla de la mano, la llevó al comedor malva y después a la sala de música, con sus dos chimeneas y su suelo encerado, y le enseñó a descorrer el panel de madera que parecía una pared pero no era y podía abrirse para juntar la sala con el comedor. También tenía cuadros en las paredes y una puerta con cristales por la que se salía a la terraza y luego, por unas escaleras, al jardín. Aquí se hacían las fiestas en tiempos del padre de don Cosme, dijo Inés. Bueno, y ahora también. Pero menos, dijo al tiempo que le hacía una reverencia y se cogía la punta de la falda con una mano. De pronto, escuchando una música que solo podía oír ella, Inés dio un paso hacia atrás y comenzó a girar por el salón con el brazo extendido y la cabeza inclinada, como si bailara con un novio. A Fidela le hizo gracia la ocurrencia, pero se puso muy colorada y le dijo que no con la cabeza cuando Inés le alargó la mano para que bailara ella también.

Pasaron por el recibidor y, antes de subir al piso de arriba, Inés la llevó adonde el ángel de la escalera para que viera lo bonito que era. Tenía casco como un sanjorge pero espada, no, y sandalias doradas y una túnica hasta los pies, y era verdad que era muy bonito el ángel, aunque luego resultó que no era un ángel, sino una diosa de antes, de los griegos, que se conoce que también tenía alas.

Por costumbre, Inés bajó la voz al subir al piso de arriba. Que no nos oiga doña Remedios, cuchicheó por las escaleras, y Fidela también habló en voz baja cuando le preguntó por el gato que se había cruzado con ellas en el pasillo. De la señora, le dijo Inés. Y las dos entraron detrás de él en el salón y lo observaron juguetear un rato con una pelotita de trapo y luego bostezar e ir a tumbarse frente al fuego.

Aunque ya había entrado el verano, en la casa seguían encendiéndose las chimeneas del piso de arriba. Es que es friolero el señor, explicó Inés encogiéndose de hombros, al tiempo que echaba otro tronco a la lumbre. Fidela pensó que aquello era tirar el dinero, pero no dijo nada. Aprovechó para agacharse frente al gato, como hacía con los de casa, y lo miró con curiosidad, como si le buscara algún misterio. Por fin se dio cuenta de lo que pasaba.

—Tiene un ojo de cada color.

—Y muy mal genio —contestó Inés enseñándole un arañazo que tenía en la mano.

El salón de arriba tenía ventanas muy grandes, para asomarse al jardín, y un piano nuevo que compró el señor para la señorita. Ahora

no lo tocaba nadie. Solo algunas veces las señoritas Teresa y Adelina, dijo Inés, cuando venían los veranos con sus padres.

Mientras terminaba Inés de atizar el fuego y volvía a colocar el chispero delante de la chimenea, Fidela observó con curiosidad los retratos que había sobre el piano. El señor y la señora en Roma, cuando su viaje de novios. La señorita Vera de pequeña, con un manguito de piel de conejo y gorro ruso. El señorito Andrés con el uniforme del colegio.

Al despacho del señor no se atrevieron a entrar ni siquiera esa tarde, así que lo vieron asomadas desde la puerta. Fidela abrió mucho los ojos al ver tantísimos libros en las paredes, más que en la escuela, pensó, y eso que aún le faltaban por ver los de la biblioteca, que tenía estanterías hasta el techo y una escalera que se movía para poder llegar a los más altos.

El salón del biombo azul, algo más pequeño que el otro, era donde recibía la señora, y entonces había que ponerse un delantal limpio y subir las bandejas del chocolate sin que se cayera nada. Ahí están las habitaciones, dijo Inés señalando las puertas en el pasillo.

Cuando se cansaron de ir y venir, volvieron a bajar, pero por las escaleras de atrás, que eran las suyas y llevaban directamente a las despensas y la cocina. Allí se encontraron a Doro, que cabeceaba en su silla con la labor de ganchillo a punto de caérsele de las manos y la radio encendida. Al verla, Inés miró a Fidela de reojo y se puso el dedo en la boca. Andando de puntillas, salieron de la cocina sin hacer ruido, aunque, ya en el pasillo, a las dos se les escapó la risa, porque allí también se oían los ronquidos de Doro. Inés, contenta por haber hecho reír a Fidela, aunque fuera un poco, le apretó la mano. ¿Te digo dónde hay frambuesas?

Al llegar frente a la casa, la madre se detuvo un momento, como si quisiera alargar un poquito el rato de estar con ella antes de despedirse. Pórtate bien, le dijo. Y haz caso a Remedios. Sí, madre. Y no te olvides de saludar a Doro de mi parte, le dijo ordenándole el pelo con las manos, como hacía antes. Ella dijo que sí con la cabeza y luego se abrazó a la madre y le olió en la ropa el olor a pan y a jabón y a la hierba cortada esa mañana y también el olor suyo de siempre, que era distinto de todos los demás olores. Sube a vernos cuando puedas, le dijo, acariciándole la mejilla, y luego le puso en la mano la maletita que le había llevado ella hasta allí y le estiró el vestido.

—Por ahí —le señaló. Y rodearon la casa para buscar la puerta del

servicio, donde las esperaba doña Remedios.

El señor iba y venía a sus negocios y la señora lo acompañaba a veces porque no le gustaba nada quedarse sola.

Con el uniforme ya parecía más mayor. Y más alta. Eso le pareció, aunque el espejo que tenían en la habitación era pequeño y no llegaba a verse entera. Inés, que se estaba atando los zapatos, la miró y aprobó con un gesto de la cabeza. También le vio en la cara lo poco que había dormido, pero no dijo nada. Echó agua en la jofaina para que se lavara y le puso en las manos una toalla limpia.

Fidela nunca había pasado una noche fuera de su casa ni en una cama que no fuera su cama, por eso al principio pensó que no iba a saber dormir con tanto silencio y con tanto sitio para ella sola. Y sin tener el calor de estufa de Pedro, pegado a su costado. De día Pedro no sabía estarse quieto en ningún sitio, pero por las noches se acurrucaba a su lado y no se movía más que para cambiar el pulgar que tenía siempre metido en la boca en cuanto se dormía.

¿Apagas tú?, preguntó Inés, que ya se había metido en la cama, y Fidela dijo que sí y se estiró un poco para llegar a la perilla de la luz, que colgaba junto a su cabecera.

Enseguida le pareció que Inés se había dormido y ella también cerró los ojos y los apretó para que le viniera el sueño cuanto antes. Pero pensó en su madre, que estaría sentada a la lumbre terminando de arreglar una camisa del padre con la que se había puesto la tarde anterior para que le sirviera a Juan. Ahora que no estaba el padre tendría que ser él el que pidiera las suertes de los praos y el que llevara con la madre los trabajos. Y el que apuntara en la libreta las cosas que había que apuntar, porque tampoco iba a estar ella. Anda, Fidela, toma tú, le decía a veces el padre, y le ponía delante la libreta que guardaba en el cajón. Por tener la letra bonita, le decía, y las manos pequeñas, no como él, que las tenía tan grandonas… y además ásperas, del dalle y de la azada, por eso a veces le ponía a ella el lápiz en las manos y le hablaba despacio, como la maestra en la escuela con los dictados, para que copiara:

A Justo Onaga le pagué el 22 de enero 33 fanegas de trigo que son

577,80 hogazas.

De Santos Martín recibí el 24 de noviembre 4 sacos de hojilla.

Pagué a Juan Villoslada hierba en la misma fecha, sacos 4.

Muy bien, le decía el padre satisfecho cuando la veía terminar y luego repasaba él las cuentas por si acaso. La de Juan no era tan bonita, la letra, pero serviría, porque la madre no sabía escribir y ella ya no iba a estar para apuntar en la libreta las cosas que había que apuntar.

Dio otra vuelta en la cama y le pareció que venía del pasillo ruido de pasos. Será Doro, pensó. Doro y doña Remedios tenían habitaciones para ellas solas, le había dicho Inés. Y José también, pero al otro lado. Y don Tomás. Fidela oyó a la cocinera descalzarse y suspirar y ponerse el camisón y aliviarse en el orinal antes de meterse en la cama. Después, otra vez el silencio y luego la campana lejana de un reloj, que dio las once y después las doce. A la una se levantó, buscó a tientas las medias y se las puso porque tenía los pies fríos. Con un suspiro, volvió a la cama y volvió a cerrar los ojos y otra vez pidió que le viniera el sueño, porque al día siguiente tenían que madrugar mucho. También los hombres del pueblo madrugarán mañana, pensó. Para ir a la hierba, que había empezado pronto por el buen tiempo. Si estuviera ella, se sentaría con la madre y las otras mujeres a hacer vencejos de centeno para atar las gavillas, pensó. Y subiría a llevar el almuerzo a los de los praos con Pedro pegado a su falda.

Cuando se dio cuenta de que otra vez estaba llorando, Fidela se tapó la boca con las dos manos para no desvelar a Inés.

—Fidela… ¡Fidela!

Todavía no era de día cuando sonó el despertador.

Lo primero, encender la cocina y poner la mesa para el desayuno. Los cuencos, el azucarero, el pan para las sopas. El cazo de la leche, a calentar. El puchero del café. Después, orear el comedor de arriba y dejarlo limpio y con la mesa puesta para cuando fueran a desayunar los señores. Después, ayudar a Inés a limpiar y encender las chimeneas, barrer, quitar el polvo. Por los libros, con el plumero, decía Inés. Ese reloj ni tocarlo, que es muy delicado, decía. Las escaleras de la entrada, todos los días con la escoba dura y fregarlas

también, sobre todo si había llovido. Después, a la cocina con Doro. Limpiar los fogones con vinagre, fregar los cacharros del desayuno, de la comida, de la cena, sacar brillo a las cazuelas. Y por la tarde hervir el agua, vaciar los ceniceros, llenar las botellas de agua caliente para cuando las subiera Inés a las habitaciones. Y lo que mande Doro, claro. Fidela escuchaba en silencio y a todo decía que sí.

Esa noche no lloró, porque se quedó dormida nada más meterse en la cama.

El señor no estaba cuando Remedios la presentó en la casa. La señora la miró muy seria y aprobó con un movimiento de la cabeza. Remedios te dirá lo que tienes que hacer, le dijo pensando ya en otra cosa.

Entonces la señorita Vera tenía catorce años, tres más que Fidela, y el señorito Andrés dieciséis.

Cuando sea mayor la señorita Vera, seré doncella, le decía Inés a Fidela por las noches. Pero Inés tuvo que irse por lo que le pasó y la señorita ya era mayor y ahora Fidela iba a ser la doncella de la señorita Vera.

Echadas a perder…, repitió Luis con un chasquido de lengua al tiempo que se levantaba de la mesa, meneando la cabeza apesadumbrado, y las clavelinas también, claro…, decía hablando para sí, tocará plantar todo otra vez.

Con un suspiro de impaciencia Doro se levantó y se puso el delantal. María la siguió, ajustándose la cofia con la que se recogía el pelo cuando ayudaba en la cocina.

Poco a poco, unos y otros se fueron levantando para marchar a sus quehaceres y Fidela se levantó también, dejando el desayuno a medias.

Al asomarse a la puerta del jardín vio a Luis ir hacia el invernadero y notó el estómago encogido. Se imaginó el disgusto del jardinero y el juramento entre dientes cuando se encontrara con que le habían movido tantas cosas de su sitio. Y con que encima faltaba una pala que no aparecía. Y con que, de los tiestos que tenía con rosales enanos para la galería, uno ya no servía porque la señorita había querido

cortar unas rosas para prendérselas en el pelo, como las muchachas en las romerías, había dicho.

Estaba muy guapa la señorita con su vestido azul y sus flores en el pelo.

El aire de la mañana todavía era fresco y Fidela notó un escalofrío, pero no quiso subir a por abrigo. Casi sin darse cuenta, escondió los puños en las mangas de la camisa y luego metió las manos en el bolsillo del delantal. No hagas eso, Fidela, que pareces una aldeana, le decía siempre la señora Remedios cuando le veía el gesto. Pero por mucho que se empeñara, no había conseguido quitarle la manía.

Era una pena lo del vestido azul de la señorita, pensó de pronto.

—¡Fidela!

Ella saltó como si la hubieran cogido en falta y apartó la vista del invernadero.

Damián pasaba hacia los árboles con la escalera bajo el brazo.

—¿Me ayudas? —le gritó desde el camino al verla allí, parada en la puerta, sin decidirse a entrar o salir.

Fidela dijo que sí con la cabeza. Damián se detuvo, apoyó la escalera en el suelo y la esperó.

Caminaron los dos en silencio hacia los árboles. Las ropas de Damián olían a resina y a café y, al ponerse a su lado, a Fidela le pareció que se le pasaba un poco el frío. Él la miró de reojo al echar a andar y después, cuando pensó que nadie los veía, se le juntó un poco, sin dejar de andar ni quitar la vista del frente, y le rozó la mano con los dedos. Fidela notó que le subían los colores.

Ella y Damián tenían ahora un secreto que nadie más sabía.

—Tú eres mucho más guapa —le había dicho Damián.

Los invitados bailaban donde los árboles, bajo los farolillos chinos de la señorita Vera, y ella, oculta por las ramas tupidísimas de los lilandis, aprovechó para mirarlos a sus anchas. Ahora que se habían retirado los invitados de los señores, quedaban en el jardín los más jóvenes de la fiesta. Los hijos gemelos del doctor Medina, que llevaban

un rato echando a suertes el bailar con la señorita Mercedes, las primas de Santander, esas cursis, el señorito Jonás, tan tímido que no se había atrevido a separarse del gramófono en toda la noche, Guzmán Peña, que era un descarado, dos amigos del colegio a los que no les ponía ella nombre y la hija de los Duperier, claro, tan guapa, y el señorito Miguel, que hablaba y hablaba y ni se había dado cuenta de que hacía ya mucho rato que el señorito Andrés apenas prestaba atención a lo que decía. Más tumbado que sentado en uno de los sillones de mimbre, el señorito Andrés bebía sin vaso de una botella de champán que tenía en la mano y miraba muy serio a su hermana bailar con su amigo Héctor.

Estaba muy guapa la señorita Vera, con su vestido azul y sus flores en el pelo.

¿Cuál te gusta más, Lita? Le había preguntado a Fidela el día que llegaron los vestidos que había encargado con su madre. Ese, le dijo Fidela. Los tenía cada uno en una percha la señorita y se los ponía delante, primero uno y luego el otro, para vérselos bien en el espejo grande. A mí también, dijo, dejando el amarillo sobre la cama y quedándose con el azul. Se lo pegaba al cuerpo y se movía con él como si bailara. Mira, con la espalda al aire. Y esos para diario, dijo señalando los que estaban en las cajas. Le pediré a Remedios que me ajuste la cintura y los bajos me los puedes coger tú. Fidela bajó la mirada y sonrió.

—Seguro que a Remedios ya le parecen de más de cortos.

—Seguro…—dijo la señorita, también con una sonrisa, y colgó la percha del borde del espejo. Señalando las otras cajas que había en la cama y en la mesa añadió—: Mira qué sombreros tan bonitos. ¿Te los quieres probar?

—Tú eres mucho más guapa.

Se sobresaltó Fidela porque no lo había oído llegar y, cuando se dio la vuelta, allí estaba Damián, sonriendo. Y ella tan colorada. Menos mal que está oscuro y no me ve, se dijo, y le sonrió también, con un poco de vergüenza.

—¿Qué haces tú aquí?

La estaba buscando, eso le dijo. Pues ya me has encontrado, respondió ella, pensando que venía con algún encargo nuevo de la señora. Pero Damián no traía tareas. La miró otra vez y se puso serio. ¿Por qué me miras así?

—Porque es verdad que estás muy guapa. Si durmieras en la casa de tu madre, hoy iría con los mozos a enramarte la ventana con flores y enredaderas y me pasaría toda la noche rondándote hasta que bajaras a hablarme.

Ella se puso aún más colorada y entonces él se le acercó un poco más para preguntarle: ¿Quieres bailar? Y Fidela le iba a decir que no, que ya sabía él que ella no bailaba, pero no lo dijo. Miró a un lado y a otro y lo volvió a mirar a él, que se encogió de hombros. Aquí no nos ve nadie. Ella se lo pensó un instante y al fin sonrió. Y Damián le puso una mano en la cintura y bailaron allí, sin que nadie los viera, escondidos tras las ramas de los lilandis.

Y ahora ya era de día y ellos dos tenían un secreto que nadie más sabía.

—¿Ha bajado ya alguno?

Ella dijo que no con la cabeza.

—Enseguida volverán los señores.

Eran los únicos que se habían levantado para oír misa de ocho. Damián asintió y volvió a rozarle la mano como sin querer.

Donde los árboles, Damián, subido a la escalera, fue soltando una a una las cuerdas de los farolillos chinos, que ahora colgaban mustios como murcielagotes pálidos. Como mariposas del revés, pensó Fidela al verlos, con las alas chafadas e inservibles. Durante la fiesta se habían ido apagando poco a poco y no hizo falta que saliera a vigilarlos José, que nunca se fiaba del buen tiempo, ni que los apagara subido a una banqueta cuando se fueran todos los invitados como tenía pensado, no fueran a prenderse y a quemar algo si se los llevaba el viento.

Los que habían volado de las cuerdas habían quedado tendidos sobre el césped del jardín.

Con la escalera apoyada en el tronco del castaño, Damián volvió a ponerse de puntillas para soltar la última cuerda que quedaba atada. Después de un rato intentando desatar el nudo, sacó del bolsillo la navaja que había cogido del cajón por si acaso.

Fidela miró un momento la maraña de papel de seda y alambres que había recogido del suelo y, con un suspiro, se la guardó en el bolsillo del delantal.

II

Lo despertó el sol que entraba por entre las cortinas.

Al principio no supo dónde estaba ni por qué llevaba la ropa puesta. Después recordó que aquel era su cuarto y aquella era su cama y, con la cara pegada a la almohada, estiró un brazo hacia el suelo. A tientas, buscó hasta tocar con los dedos el filo del orinal y lo sacó de un tirón. Vacío, menos mal, tuvo tiempo de pensar justo antes de doblarse sobre el borde de la cama y echar el alma por la boca.

Con un gesto de asco, se limpió con la manga de la camisa y escondió otra vez la cara en la almohada. ¿Qué hora sería? No llevaba el reloj, tampoco lo encontró cuando lo buscó en la mesilla. Tarde, sospechó, pero aún le costó un rato decidirse a levantarse.

Nada más poner los pies en el suelo, se le escapó un quejido. Sin levantarse del todo y con los ojos medio cerrados, se echó hacia delante estirando el brazo hasta agarrar las cortinas y las cerró de un tirón. Con un suspiro de alivio, abrió por fin los ojos y se levantó a por el vaso que se había quedado la tarde anterior encima del aparador. Aún tenía un rastro de güisqui. El olor le revolvió el estómago, pero ya no le quedaba nada en el cuerpo. Tambaleante, se acercó al pequeño lavabo. Vació el vaso, lo llenó de agua y se lo bebió de un trago; luego, dos o tres más, pero no se le quitó del todo el mal sabor de boca que tenía.

Con la mano temblorosa posó el vaso en la repisa y por fin se miró en el espejo. Menuda cara, pensó y, al apartar los ojos para no verse, se dio cuenta de que había manchado el vaso de sangre. Más desconcertado que alarmado, se miró la mano. El corte no era muy profundo pero se había abierto y sangraba. Con un suspiro, puso la mano bajo el chorro de agua. Justo entonces le llegó el olor a verdín. Al darse la vuelta, vio su chaqueta tirada en el suelo y los zapatos, uno por cada lado, manchados de tierra, y de golpe recordó todo lo de la noche anterior. Y notó que le ardía la cara.

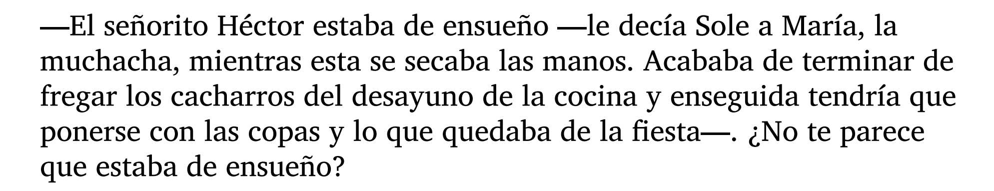
—Mierda.

Apoyado en el pequeño lavabo, apretó los puños y cerró los ojos, como si quisiera espantar el recuerdo y la vergüenza que lo sacudieron al mismo tiempo, casi como un golpe de verdad, en la boca del

estómago. Te vas a desgastar de tanto mirarte. ¿A quién quieres impresionar? Mierda.

Andrés se frotó los ojos con los dedos, tomó aire y, apretando los dientes, volvió a mirarse en el espejo. Habían bebido mucho, eso diría. Había sido una tontería. Sí. Una tontería.

III



—El señorito Héctor estaba de ensueño —le decía Sole a María, la muchacha, mientras esta se secaba las manos. Acababa de terminar de fregar los cacharros del desayuno de la cocina y enseguida tendría que ponerse con las copas y lo que quedaba de la fiesta—. ¿No te parece que estaba de ensueño?

—Sí.

—A mí también. De los amigos del señorito, es el más guapo. ¿No te recuerda a Gary Cooper? A mí me recuerda a Gary Cooper.

—No sé, puede.

—Ya me gustaría a mí un novio así.

—¡Anda! Y a mí. ¿Tú crees que va a ser pronto la boda con la señorita Vera?

—Seguro.

—¿Viste cómo los miraba el señorito Andrés cuando bailaban? Menuda cara ponía…

—Será porque es su amigo y ella, su hermana pequeña.

—Será…

Fidela entraba del jardín con su revoltijo de papel de seda en el bolsillo del delantal y al oír a Sole y a María hablar del señorito Héctor, torció un poco el gesto, pero no dijo nada. Ellas no se dieron cuenta.

En la cocina, el revuelo de todas las mañanas, aunque algo más tarde que otros días.

Con un ojo puesto en las cazuelas y otro en el horno, Doro iba de aquí para allá terminando de preparar el desayuno. Atenta a la temperatura, le dijo a María señalando el termómetro de la puerta del horno. Aunque todavía era temprano, habían empezado ya con el

almuerzo, y en los fogones, junto al cazo de la leche y el del café, borboteaban el consomé que había que colar y una cazuela con verduras. Eso déjalo ahí, le dijo a Ezequiel señalando la repisa de la alacena. El hijo de Luis venía a veces a ayudar a su padre en el jardín y en la huerta, y ahora acababa de entrar en la cocina con un cesto de huevos azules, la última fantasía de don Cosme. Dile a tu padre que necesito más peras para el postre. Y me traes un ramito de perejil. Sí, señora, murmuró el muchacho y marchó casi corriendo. Fidela lo vio salir al jardín y lo siguió con la mirada un momento hasta que desapareció entre los árboles, camino del invernadero.

Para no estorbar, se sentó en el banco de la mesa grande, que estaba pegado a la pared, y se puso a ojear distraída el periódico del sábado anterior. Lo había bajado José para leerles las crónicas de la sierra, que sacaban a las señoritas Teresa y Adelina, recién llegadas de Santander, decía, las distinguidas señoritas pasarán unos días entre nosotros como es su costumbre cada verano… y al señorito Latorre, ilustre hijo de los marqueses de Peraleda, al que pronto tendremos aquí, y a los otros invitados que vendrían el miércoles para celebrar el cumpleaños de don Cosme. Habían puesto dos fotos de la casa. Del año anterior. Y una de la señorita Vera sola, muy guapa. Mañana o pasado sacarán la fiesta, pensó Fidela.

—Oye, Fide… —Sole, junto a la alacena de la porcelana, había empezado a montar una bandeja de tazas y platos para sacar al comedor—. ¿Cuándo se van a casar la señorita Vera y el señorito Héctor?

Fidela se encogió de hombros sin levantar los ojos del periódico ni cambiar el gesto.

—Chica, cómo eres…

—Ya te digo —dijo María desde el fregadero.

—Tú, a lo tuyo —le dijo Doro sin dejar de vigilar el fuego.

Sole terminó de colocar los platos y marchó con la primera bandeja y Fidela se dio cuenta de que estaba retorciendo con los dedos la punta del delantal por debajo de la mesa. Siempre tenía que tener Sole alguna historia en la boca. Si no era la señorita Vera, era Julito, el pequeño del Chiripa, qué desgracia, chica, figúrate, que te salga un hijo así, y si no, la maestra de los párvulos de Cerveda, la pobre, qué cruz, que otra vez había llegado a la escuela con cara de haber pasado la noche en vela, esperando a que volviera a casa el marido y

aguantándose las ganas de salir a buscarlo. Chica, figúrate, menudo papelón. Fidela suspiró, soltó la punta del delantal, que estaba estrujando otra vez sin darse cuenta, y se lo alisó por encima de la falda con la palma de la mano.

A la que salía con la bandeja del desayuno, Sole se cruzó con Ezequiel, que volvía a entrar en la cocina a la carrera. El muchacho dejó en la mesa un capazo lleno de perucos. Doro les echó un vistazo y aprobó con un gesto. Toma, ¿quieres un canutillo?, le preguntó alargándole el plato de los chafados, con aire de estar pensando ya en otra cosa. Ezequiel cogió uno y salió a comérselo al jardín. Pasas de Corinto, se dijo Doro en voz baja, la gelatina para el áspic, un bol grande de crema y otro de nata… Termina con eso, le dijo a Pilar, que hay que lavar las peras y pelarlas.

Fidela cerró el periódico y, por hacer algo, cogió un paño, se acercó al fregadero y se puso a secar las últimas copas con María.

—La más elegante, la señorita Mercedes —le dijo ella en voz baja, mirándola de reojo.

Fidela, posando en la repisa la copa que tenía en las manos, asintió sin poner mucho interés al tiempo que oía a Doro resoplar impaciente a su espalda, murmurando algo sobre las muchachas de ahora y las cabezas llenas de pájaros. Faltan tres, se dijo Fidela contando las copas que le quedaban a María en el balde y las que estaban ya secas. Pensó en los cristales rotos en la hierba del jardín.

Hablando para sí, como hacía siempre que cocinaba para tantos, Doro empezó a repasar una vez más el menú del mediodía a la vez que se inclinaba sobre una de las cazuelas grandes que tenía en el fuego; consomé Mirette, se dijo mientras removía el caldo con un cucharón, quenefas de salmón, ¿has puesto el otro bizcocho a enfriar?, le preguntó a María cambiando de cazuela para vigilar una salsa que ya estaba espesando, sí, señora, contestó ella rápidamente sin girar la cabeza, ¿y el pan en la bandeja de tostar?, también. Doro asintió satisfecha y mojó en la salsa la punta de la cuchara para probarla, codornices en chofruá, continuó, apartando la cazuela del fuego, pularda asada con ciruelas pasas, helado con crocante de vainilla y almendra, peritas de san Juan con salsa de tres chocolates, terminó con un suspiro. La señora se había empeñado en los dos postres. Y en servir ponche de champán en la cena.

Al tiempo que entraba Sole con la bandeja vacía, Doro mandó a María a la despensa a por otro par de botes de mermelada. De moras, no, le

dijo cuando ya salía, y, en cuanto volvió con los tarros, le pidió que sacara ya la mantequilla de la nevera.

—¡Pero ahí no me la pongas, mujer! —exclamó exasperada al ver la mantequillera al lado de los fogones—. Que se va a regalar…

María, la muchacha, un poco azorada, la cambió de sitio rápidamente.

—Si es que no estamos a lo que estamos… —murmuró Doro y empezó a batir huevos para la bearnesa—. Anda, retira esa nata de la leche —añadió señalándole el cazo que acababa de apartar del fuego.

Por la ventana, Fidela vio pasar a Damián, que volvía al garaje con la escalera bajo el brazo.

Esa mañana, al cruzarse con él y con José en el pasillo, Fidela se había apartado para dejarlos pasar y había aprovechado para mirarlo, igual que se había mirado ella en el espejo del cuarto, por ver si le notaba algo distinto. Pero no, se dijo. Solo la cara de no haber dormido. Y que también se le ven las ojeras y que se mueve más lento, se dijo. Después, cuando entró él en la cocina, con las mesas del jardín ya recogidas y el gramófono puesto otra vez en el salón, Fidela volvió a escudriñarlo de reojo.

Damián, que traía en la mano un tenedor de postre que había encontrado tirado en el césped, lo dejó en el fregadero, dio los buenos días al aire y enseguida les dijo algo a María y a Pilar para tomarles el pelo. A ella, ni mirarla, pero al pasar a su lado, le rozó como sin querer el brazo con la mano.

Al verlo sentarse en el banco y ponerse tan campante a partir el pan para las sopas, Fidela se había preguntado si también tendría él el cuerpo intranquilo, aquella agitación en el estómago que a ella no se le quitaba.

Sole entraba y salía ocupada con las bandejas del desayuno, y ella se alegró porque así no le preguntaría más por la señorita Vera y el señorito Héctor.

El señorito Miguel, en la habitación azul; las sobrinas de los señores,

en la habitación grande, para estar juntas; la señorita Mercedes, que solo se quedaba una semana, en la de los pajaritos. La hermana del señor, desde que enviudó, en la habitación del papel de amapolas. Nina, le decía el señor, tendrías que visitarnos más a menudo. Pero ella se resistía a cambiar sus costumbres. Los inviernos, en Positano, que estaba en Italia, contaba doña Remedios, hueca como si fuera ella la que se iba de viaje a esos sitios de los que hablaba; en primavera, a tomar las aguas y, cada mes de junio, antes de instalarse definitivamente en su casa de verano, al Espinar para pasar con ellos unos días y celebrar el cumpleaños de su hermano. Nina, le decía el señor, tendrías que quedarte más tiempo con nosotros… También aquella había sido su casa, claro. En otro tiempo. Cuando se llevaban las mangas gigot y se iba a los sitios en coche de caballos y las señoritas apuntaban el orden de los bailes en carnés de nácar. Y se escondían tras sus abanicos, que era lo decente, decía ella. No como las de ahora, suspiraba, pensando en su sobrina. Fidela la había visto en los retratos del salón. El día de su boda, del brazo de su padre, con guantes blancos y un velo de puntillas. Y en otro, de más joven, casi niña, posando con su hermano, que aún no andaba solo, uno a cada lado del sillón de la galería en el que estaba sentada la madre, pálida y ojerosa, tan delgada que parecía hecha de aire. Es que era tísica, le había explicado Inés un día, al poco de entrar ella en la casa. Tísica o algo así, le había dicho mientras quitaban el polvo de los retratos, por eso se murió tan joven.

Mañana se va la hermana del señor, había dicho doña Remedios. El señorito Miguel y la señorita Mercedes se quedarían otro día más. Las sobrinas, hasta el final del mes.

—Los periódicos —dijo Fidela para sí al oír otra vez la campana de la puerta.

Enseguida entró José con las cartas y dejó las suyas encima de la mesa. Una revista para Damián; carta del novio para Sole, Fidela conoció la letra; un paquetito envuelto en papel azul, como de droguería fina, para doña Remedios. María, que había empezado ya a preparar las perdices para escabechar, lo miró con curiosidad, pero no se atrevió a tocarlo.

Tras revisar otra vez el resto de las cartas para comprobar que no se dejaba ninguna, José se alejó con alivio del guirigay de la cocina, avanzando muy tieso por el pasillo hasta que el borboteo de los guisos en los fogones, las voces de Doro renegando por algo y el entrechocar

de cubiertos y cazuelas se convirtieron en un murmullo lejano.

Allí, en medio del pasillo, paró un momento junto al aparador en el que se guardaban trapos y manteles, dejó en la repisa las cartas y los telegramas de felicitación y abrió el periódico. Con el oído atento a la llegada de los señores, lo ojeó con más prisas que otros días, sin detenerse, como solía, en los resultados deportivos, el sport, decía él, ni en las cosas del Gobierno, que últimamente andaban revueltas y mucho; aun así, no pudo resistirse a echar un vistazo a la página del jeroglífico. ¿Qué le regalarán a la marquesa?, leyó en voz alta observando el recuadro del dibujo. Docenas de rosas rojas, se dijo satisfecho. Enseguida cerró el periódico, lo alisó sobre el mármol del aparador y lo dobló con cuidado para subirlo con el resto de la correspondencia al salón y al despacho del señor.

Fidela, en su banco, miraba fijamente un agujerito que acababa de descubrirse en la media.

Fue oír el auto de los señores y la cocina, que había vivido un momento de tranquilidad, volvió a ponerse en movimiento. Doro dejó el cucharón en la mesa y buscó en el alféizar de la ventana el bizcocho que habían dejado enfriando; lo sacó del molde con cuidado y, después de espolvorearlo con azúcar glas, lo colocó en una bandeja en la que María había puesto un mantelito de papel; Sole se estiró el delantal y los puños del uniforme y después, mirándose en el cristal de la ventana, se colocó bien el cuello almidonado; María, la muchacha, llenó las jarras de leche y café y echó agua caliente en la tetera. Fidela no se movió. Pensaba en los peces de colores, que ya no iban a tener quien les echara pan.

Y aunque fuera su santo, después de desayunar, el señor se encerró en su despacho, como todos los días, y la señora salió a pasear por el jardín.

IV

A media mañana, Fidela volvió a subir con el desayuno de la señorita Vera y llamó a la puerta de su habitación un par de veces. Al verla entrar otra vez en la cocina con la bandeja sin tocar, Doro chasqueó la lengua meneando la cabeza.

Lita, mujer, no me llames señorita. ¿Y cómo la voy a llamar? Pues Vera…, menos si está mi madre delante, claro. Y se reían las dos, imaginándose la cara que pondría la señora si oyera a su hija decir esas cosas. Es que no me acostumbro, le decía ella mientras colgaba en el armario los vestidos que acababa de planchar. Igual que no se acostumbraba del todo a verla fumar a la señorita o a que algunos días se pusiera pantalones, por mucho que le dijera que era la moda y le enseñara las fotos de las revistas.

Lo que nos faltaba, pensaba Fidela, pero eso no se lo decía.

Lo del pelo también era la moda.

Menudo disgusto, la señora, cuando la vio aparecer con el corte. Con la melena tan bonita que tenías..., repetía entre suspiros, como si por decirlo le fuera a crecer de golpe.

—Lita, ¿a ti qué te parece?

—A mí, bien —decía ella—. Muy moderno.

—A mí también.

Nos van a hacer falta más huevos, dijo Doro para sí, un poco molesta por haber hecho mal el cálculo.

—Pilar… —empezó.

—Ya voy yo —dijo Fidela, que no sabía pasar mucho rato sin estar ocupada en algo. Y marchó con la huevera de alambre. De los azules y de los otros, oyó que decía Doro cuando ya estaba ella en el pasillo.

En el jardín vio de lejos a la señora Alicia, que paseaba entre los árboles con un ramo de clavelinas en la mano. De la señora, la señorita Vera tenía el aire ligero con el que andaba y el perfil delicado, que disimulaba un poco, por lo menos al principio, el ser tan testarudas como eran. A porfiadas no sé quién gana, decía Fidela cuando se lo contaba a su madre los días que subía a verla. También tenían parecida la risa, aunque la señora se reía menos que la señorita. Y ya, se decía Fidela, porque más distintas no pueden ser una madre y una hija.

—Hola.

Fidela, que estaba sentada en la hierba junto a la alberca, volvió la cabeza sobresaltada y se encontró con la señorita Vera.

Llevaba el uniforme del colegio, la señorita, y colores de haber venido corriendo nada más bajarse del coche. Por el camino había perdido el sombrerito de paja que llevaba en el auto y que iba a juego con el uniforme; le habrá volado con la carrera, pensó Fidela. También le faltaba uno de los lazos blancos del pelo. En la mano traía un trocito de pan que llevaba guardando en el bolsillo de la falda desde el desayuno. Fidela la miró con los ojos muy abiertos.

—Perdón, señorita —dijo atropellada, poniéndose de pie rápidamente —, no la había oído.

Con el susto, a Fidela se le cayó su pan al suelo, pero, roja como un tomate, no se atrevió a cogerlo. Se quedó allí, con los ojos clavados en la hierba, pensando en lo que iba a decir doña Remedios cuando se enterara de que se la había encontrado la señorita en la alberca en lugar de estar ayudando a Doro en la cocina. Con el trabajo que tenían, diría, precisamente hoy, diría, que vuelven los señoritos del colegio y con los señores fuera… De pronto, Fidela se dio cuenta de que no llevaba puestos los zapatos. Más colorada aún, se agachó a recogerlos y, con ellos apretados contra el pecho, iba a marchar ya hacia la casa cuando Vera la detuvo con un gesto.

—¿Has venido a ver a los peces?

Fidela dijo que sí con la cabeza mirándola de reojo.

—¿Cómo te llamas?

—Fidela, señorita.

—Yo me llamo Vera.

Fidela asintió.

—¿Les traes de comer?

—Algunas veces. Pero no se lo diga a doña Remedios.

La señorita Vera, que había empezado ya a sonreír, se puso muy seria otra vez y dijo que no con la cabeza a la vez que juntaba los dedos en cruz y se los alargaba a ella para que los separara. Luego cogió el pan que se le había caído a Fidela al suelo y se lo puso en la mano.

—¿Te digo cómo se llaman?

María, secándose las manos en el delantal, se alejó del fregadero y fue a sentarse en el banco de Fidela. Doro la dejó descansar un momento, mientras colaba por tercera vez el consomé.

Sin haberlo decidido ninguna de las dos, empezaron a encontrarse en la alberca algunas tardes, a escondidas de doña Remedios y de la señora. Fidela, cuando terminaba de las cosas de la cocina, con cuidado de que no la oyeran salir; la señorita, en cuanto la veía cruzar el jardín, desde la ventana de su cuarto. Las dos con pan en los bolsillos.

Antes de subir a hacer las habitaciones, Sole sacó a la mesa de la terraza un jarrón para poner las clavelinas de la señora. Pensaba en la carta que se había guardado antes en el bolsillo y en cuándo iba a encontrar un rato para poder leerla. Ni ella ni Joaquín eran de mucho escribir, esa era la verdad, pero qué remedio… Mientras limpiaba el jarrón y lo llenaba de agua, fue repasando las novedades que tenía. Que Doro ya no reñía tanto como antes, pero aun así no había quien la aguantara; que doña Remedios era una quitagustos; que últimamente Fidela, menudos aires; que había pensado ella que si se apañara él con su hermano, hasta podrían llevar entre los dos la tienda; que ella ya tenía ahorrado casi la mitad de lo que necesitaba para la máquina de coser; que ahora que se había pasado el cumpleaños del señor, mejor; que ella estaba molida, porque con tanta gente en la casa le tocaba trabajar el doble; que de lo de su madre ni hablar, que el casado casa

quiere; que un primo de María, la muchacha, marchaba a Buenos Aires el mes que viene y que decía que no le daba miedo el barco; que a ella sí le daría; que la señorita otra vez estaba en boca de todos porque el día del Santo, al salir de la misa, se había parado en la parte de los hombres a saludar al alcalde del pueblo y al maestro nuevo; que el señor no dijo nada, pero se enfadó mucho con la hija porque con este alcalde de ahora no se entiende bien; que la señora, con lo que es, pasó su buen sofoco, aunque hizo por que no se le notara; que ella ya le había oído decir otro día, cuando hablaba con el señor, que cuanto antes fuera la boda, mejor; que vete tú a saber si no pasaba que a lo mejor se cansaba el señorito Héctor de que la señorita fuera tan original; que el que no se cansaba era el señorito Andrés, que siempre defendía a la hermana; que, de todas formas, al señorito Héctor y a la señorita ayer los habían sentado juntos en la cena y luego no pararon de bailar y eso sería que se habían arreglado; que también él tenía lo suyo, claro, porque si eran verdad esas cosas que se oían, a lo mejor eran los señores los que decidían que ni hablar de la boda, por mucho marqués que fuera… Que sí, que ella había subido a la procesión del Santo y había comido barquillo; que sí había bailado en la verbena, pero solo con amigas, que ella no era una fresca; que cuando llegara el momento, que claro; que tener que esperar tanto era una lata; que ella también tenía muchas ganas de verlo; que menudo calor estaban pasando para ser junio…

¿Puede venir Lita a la excursión?

—¿La muchacha? Hija, qué cosas se te ocurren… Anda, vete a buscar a tus primas, que ya estarán preparadas.

En verano, las sobrinas de los señores. Las señoritas Adelina y Teresa, esas cursis, que saltaban a la comba en francés y no comían paniquesos porque les daban asco. Ni decían tapaculos porque les daba vergüenza. A la señorita Vera le enseñó Fidela. A decir tapaculos y a comer paniquesos y flores de trébol, que tenían azúcar escondido en lo blanco de los pétalos. Y a coger mariquitas, que contaban los dedos de la mano antes de sacar unas alas marrones que no se les veían y echar a volar. Y los nombres de las cosas. El otoño, tardío; el jilguero, golorito; el cuco, pecu, porque canta así, pe-cu, pe-cu, pecu, ¿no lo oye, señorita? No me llames señorita, Fidela… También le enseñó Fidela que a veces las ovejas no conocían a sus corderos y entonces había que darles la leche con una botella con tetina de trapos para que mamaran; y que los terneros de la dehesa sabían lamer la sal que flotaba en el aire cuando se echaba la niebla; y que a veces los

lechones nacían sin culo. Que eso le pasó a su abuela con una cerda, que le nació un lechón sin culo y ella misma le hizo el agujero para que pudiera cagar como los demás. Que lo puso su abuela al lado de otro que sí tenía y se fijó bien en cómo era y después cortó por donde había que cortar y cosió lo que había que coser y le hizo el culo al lechón para que no se muriera y no se murió. Y que la losina la trajo su padre de Burgos y no se llamaba Lalosina, como pensaba la señorita, sino Marcela, aunque nadie la llamaba por ese nombre. Y que a los conejos no se les podían dar hojas ni tallos mojados porque se ponían malos de las tripas, como las personas. La señorita Vera, de pequeña, había querido tener uno.

—¿Cómo tener uno? ¿Un conejo? —Fidela la miró con los ojos muy abiertos cuando se lo contó.

La señorita Vera asintió.

—Uno que fuera mío

—¿En su cuarto? Con lo que ensucian…

—Mi madre, que ni hablar, claro.

Fidela se encogió de hombros.

—Ya los tiene donde las gallinas para ir a verlos cuando quiera…

Doro, que no había tenido respiro en toda la mañana, se acercó un momento a la ventana abierta para apartarse del calor de los fogones y que le diera un poco el aire.

Miedo, no, le contó a Fidela la señorita Vera.

Se habían quitado las medias y los zapatos y tenían las dos los pies metidos en el agua de la alberca. ¿Sabes que una vez casi me ahogo?, le había preguntado la señorita, y ella le había dicho que sí con la cabeza porque se lo había contado Inés. Era muy pequeña, le dijo Vera. Fidela la miró muy seria. ¿Y no pasó miedo? Miedo, no. Más la sorpresa, creo, decía. Y le parecía que volvía a sentir el hielo resquebrajarse con un crujido y el grito que se le quedó en la garganta. Eso no se le había olvidado. La impresión del agua fría, el camisón enredándosele en las piernas como una medusa helada. Si no

llega a ser por Andrés… decía. Él fue el que la sacó de la alberca. La cogió por los hombros del camisón, así, decía Vera estirando los brazos hacia el agua, y tiró de ella con todas sus fuerzas. Él sí que se asustó, al verla tan blanca y con los labios azules. Ni llorar me salía, le dijo Vera. A Andrés tampoco. Sin pensárselo, la cogió de la mano y volvió a tirar de ella y así la llevó, corriendo sin dejarla parar, hacia la casa. ¡Corre, Vera!, le decía, ¡corre!, sin darse cuenta de que también él iba descalzo porque también había perdido las zapatillas, convencido de que, si paraban, a su hermana se le iban a convertir en hielo las manos y los pies y hasta el vestido que llevaba puesto, como pasaba en los tebeos.

Ella ya lo sabía. También se lo había dicho Inés.

Fue por los peces, le contó Vera. Me daba pena que pasaran tanto frío. Por eso buscó una piedra, la más grande que encontró, y quiso romper con ella el hielo de la alberca. José, que estaba cortando leña, los vio venir a la carrera por el jardín nevado y salió a su encuentro alarmado. Eso dice Andrés, contaba Vera encogiéndose de hombros, yo no me acuerdo. Cuando los alcanzó, José cogió a la señorita en brazos y echó a correr hacia la casa con Andrés trotando detrás de él.

Vera tampoco se acordaba de la cara de susto de Tomás, que le duró varios días, ni de la niñera llorando a mares en el cuarto de los juguetes, ni de que a ella la llevó José a la cocina y la puso al lado de la estufa grande. Nada más verlos, Doro dejó la cazuela que tenía en la mano y le quitó la bata y el camisón mojado y mandó a la muchacha a por toallas y una manta y a Remedios a avisar a la señora.

Toda arbolada, decía Doro, toda arbolada entró la señora en la cocina, nunca la había visto así, contaba, y al ver a la niña envuelta en la manta, temblando y con el pelo mojado, también ella perdió el color de la cara.

Apartó a todos, decía Doro, y cogió a la hija en brazos y ella fue la que la subió a su cuarto, al de los señores, y la metió en su cama y no se separó de ella hasta que llegó el médico. Menudo susto, la señora. Y el señor, que no estaba en casa esos días y hubo que avisarlo con un telegrama.

Y al volver a la cocina, contaba Doro, todavía con el cuerpo intranquilo, fue ella la que se encontró allí al señorito Andrés, del que se habían olvidado todos. Estaba sentado en un banquito de madera, con la ropa mojada, contaba Doro, y venga a llorar, pero sin hacer ruido, sorbiéndose los mocos y repitiendo de vez en cuando: yo no he

sido… Y eso no lo contaba Doro, pero fue ella la que consoló aquel día al señorito, y le secó el pelo con una toalla y le buscó ropa seca en el cuarto de la plancha y luego lo sentó en la mesa de la cocina, al lado de la estufa, y le puso delante un tazón de leche con un chorrito de coñac para que entrase en calor y se le pasara el susto.

A partir de aquello, Luis cogió la costumbre de acercarse a la alberca todas las mañanas en cuanto empezaban los fríos. Todavía seguía, con los años que habían pasado. Y si se la encontraba helada, iba a buscar una azada al invernadero y, con cuatro golpes, dejaba roto el hielo.

—Así no hay disgustos —decía para sí, satisfecho, mientras regresaba al invernadero con la azada al hombro.

Fidela, mujer, ¿dónde tienes la cabeza?

—¿Quién? ¿Yo?

—Claro.

La señorita Vera había subido a buscar a Fidela a su cuarto para contarle la idea que se le había ocurrido y ahora la miraba expectante, sentada en su cama, deseando que le dijera que sí.

—¿No te gustaría?

Fidela pensó en Inés.

Antes de soplar las pelusas del diente de león, un deseo. Si le rezas al Santo en su día, te hace el milagro. Si das la vuelta a la ermita y bebes de la fuente sin tocar el caño, casada en un año. Pero a veces no pasaba.

—Pero yo no sé si voy a valer…

—Pues claro que sí, mujer, qué cosas tienes.

—¿Y qué va a decir doña Remedios? ¿Y su madre?

—Tú no te preocupes por eso.

Este año, el chocolate y los bolos, las casadas, dijo María, como si de repente se hubiera acordado del día que era. Fidela asintió sin decir nada. Por San Juan se desayunaba el chocolate que hacían las mujeres y se almorzaba en el monte, donde la ermita. Y por la tarde los mozos volvían al pueblo con las cabezas ligeras por el vino y ramas verdes para poner en los balcones. Buena cencerrada habrán dado con los cantares... Fidela sacudió las migas del mantel de la panera y volvió a decir que sí con la cabeza.

En Cerveda tuvieron el baile anoche, siguió María sin dejarse amilanar por el silencio de Fidela, dice Máximo que estuvo animadísimo el del frontón.

—Y que a ver si para otra vez puedo ir yo —dijo sin esconder la sonrisa—. Y que los últimos terminaron en la plaza a las tantas. Menuda cara traía… Ya le he dicho yo, de no haber dormido nada. Es que después del frontón, sacaron música los del café para que se siguiera bailando, y luego la ronda por las casas…

Entonces, al marchar de aquí, aún se habrán cruzado algunos autos con la celebración de los mozos, pensó Fidela mientras estiraba en la mesa el mantelito para doblarlo.

Tenga cuidado con el embrague, le decía Damián a la señorita Vera. Y no acelere de golpe, mejor poco a poco. Y al acercarse a la verja, despacio. Ella decía que sí con la cabeza, mirando al frente muy seria, con las manos pegadas al volante. No hace falta apretar tanto, le dijo Damián, y Vera soltó una carcajada nerviosa y aflojó un poco los dedos antes de arrancar.

Damián había sacado el auto del garaje hasta el principio del camino y le había dejado el sitio a la señorita. Hay que tener el volante quieto, menos cuando haya que girar o hacer curva, le había dicho. Para la marcha atrás, la palanca hacia el otro lado. Damián movió la mano en el aire, como si lo estuviera haciendo él. Y tampoco hay que frenar de golpe.

—No es difícil —le repitió—, solo es acostumbrarse.

Vera volvió a asentir con cara de susto y miró de reojo a Fidela. Ella le sonrió desde el borde del camino de gravilla.

Al principio avanzó a trompicones, como si tuviera hipo el auto, pensó ella. Dos veces se le salió la rueda a la hierba a la señorita y, a la

tercera, Fidela la vio cambiar la cara de susto por los labios apretados y el ceño fruncido de cuando se enfadaba. Damián avanzó unos pasos para ponerse a su lado y decirle algo que no oyó Fidela con el ruido del motor.

Después de un par de intentos más, Vera frenó en seco en medio del camino y apagó el motor y a Fidela le extrañó que la señorita, con lo que era, se diera tan pronto. Pero Vera se agachó a soltarse los zapatos, se los quitó, los dejó sobre el asiento del copiloto y arrancó otra vez el auto.

—¿Y ellos, hasta cuándo estuvieron? —preguntó María señalando hacia la ventana con el cazo, extrañada por ver a la señorita Teresa, fresca como una lechuga, paseando por el jardín con doña Evelina del brazo.

—No me digas —respondió Fidela.

—Pues hasta las tantas también —dijo Sole, que ya estaba preparando una bandeja con el aperitivo—. Yo oía la música desde el cuarto. Parece que no se cansaban de bailar…

La señorita Vera le enseñó otro disco.

—¿Este? —preguntó.

Fidela, que estaba sentada en la cama, dijo que sí con la cabeza, sonriendo. Vera lo sacó de la funda y lo colocó en el plato. «Fiebre de la selva», dijo al mover la aguja, sale en una película. Iba a sentarse en la cama otra vez, pero se quedó allí de pie, mirando a Fidela.

—¿Tú sabes bailar el foxtrot?

Fidela negó con la cabeza, tapándose la boca con la mano.

—¿Te enseño?

—Ay, no, señorita, qué vergüenza…

—No seas tonta, mujer —dijo ella acercándose y alargándole la mano —. Y no me llames señorita.

Fidela se lo pensó un momento y al fin se decidió a levantarse y se

puso frente a Vera. Ella la cogió por la cintura y la hizo acercarse más.

—El foxtrot se baila más pegados —dijo—, pero sin apretar. Y los pies, así. ¿A ver? Lento-lento, rápido-rápido. Eso es. Yo voy a hacer de chico —eso era que ella llevaba el brazo por arriba y guiaba—. Lento-lento, rápido-rápido —decía—. Así.

Las dos giraron por la habitación hasta que acabó la canción y se quedaron quietas en medio del cuarto, pero sin separarse. ¿Otra? Fidela dijo que sí con la cabeza y la señorita Vera se soltó, movió la mesita hacia la pared para que no les estorbara y volvió a cogerla por la cintura. Cuando volvieron a sentarse en la cama, Fidela tenía los ojos brillantes y colores en las mejillas. Vera la miró encantada y encendió un cigarrillo.

—Se te da muy bien.

Hasta cerca del mediodía no amaneció el señorito Andrés.

Entró en el salón pálido como un aparecido y se encontró con Sole, que estaba acabando de quitar el polvo.

—¿Se ha levantado ya mi hermana?

—Todavía no.

Al ver que no se marchaba, Sole retiró un par de ceniceros y un vaso que se había quedado sobre la mesita y le preguntó al señorito si quería que le subiese un café. Andrés negó con la cabeza y, al darse cuenta de que Sole se le quedaba mirando la mano vendada, él se la escondió con la otra.

Por la ventana, vio a sus padres sentados en la mesita del jardín con la tía Evelina. Teresa y Mercedes también habían salido a tomar el aperitivo con ellos. Andrés, que no tenía ganas de estar con nadie, decidió quedarse en el salón. Antes de sentarse en uno de los sillones le pidió a Sole que, al salir, dejara las cortinas echadas para que no entrara tanta luz.

—¿Es verdad que se va a Santander, señorita?

Vera se encogió de hombros y hundió el cazamariposas en el agua.

—Yo no quiero —dijo—. Es cosa de papá —añadió al tiempo que pescaba uno de los peces de colores. De un tirón levantó la red para sacarlo de la alberca sin que se le escapara y lo dejó caer en la cazuela llena de agua que tenía Fidela en las manos.

—¿El señor quiere que vaya a Santander?

—Lo que quiere es que no esté aquí. Cuanto más lejos, mejor. Lo de ir a visitar a la tía es una excusa.

—¿Y cuándo?

—No sé. Pronto. Si fuera por él, en cuanto se pase el cumpleaños.

—Santander es bonito, dicen. Y verá el mar.

—Ya.

—Cuando fueron de excursión, los de las colonias trajeron conchas que cogieron en la playa de recuerdo. Y sobaos pasiegos.

—Yo no quiero ir, Fidela —repitió Vera.

—¿Y la señora qué dice?

—Que me va a venir bien pasar tiempo con mis primas, esas cursis. Salir, dice, conocer gente… Ya me dirás qué pinto yo en Santander.

Fidela la miró sin saber qué decir, y ella volvió a hundir en el agua la red del cazamariposas, esta vez con tanto ímpetu que se salpicó el vestido entero. Sin prestar atención a la falda mojada, intentó coger otro pez. Quedaban tres.

Las que estaban encantadas con el plan eran las señoritas Teresa y Adelina. Hasta la llamaron por teléfono para decírselo y se lo quitaban la una a la otra de la mano porque las dos querían hablar a la vez. Ay, Vera, qué ilusión, decían, ya verás qué bien lo vamos a pasar. Te va a encantar el tenis… y la playa; y el baile del Casino, que está siempre animadísimo. Bueno, y los otros bailes también. ¡Y las regatas! Lo vamos a pasar muy divertido, decían. Ahora es cuando mejor se está, ya verás. Te presentaremos a todo el mundo y… Si quieres, podemos invitar a Héctor a pasar las fiestas, interrumpió Teresa cogiéndole el teléfono a su hermana, y ella las oyó reírse de la ocurrencia y pensó que hasta se habrían puesto las dos un poco coloradas por el atrevimiento.

—¿Es porque se ha hecho amiga de don Ginés?

Lo contó Sole, que siempre estaba al tanto de todo lo que pasaba. Que habían visto a la señorita hablando con don Ginés en la librería de Cerveda. Que al verla junto al mostrador, el maestro la había saludado levantándose el sombrero y ella le había hablado como si se conocieran de antes, eso contó. Y mucho rato habían estado y hasta habían paseado juntos por el río. Luego ella se había ofrecido a subirlo al pueblo con el coche y él había dicho que sí. ¡Imagínate!, le decía Sole a María, la muchacha.

—Un poco sí que choca, señorita.

—No me llames señorita —dijo Vera casi automáticamente—. Y chocar, no tendría por qué. Había bajado a Cerveda a llevar la bicicleta al mecánico y no tenía cómo volver al pueblo.

—No es eso…

—Ya —contestó Vera, atrapando el último pez.

En cuanto lo echó con los demás, dándole la vuelta a la red para que saltara, Fidela posó la cazuela en el suelo y echó un vistazo a la alberca para comprobar que los tenían todos. Satisfecha, Vera fue a dejar el cazamariposas apoyado en el tronco del sauce y volvió adonde la cazuela. La cogieron entre las dos, cada una por un asa.

—¿Vamos?

Y echaron a andar.

—Tendríamos que dejarlos en la cazuela y echarlos en la dichosa fuente en cuanto la pongan.

—Qué cosas tiene... —dijo Fidela.

—¿Te imaginas? A mamá le daría un patatús. —Y la miró de reojo para ver si también ella se reía.

Los llevaban al río, los peces.

¿Crees que sabrán vivir allí?, le había preguntado Vera a Andrés la noche anterior durante la cena, cuando le contó la idea que había tenido. Él se encogió de hombros. Si no se los comen las truchas…, dijo, no muy convencido. Pero en la alberca no se podían quedar, porque iban a taparla para poner la fuente, así que la señorita decidió

no hacer caso a los reparos de Andrés ni al gesto de impaciencia de su madre. Al día siguiente, le pidió a Fidela que la ayudara.

Salieron por el portón de atrás, diciéndole adiós con la mano a Luis, que estaba donde los cerezos. El jardinero, subido a su escalera, meneó la cabeza y resopló un poco al verlas marchar así, con los vestidos mojados y cargando entre las dos con la cazuela más grande que tenía Doro en la cocina, ahora llena de peces. La poza de los saucos no es mal sitio, había dicho Fidela a la señorita. Más resguardado, y encima cerca de casa.

En el camino tuvieron que parar un par de veces por lo que les pesaba la cazuela.

Nada más llegar a la poza, la volcaron con agua y todo y echaron los peces al río. Luego se sentaron en las piedras y se quedaron un rato allí, a ver qué hacían. Al principio se quedaron todos juntos, como si no supieran cómo moverse en medio de tantísima agua, después fueron buscando asiento cada uno por su lado, entre las piedras y los juncos.

Cuando volvían a la casa con la cazuela vacía, Vera se detuvo un momento en mitad del camino, mirando hacia la carretera que subía al pueblo.

—¿Sabes qué es lo gracioso?

—¿Qué? —preguntó Fidela.

—Pues que Ginés no tiene ni idea —dijo Vera sin mirarla—. Ni se lo imagina. O aunque se lo imagine… Seguro que piensa que soy una mimada y una consentida. Y que no valgo para hacer nada. —Apretó los labios y echó a andar otra vez—. Y con razón.

—No diga eso, Vera.

—Es la verdad.

A la hora de comer, justo antes de sentarse a la mesa, la señora llamó a Fidela.

—Fidela, sube a avisar a la señorita—, le dijo. Y ella subió otra vez las escaleras y llamó a la puerta un par de veces.

—Señorita Vera.

Fidela volvió a llamar.

—¡Señorita!

Y como la señorita no respondía, Fidela abrió la puerta.

EL MUERTO

DÍA 1

ESO NO ES UNA VACA

—¿Y dónde dices que lo encontraron?

—Ahí, en el jardín. Donde la fuente.

Segis abrió mucho los ojos y asintió lentamente, sin decir más.

El otro, acodado en la barra, bebió un sorbo de café. Llevaba ropa de faena. Antes, al verlo entrar, se había fijado él en los pantalones vaqueros, blancos de yeso, y en el jersey manchado con salpicaduras de cemento. Desde la mesa de la estufa, el cartero de Cerveda, que solía almorzar en el bar antes de subir a las aldeas, levantó la cabeza.

—¿Entonces es verdad que habéis encontrado un muerto?

—Sí. Anteayer salió.

—¿Y quién es?

—No se sabe. Tumba no tenía, ni caja.

—Eso es que lo mataron.

—Pues no se sabe tampoco. Los guardias dirán.

El cartero giró un poco la silla para quedarse mirando hacia la barra y bajó la voz al preguntar:

—¿Y solo quedan los huesos?

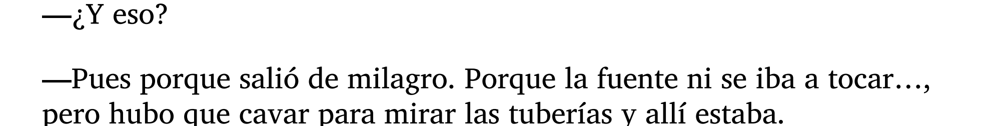
—Solo.

—Qué cosas hay que ver —murmuró Segis buscando el mando de la tele para bajar el volumen.

El albañil asintió jugueteando con el sobrecito de azúcar vacío.

—Los años que llevará ahí… —dijo el cartero.

—Y más que se podía haber quedado.



—¿Y eso?

—Pues porque salió de milagro. Porque la fuente ni se iba a tocar…, pero hubo que cavar para mirar las tuberías y allí estaba.

—Ya ves.

El albañil chasqueó la lengua encogiéndose de hombros y se terminó el café.

—El que está hasta los cojones es el guardia, que no hace más que espantar a la gente. Todo el mundo a ver el sitio donde estaba el muerto. Ayer hasta lo sacaron en la tele.

—¿Al muerto?

—No, al guardia.

—Pero ¿cómo lo encontraron? ¿Estabas tú?

La obra se empezó, como siempre, en primavera.

Ya se había oído algo aquel invierno. Que si últimamente se veían coches aparcados frente a la verja, que si habían venido unos a ver la casa, que si a lo mejor volvían a vivir, que si no sería para hacerla hotel… Entonces, ¿se vende El Espinar?, le preguntaban a Segis los fines de semana en el bar. No me digas…, yo no sé nada. Pues por ahí van diciendo que la vende don Andrés. Y Segis terminaba de poner los vinos o salía a echar leña a la estufa o serrín al suelo, por la nieve que entraba sin querer pegada a los zapatos, y se encogía de hombros. Y no hacía mucho caso, porque esas cosas se decían de vez en cuando y al final siempre quedaban en nada.

Pero esta vez resultó que los rumores que se oían en el pueblo y en Cerveda sí traían algo de verdad.

En cuanto mejoró el tiempo, entraron los albañiles.

Aparecieron una mañana por la carretera, con un par de camiones cargados de andamios, una grúa, una desbrozadora. Y se abrió la verja de la puerta de carros.

Por lo menos tienen a tres cuadrillas trabajando, decían en el pueblo.

Los de Cerveda, decían, y otros que venían de fuera. Los de Cerveda

eran Emilián y los suyos, que los conocían todos porque ya llevaban años arreglando casas en los pueblos de por allá y también en las aldeas; tapando goteras, retejando tejados, convirtiendo pajares en merenderos, cambiando bañeras por duchas y cocinas económicas por otras de butano… Pero esto es otra cosa, claro, decían en el pueblo. Esto... Y, sin terminar la frase, abrían las manos en el aire como si quisieran abarcar con ellas el tamaño de la casa y la enormidad de la cosa.

Por lo menos tienen para un año, decían en el pueblo muy convencidos. O más.

Algunos días los albañiles subían a comer al bar y así se enteraba Segis de cómo iba la obra.

—¿Eso? Eso es el cuento de nunca acabar.

A Segis le hacía gracia que Emilián dijera esas cosas que decía: «el cuento de nunca acabar» o «viendo la caseta ya está visto el perro». Mucho trabajo, contaba mientras se tomaba el café en el bar antes de volver a la faena, imagínate. Es una casa antigua.

Y de mucho mérito, decían en el pueblo. Eso también.

Si no llega a ser por la fuga, a la fuente ni se hubieran arrimado, les contó Emilián esa mañana a Segis y al cartero de Cerveda. Fue por el barrizal que se formaba cada vez que tocaban la llave del agua, les dijo. Y lo que tardaron en darse cuenta… Porque como también el jardín de atrás estaba lleno de zarzas y ortigas, al principio no vieron que el suelo se encharcaba. Hubo que desbrozar y esperar a que se secara. Y luego ir cavando poco a poco para revisar los tubos.

Y ahí apareció.

—¿Tú has visto alguna vez un muerto? —preguntó Emilián.

—Un muerto muerto, no —dijo el cartero.

—Pues yo antes tampoco había visto.

Si se acercó él a la fuente fue porque vio a Sancho poner la cara que puso. Así lo contaba Emilián. Que lo vio dejar el pico y agacharse a

coger algo del suelo. Y en lugar de apartarlo a la orilla y seguir, como se hacía cuando salían piedras o raíces grandes, desde donde estaba él, en el camino de gravilla, lo vio quedarse un momento en cuclillas, como mirando algo, y luego cogerlo y levantarse con aire titubeante, como si no supiera qué hacer con ello. Hasta le pareció, lejos como estaba, que se le había ido el color de la cara. Por eso dejó sola la hormigonera y se acercó a la fuente. Cuando lo tuvo casi al lado, Sancho lo vio y estiró hacia él el brazo con el hueso en la mano para enseñárselo. Antón, que iba con la carretilla cargada, paró en seco y soltó un silbido.

—Será de algún caballo que tuvieran aquí —oyó decir a uno.

—O de vaca.

Pero a él le pareció que no.

Así que lo pensó un momento, chasqueó la lengua, mandó a Sancho cambiar el pico por una pala y llamó a dos más para que cavaran en el mismo sitio, solo que con más cuidado. Él se quedó allí, con los brazos cruzados y los labios apretados, y esperó.

Al rato, uno tocó algo con el filo de la pala. Quietos, dijo, y la dejó en el suelo para agacharse en el agujero. Los demás le hicieron corro. Cuando se puso de pie, vieron lo que llevaba en la mano. Lo sacudió un poco, le limpió con la manga el barro que tenía y soltó un juramento. Los hombres se miraron unos a otros.

—Eso no es una vaca —dijo él desde el borde del agujero, con la vista clavada en los ojos huecos y la frente pulida de la calavera—. Hay que llamar a la Guardia Civil.

—Pero ¿es un muerto de ahora o de antes? —preguntó el cartero.

—De antes, parece. Pero ellos lo tendrán que mirar.

—Claro…

—Entonces ahora lo tenéis todo parado —intervino Segis.

Emilián se encogió de hombros.

—No nos dejan hacer nada hasta que terminen los guardias con lo suyo. Llevamos día y medio perdido. Desde que salió. Y hoy igual, ya

ves. Hace un rato acabo de mandarlos para casa a todos. Total, para que estén mano sobre mano…

El albañil se quedó callado un instante, pensativo.

—¿No será de cuando la guerra?

—No, de la guerra parece que no es —dijo al tiempo que se levantaba y sacaba unas monedas del bolsillo para dejarlas en la barra.

—¿Y es hombre o mujer?

Los tres giraron la cabeza a la vez para mirar al que había hablado. Del pueblo no era. O por lo menos el cartero no lo reconoció. Estaba sentado en uno de los taburetes de la barra y tenía delante el periódico abierto, pero llevaba ya un rato mirando la misma página sin leerla.

—¿Qué? —preguntó Emilián.

—Que si es hombre o mujer el muerto.

—No se sabe. —Lo miró como si hasta entonces no hubiera caído en eso—. Eso tendrá que decirlo la policía.

El de la barra asintió. Emilián, ya en la puerta, se despidió con un gesto de la cabeza. Él hizo una seña al camarero para que le cobrara el café y salió del bar detrás del albañil.

¿No es ese tu pueblo?, había preguntado esa mañana Julia, asomada a la puerta de su despacho. Sí. O era. Antes. Hacía mucho.

—Sí —respondió él.

—Pensaba mandar a Román para allá —continuó su jefa, ahora ya avanzando hacia su mesa con papeles en la mano—, pero si quieres ir tú...

—Mmmm. —No parecía muy convencido. ¿Cuánto hacía que no iba a casa de sus padres? Ya no decía «a casa»—. ¿Quién es el muerto?

—No se sabe. Lo han encontrado unos albañiles en una obra. En el jardín de una casa de esas tan grandes que tenéis por allá. ¿Cómo se llamaba? Si lo han dicho ahora mismo…

—El Espinar —dijo Emma desde su mesa, sin quitar los ojos de la pantalla del ordenador.

Fue, sobre todo, la curiosidad.

Al oír el nombre de la casa, se olvidó de la excusa que había empezado a inventarse. Recordó los muros altísimos de la finca, que llegaban hasta la carretera, y la verja pintada de negro, siempre cerrada. ¿Cuánto hacía? Muchos años, se dijo. Desde el entierro de su madre. Mucho tiempo.

Julia se había plantado frente a él y lo miraba con la pregunta en los ojos, sin disimular el gesto de impaciencia. Por fin se decidió.

—Voy —dijo levantándose de su silla.

Ella asintió satisfecha y le tendió los papeles que traía en la mano.

Al subirse al coche, apartó como pudo el paraguas plegable, la libreta, varios bolígrafos, un botellín de agua, un cargador de móvil, y dejó la carpetilla abierta en el asiento del copiloto.

Descartó los mapas y un par de páginas con datos sobre la comarca y los pueblos de la zona y fue leyendo lo demás a saltos, mirando los papeles de reojo cada vez que paraba en un semáforo. … esqueleto prácticamente completo… enterrado junto a la fuente… La palabra «fuente» estaba subrayada dos veces. Él siguió la flecha roja que llevaba al margen y leyó: Instalada en los años treinta. De la fuente no se acordaba. No se vería desde la carretera, se dijo, y siguió leyendo: … aún sin identificar… Había más flechas y más notas en el margen, escritas a mano. El Espinar. ¿Propietarios?, leyó, localizar, y un número de teléfono al lado. Pensó en don Andrés. Si aún vivía, tenía que ser muy mayor. ¿Sabría él quién era el muerto? … prótesis dentarias… Otra flecha: años veinte, diez como mucho. No puede ser anterior, decía la nota. ¿Por qué?, se preguntó él. Habrá que hablar con algún dentista. … Causa de la muerte: desconocida… Desconocida, repitió en voz alta. … posiblemente más de setenta años enterrados… Joder.

Por costumbre, al entrar en la autovía encendió la radio.

Pensó en don Andrés y en aquel coche tan grande que tenía. En la casa. En el muro altísimo que rodeaba la finca, que empezaba en la carretera, a medio camino entre el pueblo y Cerveda, y llegaba a tocar

las faldas del monte.

Cuando bajaban ellos en bicicleta, siempre iban más despacio al pasar por delante, por si se veía algo. Marcos, Antolín, el orejas, Carlos, Pablo, el de la tienda, que se ponía siempre el último para que no le tomaran el pelo por la barca de fruta que le había atornillado su padre a la parrilla para que les llevara los pedidos a los veraneantes. A veces, hasta paraban frente a la entrada, como si fueran a atarse los cordones de las zapatillas o a poner bien la cadena de la bici, y se arrimaban a la verja a mirar, las caras pegadas a los barrotes, los brazos colgando dentro, hasta que se aburrían de estar o hasta que se les acercaba ladrando el perro de los guardeses y marchaban otra vez corriendo.

¿Sabía entonces don Andrés que tenía un muerto enterrado en el jardín?

Aunque casi no se había dado cuenta, hacía rato que habían quedado atrás las viñas y la tierra roja de los campos labrados. Ahora el aire olía distinto y las orillas de la carretera habían empezado a esponjarse.

El viaje no era largo. Desde que estaba la autovía, menos de una hora. Aun así, se sorprendió cuando vio que ya estaba tan cerca de los montes y que tenía que cambiar de carretera. Casi se salta la salida.

Al poco, pasado el puente de piedra, distinguió el perfil desdentado de la antigua fábrica y las primeras casas de Cerveda.

Aunque no le hacía falta, paró en la gasolinera. A la chica que le llenó el depósito le preguntó por el revuelo que se había armado y ella, encogiéndose de hombros, le contestó con desgana que los muertos revolucionan mucho. Compró un paquete de chicles y una cajita de regalices. Tabaco, no. Antes de seguir, charló con la chica un rato más. Tenía un mechón azul en el pelo y un manual de autoescuela abierto en el mostrador. Será la nieta de Chuchi, se dijo, pero eso no se lo preguntó.

A partir de Cerveda, la carretera se estrechaba y se metía más en los montes, rampando entre pinos, hayas y praos hasta llegar al pueblo.

Enseguida pasó el camino de la antigua estación y la carreterita que subía a las aldeas. Al dejarla atrás, se acordó de Simón el mielero que, cuando era él pequeño, vivía solo, con sus animales y su moto, en la más remota de todas, casi en la cima del monte. El último que queda, decía su abuelo, que había conocido la aldea del mielero con escuela y

molino y baile en la plaza, y siempre miraba con pena las casas caídas cuando subían por allá. Poco a poco se habían ido marchando todos, le contaba cuando iban a buscar setas, pero el mielero, que era de su quinta, se quedó. Cuando tocaba, apilaba tres o cuatro barcas llenas de botes y las llevaba a la tienda y al bar de Segis para vender, cada barca marcada con un cartelito de letra sarmentosa: «De bercol», «De romero», «De flores». En invierno, bajaba alguna vez al pueblo, en el macho, a hacer la compra y a tomar unos vinos en el bar. En verano y en primavera bajaba con la moto; y el día del Santo, de traje, a la procesión. Todos los años sin falta.

«Mañana vendrá al bar un hombre que tiene un caballo con más ojos que días tiene el año». Su abuelo, solo por verle la cara de asombro, le repetía el dicho cada diciembre. Y él se lo creía siempre y cada víspera de año esperaba a aquel caballo igual que esperaba a los Reyes Magos, igual que, en las fiestas, esperaba a que salieran los cabezudos a la plaza, con una mezcla de curiosidad y aprensión, convencido de que iba a llegar al pueblo un fenómeno de feria, como los corderos que nacían con dos cabezas o las criaturas que salían en los cuentos, un animal fabuloso y salvaje al que él le guardaba siempre en el bolsillo un par de azucarillos del bar por si acaso tenía que hacerse amigo suyo. Y no sabía por qué, pensaba que lo iba a traer el mielero. Eso no se lo contó nunca a su abuelo: que creía que el dueño del caballo de los mil ojos era el mielero de la aldea y que lo tenía en el monte, sin encerrar, pastando a sus anchas en la dehesa y en los praos comunes, sin miedo de los lobos ni de las tormentas. Y cada año, la víspera de Nochevieja, se iba a la cama pensando que al día siguiente iba a aparecer por la plaza del pueblo tan tranquilo el mielero, con su chaqueta de cuadros y su cigarro en la boca, montado en aquel caballo lleno de ojos.

Sonrió al acordarse.

Nada más pasar el depósito de sal, oyó que empezaban las noticias y subió el volumen de la radio.

Hablaron del muerto, aunque de momento no decían mucho. Más o menos lo que ya sabía.

… en el jardín de la finca conocida como El Espinar, a dos kilómetros de Cerveda. Del pueblo, nada, ni el nombre. Mejor, pensó. Los albañiles que trabajaban en la obra fueron los que dieron parte del macabro hallazgo. Avisada la Guardia Civil, inmediatamente se puso en marcha la investigación, quedando acordonada la zona a la espera de los forenses, y la Policía Judicial, así como de la titular del Juzgado. Tengo que llamar a

Antonio, se dijo. Los trabajos para excavar y sacar a la luz lo que quedaba del cuerpo finalizaron cerca del anochecer.

Fuentes cercanas a la investigación confirman que se trata de un único esqueleto, prácticamente completo, aunque todavía no han trascendido datos que arrojen luz sobre la identidad del fallecido. En la radio tampoco mencionaban a los dueños de la casa.

Los restos serán trasladados al Instituto de Medicina Legal y Forense, donde se intentarán determinar las causas de la muerte y, si fuera posible, proceder a su identificación.

Desde que se dio a conocer la noticia del terrible hallazgo, los vecinos de los pueblos cercanos no dejan de preguntarse…

Al llegar al cruce se perdió la señal, como pasaba antes.

Paró el coche frente a la verja de la finca.

El muro era alto, pero no tanto como les parecía a ellos de pequeños. Él observó un instante las grietas y los desconchones de la pintura, las hierbas que crecían en las rendijas, los líquenes de óxido que le habían nacido al cerrojo de la verja. A uno de los leones que guardaban la puerta le faltaban la cabeza y un trozo de pata.

Pegando la cara a los barrotes, como cuando era pequeño, observó la maleza que crecía junto al muro y la senda de gravilla que llevaba hasta la casa, en la que se dibujaban como laberintos las rodadas de los coches. Desde la verja, aquella era la única señal visible del trasiego de aquellos días.

Flanqueaba la senda el desorden de los árboles sin podar, de las matas y ortigas que crecían salvajes entre los pinos. La maleza se había comido parte del camino y las escaleras que llevaban a la casita de los guardeses, ahora oculta tras un armazón de andamios.

Desde allí, casi no se veía la casa. Se intuían el tejado, jirones de fachada que aparecían por entre las copas de los árboles, ventanas sin cristales, cerradas con aspas hechas de tablones de madera. Tenía que ser muy grande, pensó, la casa.

La fuente, lo habían dicho en la radio, estaba en el jardín de atrás.

Pensó en don Andrés.

De niños lo imaginaban huraño y solitario, Barbazul, Gargamel, el gigante egoísta, atrincherado siempre tras los muros de la finca.

No tenía hijos ni nietos don Andrés, ni mujer y, aunque volvía a El Espinar cada verano, en el pueblo no lo veían casi nunca. Tampoco en Cerveda. Ellos sabían que estaba porque cuando bajaban por la carretera, lo veían alguna vez entrar y salir de la finca, casi siempre solo, a veces con algún amigo, conduciendo aquel coche enorme que tenía, que ya entonces parecía de otro tiempo, igual que él.

Se apartó de la verja e hizo un par de fotos de la entrada. De los leones de piedra. De la cinta de precinto policial que habían atado a los barrotes de la puerta.

Ya estaba montado en el coche, a punto de incorporarse a la carretera, cuando, al paso de un remolque cargado de fardos, se encontró de pronto rodeado de una nube de diminutas virutas de paja. Durante un instante revolucionaron el aire y quedaron flotando a su alrededor y él las observó, como si fueran un prodigio, planear a contraluz y posársele en el parabrisas. Tarde van, se dijo al encender el intermitente. O pronto.

Al llegar al pueblo, aparcó frente a la casa de sus padres. Ya no decía su casa. Llevaba las llaves en la mano cuando se plantó delante de la puerta, pero no se decidió a entrar.

Luego, se dijo. Y se fue al bar.

DÍA 2

UN MUERTO SIN NOMBRE ES UNA COSA MUY TRISTE

A la policía, sospechaba él, no le interesaban mucho los muertos de antes. Bastante tenían con los de ahora. A los periódicos y a las televisiones, tampoco. Pasado el revuelo de las primeras horas, enviadas las crónicas, terminadas las conexiones en directo frente a la verja de la finca y recogidas las declaraciones de los lugareños, casi todos se habían marchado. A otra cosa. El único que había vuelto al pueblo era él.

—Entonces ¿se sabe ya quién es? —había preguntado Julia la tarde anterior, nada más poner él un pie en el periódico.

—No, todavía no.

—¿La policía ha dicho algo?

—Poco —dijo negando con la cabeza.

—¿Y los dueños de la casa?

—Nada de nada.

—¿Crees que tendrán algo que ver?

—Mujer, no sé… —contestó él a la vez que se sentaba a su mesa y encendía el ordenador—. De momento no han querido hablar con nadie. De la familia solo vive un hijo, don Andrés. Yo lo conocí de niño, así que tiene que ser muy mayor.

—¿No decían que la casa estaba medio abandonada?

—Sí. Se ve que hace mucho que no iban por allá. Bueno, y antes, vivir, tampoco vivía allí don Andrés, pero seguía yendo a la casa todos los veranos, por lo menos cuando era yo pequeño.

—Ya.

Julia se quedó un momento en silencio.

—Si es verdad que es de hace tanto tiempo, lo más probable es que se archive todo rápido y la cosa se quede sin resolver.

—Sí, pero…

—Pero tú quieres volver.

Dejó de escribir un momento y la miró. ¿Te vas a quedar por aquí? Se lo había preguntado Carlos al despedirse y a él no había sabido qué responderle.

—Sí.

Esa misma mañana, al verlo entrar en el bar por segunda vez, después de hablar con el albañil, Segis lo había mirado un momento de reojo, sin dejar de cargar la bandeja del lavavajillas, y al fin se había decidido a preguntar.

—Tú eres el hijo del difunto Carmelo, ¿no? El periodista.

Él asintió.

—Ya me parecía a mí.

—Pensaba que no te ibas a acordar de mí.

Segis se encogió de hombros.

—No se te ve mucho por aquí.

—No —admitió con una sonrisa a medias.

—¿Has venido por lo del muerto de El Espinar?

Segis le contó que en el pueblo se enteraron por el panadero, que era el que traía siempre las novedades.

Ya no estaba el bar del Raposo. Ni la carnicería. Ni la tienda de la Rosi, que era tienda y estanco. Pero seguía el bar de Segis, que antes fue de su tío Anselmo, y seguía la estufa enorme y el cartel de los helados con cruces en los que no había y el Santo en el alféizar de la

ventana. A Emilián ya lo has conocido, le dijo Segis. Él dijo que sí con la cabeza. Lo mejor será que hables con Carlos el de Mari, que ahora está de guardia en Cerveda.

—¿Carlos es guardia civil?

—Sí. Era de tu quinta, ¿no?

Carlos levantó la vista un segundo y, antes de que pudiera él decir nada, volvió a los papeles que estaba leyendo.

—Ya hemos dicho que no vamos a hacer más declaraciones —dijo sin inmutarse, con el tono de haber repetido mil veces la misma cantinela.

—Carlos.

Ahora sí que lo miró.

—¡Coño!

Él se echó a reír y le alargó la mano, pero Carlos se levantó, dejó los papeles y rodeó la mesa para darle un abrazo. Cuando se separaron, se quedaron un momento mirándose sin saber qué decir.

—Vaya raro que estás con el uniforme.

Carlos soltó una carcajada.

—Pues tú estás igual —dijo poniéndole una mano en el hombro—. Bueno, menos la barba. Y un poco más flaco. ¿Cuánto hace?

—No sé, mucho.

Años.

—¿Has venido por lo del muerto de El Espinar?

Él asintió y Carlos volvió a ponerse serio.

—De momento no podemos decir nada más de lo que ya se ha dicho.

—Ya me imagino. ¿Todavía no se sabe quién es?

Carlos dijo que no con la cabeza.

—¿Pero no tenéis ningún…?

—Ya te he dicho que no te puedo decir más. Si quieres intentarlo con los de la judicial… Ahora están ellos a cargo de la investigación.

—¿A quién hay que pedir permiso para entrar en la finca?

—No se puede. Hasta que no levanten el precinto, nada. Si no es hoy, será mañana, supongo. ¿Te vas a quedar por aquí?

Él no supo qué contestar. En ese momento empezó a sonar el teléfono que había encima de la mesa.

—Oye, ahora no puedo hablar.

—Claro, claro.

—¿Tomamos algo luego? —preguntó volviendo hacia su silla, a la vez que descolgaba el teléfono.

—¿No será de cuando la guerra? —había preguntado Julia.

—No, de la guerra no es.

—Pero de momento no tienes nada más.

—No. —Dejó de escribir un instante y, sonriendo para sí al imaginarse la cara que iba a poner Julia, añadió, mirándola de reojo—: Un pálpito.

Ella no dijo nada.

—No sé, Julia —aventuró él al tiempo que se ponía otra vez a escribir —. A lo mejor puedo hablar con don Andrés, preguntar a la gente…

Entrar en la finca… Eso no lo dijo en voz alta.

—Yo pensaba que no querías saber nada de volver por allá.

—Mmmm.

—No hay quien te entienda.

—Ya.

Julia lo pensó un momento, mientras lo veía teclear a toda velocidad. Puede que a ella también le picara la curiosidad.

—Seguro que puedes pasar sin mí un par de días o tres…

—Venga. Un par de días.

Así que a la mañana siguiente, nada más levantarse, metió en la mochila unos vaqueros y un par de camisetas. La bolsa de aseo. Ropa de abrigo. Lo pensó un momento y cogió también un saco de dormir. La otra bolsa, la del portátil, ya la tenía preparada.

Antes de marchar, dejó llenos de comida y agua los cubiletes del gato.

A lo mejor no vuelve, se dijo.

Pero siempre volvía.

Al hijo de Ezequiel y Josefina lo seguían llamando en el pueblo el hijo de los guardeses, aunque hacía ya años que habían muerto sus padres y algunos más que habían dejado de trabajar en El Espinar. Ahora vivía en Cerveda.

Como le había dicho su mujer, lo encontró en la huerta.

—¿Quieres un par de lechugas?

—No, no… Muchas gracias.

Él se encogió de hombros. Bien hermosas están, murmuró, dejando el azadón apoyado en la pared. Después se lavó las manos con una manguera que tenía enrollada donde el tejivano y lo miró expectante.

—A ver —dijo secándose las manos en los pantalones—, pregunta lo que quieras.

También estuvo en el ayuntamiento de Cerveda esa mañana. Y en el despacho del administrador de El Espinar, que no quiso hablar con él de ninguna de las maneras.

Comió algo en el bar de los Pelones, que estaba igual que siempre. Luego se tomó un café en el Central y también allí preguntó por el muerto. Antes de subir al pueblo, entró a hacer la compra en la tienda de la plaza.

Dejó la puerta de la calle abierta para que le entrara algo de luz.

Dejó en el suelo las bolsas que llevaba y avanzó con pasos vacilantes por el pasillo en penumbra hasta llegar a la puerta del cuartito de la leña. Allí buscó a tientas la caja de la luz y empujó el interruptor, que se movió con un chasquido. El cuartito y el pasillo siguieron a oscuras. Mierda, se dijo, serán las bombillas. Y encendió el mechero.

La casa olía a cerrado. A polvo y telarañas. A frío. Tenía que haber cogido un hotel en Cerveda, se dijo, y subió a tientas las escaleras.

Nada más poner un pie en el piso de arriba decidió que iba a instalarse en el cuarto de estar y esa tarde ni siquiera quiso recorrer el resto de la casa. Mañana, se dijo apretando los dientes. Lo que sí hizo fue abrir de par en par las ventanas del salón y subir las persianas para que entrara el sol. Al atar el nudo, se fijó en lo desgastadas que estaban las cuerdas y en la suciedad de hojas secas, pelusas y polillas muertas que había en el alfeizar. En un rincón, protegido por un tiesto en el que ya no había geranios, se encontró un nido con un par de huevos abandonados. Lo cogió para quitarlo, pero cuando lo tuvo en la mano no supo qué hacer con él y, como no quiso tirarlo a la basura, al final lo dejó donde estaba.

La luz del pasillo de arriba tampoco funcionaba. La del cuarto de estar, sí.

Con un trapo que encontró por allí quitó las telarañas que colgaban de la lámpara y limpió el polvo de los muebles. También barrió un poco, más por costumbre que porque le molestaran las pelusas del suelo; después, destapó la mesa y las sillas y quitó la sábana que cubría el sofá. Con un suspiro, se sentó un momento y miró a su alrededor, contagiado por el aire de desamparo de las estanterías sin libros y los cajones vacíos. Cuando se levantó, comprobó que la tele funcionaba y que la estufa estaba limpia.

Aún se quedó un rato allí plantado, en medio del cuarto de estar, como sin saber qué hacer.

Tenía que haber cogido un hotel, se repitió chasqueando la lengua, y bajó al portal a por las bolsas de la compra.

—A fe que...

Al salir se encontró a la señora Hilaria, que estaba esperándolo delante de la puerta abierta, con el delantal puesto y una escoba que había sacado para barrer las hojas de la calle. De niño ya le parecía muy mayor, pero al verla ahora, con el pelo tan blanco y las manos tan arrugadas, se dio cuenta de cómo había pasado el tiempo. La miró con un pellizco de culpa.

—Hilaria, ¿se acuerda de mí?

—¿Y cómo no me voy a acordar? —Y extendió las manos para que él se agachara un poco y poder plantarle un par de besos.

Después se empeñó en que subiera a su casa un rato y él no supo decirle que no. ¿Y qué tal está? Pues ya me ves hijo, vieja… Pero no me puedo quejar. Aún me funcionan las piernas, decía dándose golpecitos con la mano en la cadera. Y la cabeza, decía mientras subía delante de él las escaleras.

Lo llevó a un salón con sofás de escay granate y tapetes de ganchillo que a él le recordó al cuarto de estar de la casa de su abuela, en el que no se entraba nunca. Los muebles impolutos, la mesita de mármol y patas de león, el cuadro del pavo real, los sofás en los que no se sentaba nadie. En verano casi nunca se levantaban las persianas y en invierno hacía siempre un frío que pelaba. Antes me hubiera llevado a la cocina, se dijo él con una punzada de nostalgia, habría levantado las faldas de la mesa para que metiera los pies donde el brasero y se habría quejado del reuma. Pero hacía muchos años que no subía a verla ni iba a la tienda a hacerle los recados y ahora la señora Hilaria lo trataba como si fuera una visita importante.

—Y tú, hijo, ¿estás bien?

Él dijo que sí con la cabeza.

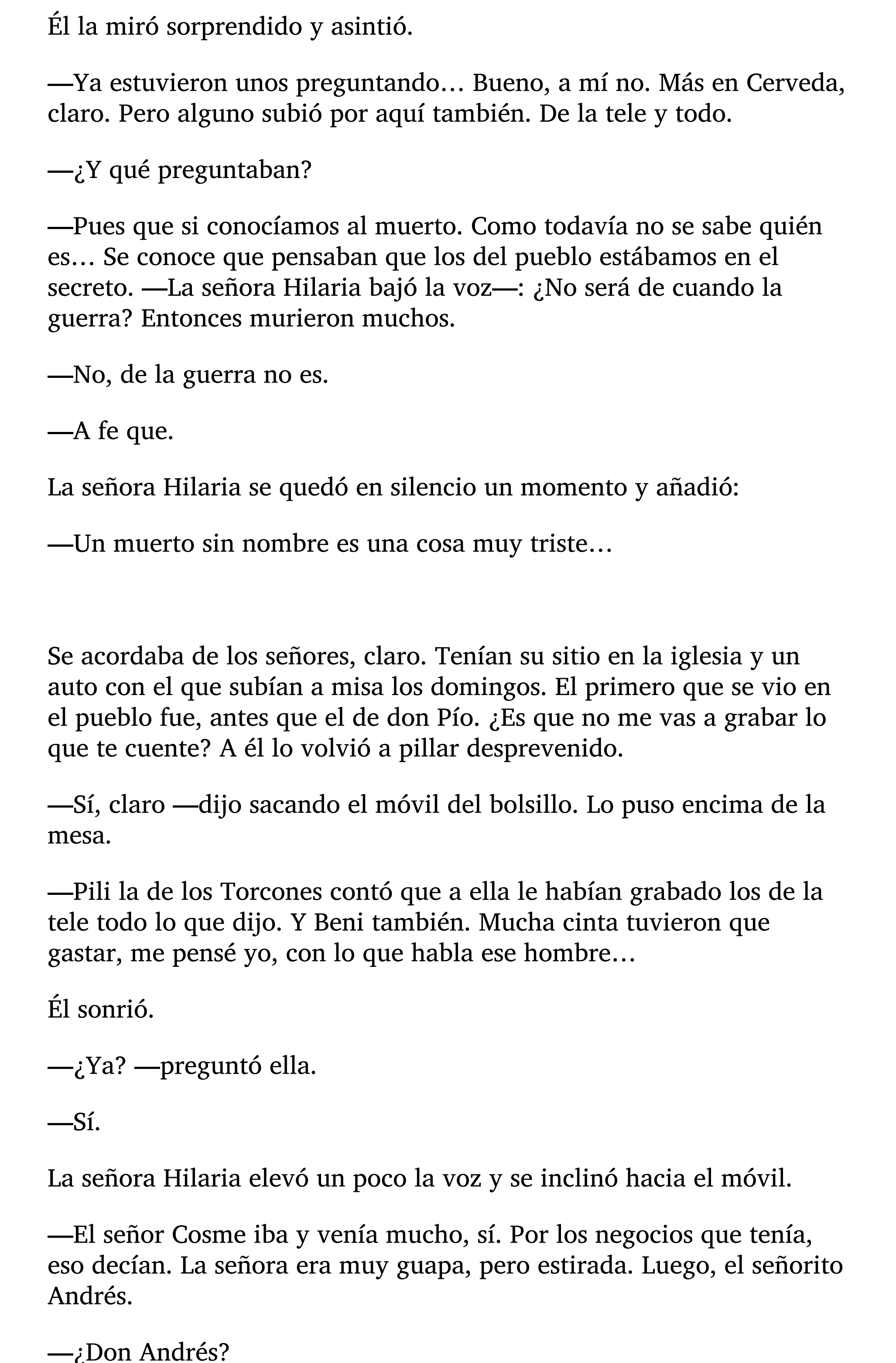
—Ya nos enteramos de aquel premio que te dieron, sí. —Él notó que se ponía colorado—. Lo leímos en el periódico.

—¿Y vive aquí sola? —preguntó por cambiar de tema.

—Claro, ¿con quién voy a vivir? Me las entiendo muy bien, no creas. Hasta a la huerta voy. Y a misa; y a la novena cuando hay.

Él sonrió y se miró las manos.

—¿No me vas a preguntar por el muerto de El Espinar? Has venido por eso, ¿no?



Él la miró sorprendido y asintió.

—Ya estuvieron unos preguntando… Bueno, a mí no. Más en Cerveda, claro. Pero alguno subió por aquí también. De la tele y todo.

—¿Y qué preguntaban?

—Pues que si conocíamos al muerto. Como todavía no se sabe quién es… Se conoce que pensaban que los del pueblo estábamos en el secreto. —La señora Hilaria bajó la voz—: ¿No será de cuando la guerra? Entonces murieron muchos.

—No, de la guerra no es.

—A fe que.

La señora Hilaria se quedó en silencio un momento y añadió:

—Un muerto sin nombre es una cosa muy triste…

Se acordaba de los señores, claro. Tenían su sitio en la iglesia y un auto con el que subían a misa los domingos. El primero que se vio en el pueblo fue, antes que el de don Pío. ¿Es que no me vas a grabar lo que te cuente? A él lo volvió a pillar desprevenido.

—Sí, claro —dijo sacando el móvil del bolsillo. Lo puso encima de la mesa.

—Pili la de los Torcones contó que a ella le habían grabado los de la tele todo lo que dijo. Y Beni también. Mucha cinta tuvieron que gastar, me pensé yo, con lo que habla ese hombre…

Él sonrió.

—¿Ya? —preguntó ella.

—Sí.

La señora Hilaria elevó un poco la voz y se inclinó hacia el móvil.

—El señor Cosme iba y venía mucho, sí. Por los negocios que tenía, eso decían. La señora era muy guapa, pero estirada. Luego, el señorito Andrés.

—¿Don Andrés?

—Sí, don Andrés. De joven era buen mozo. Un poco tarambana, como son los jóvenes, pero bueno. Luego se portó bien… Mejor que el padre —añadió más seria, y de pronto—: ¡Ay! Pero si no te he sacado nada.

—No, no se preocupe, si voy...

Pero ella ya se había levantado y caminaba despacio hacia el aparador del ciervo; estirándose todo lo que podía abrió una de las puertas y sacó una caja de pastas llena de rosquillas.

—Y luego la señorita Vera —dijo al volver a sentarse, abriendo la caja y poniéndosela delante—. La otra hija.

La señorita Vera.

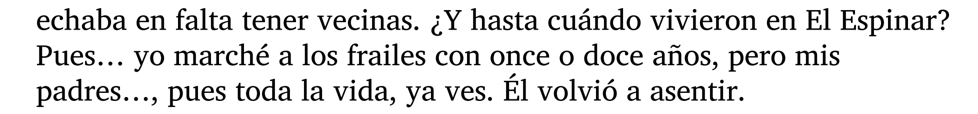
Entonces era verdad lo que le había contado el hijo de los guardeses.

Al principio pensó que se estaba confundiendo. Al fin y al cabo había pasado mucho tiempo y a veces las historias se mezclaban unas con otras. ¿Cómo que la hermana?, le había preguntado a Agustín. No recordaba él que don Andrés tuviera ninguna hermana.

—La señorita Vera, sí —repitió—. La hermana pequeña. Mi padre la conoció.

Se habían sentado al sol, en el banquito de madera que tenía Agustín al lado del tejivano de la huerta. Pregunta lo que quieras, le había dicho al tiempo que se secaba las manos en los pantalones. Luego había sacado unas castañas del bolsillo y lo había invitado, con un gesto, a sentarse. Y él había dejado la bolsa en el banco y había sacado su libreta.

Don Andrés ya no venía mucho, ¿no sabes? Se conoce que después de morir los padres pues ya no quería. Mientras vivieron, sí. Pero después, enseguida mandó hacer la casa nuestra y llamó a mis padres para que fueran a vivir y le cuidaran la finca. ¿Eso…? Pues no sé, en el cincuenta y tantos. Yo no nací allí por poco. Él asintió. Recordaba los geranios blancos en las ventanas, la campana de la puerta, que era un cencerro pequeñito, la caseta que le hizo Ezequiel al perro que tenían entonces, que también se veía desde la verja. De Ezequiel, el guardés, se acordaba él algo. Lo veían a veces partiendo leña o limpiando de nieve los caminos. Y de la señora Josefina también se acordaba. Mi padre, con lo que era, encantado, decía Agustín, allí no le molestaba nadie. Mi madre no se quejaba, pero yo creo que a veces



echaba en falta tener vecinas. ¿Y hasta cuándo vivieron en El Espinar? Pues… yo marché a los frailes con once o doce años, pero mis padres…, pues toda la vida, ya ves. Él volvió a asentir.

—Y cuando oyó lo del muerto…

Agustín se encogió de hombros antes de que llegara él a preguntar.

—Figúrate —murmuró clavando la mirada en el corro de las calabazas—, tantos años allá y sin saber lo que había…

—¿No vieron nunca nada raro?

—Qué vamos a ver… —El hijo de los guardeses negó con la cabeza y chasqueó la lengua un par de veces—. Nada.

—¿Y no se le ocurre quién puede ser?

—Hombre alguna cábala sí he hecho, como todo el mundo. Pero no sé, no —guardó silencio un momento—. Si es un muerto tan antiguo como dicen que es… Vete tú a saber. A lo mejor ni era de aquí.

Él, de momento, no quiso insistir.

—¿Y sabe por qué dejó de venir don Andrés?

Agustín volvió a negar con la cabeza sin despegar los ojos del suelo. Luego lo miró otra vez. Al final, ya solo venía de ciento en viento, ¿no sabes? Avisaba para que estuviera la casa preparada y pasaba unos días por aquí, a veces traía a algún amigo. Luego, ya, nada. Se quedó un momento en silencio. ¿Tú te acuerdas de él?, le preguntó señalándolo con la navajita que había sacado del bolsillo nada más sentarse en el banco para pelar las castañas. Él asintió. Cuando era él pequeño, aún venía algún verano a El Espinar.

—Pues ahora hacía mucho que tenía la casa cerrada —dijo Agustín.

—Es una casa grande para uno solo —murmuró él.

—A lo mejor, de haber tenido familia… O si hubiese estado la hermana…

—¿La hermana? —Él dejó de escribir y levantó la vista del cuaderno.

Desapareció cuando la guerra.

Eso le contó el hijo de los guardeses. Que don Andrés tenía una hermana y que había desaparecido cuando la guerra. La señorita Vera. Yo no la conocí, claro, le dijo, pero el padre sí, de pequeño. Y a veces contaba cosas de entonces, ¿no sabes?, de los dos hermanos, de cuando vivían los señores… Poco, que no era muy hablador mi padre. ¿Quieres una?, le preguntó y, sin darle tiempo a responder, le puso en la mano una castaña pelada. Aún estaban frescas y la piel amargaba un poco, por eso se la quitaba Agustín antes de comérselas.

—Entonces su padre… —empezó él.

—A padre lo llevaba mi abuelo para que lo ayudara con los trabajos —explicó Agustín, sacando otra castaña del bolsillo—. Por eso luego lo buscó don Andrés para que le guardara la casa.

Él levantó la vista del cuaderno con aire desconcertado.

—Mi abuelo era el jardinero que tenían entonces, cuando vivían don Cosme y la señora Alicia.

El jardinero. Claro. Una casa tan grande…, se dijo como si cayera en la cuenta en ese mismo momento. Tenían que tener gente trabajando. Muchos. Tenía que haber un jardinero. Y un cocinero. Y…

—Se conoce que de joven don Andrés era un poco vivalavirgen, ¿no sabes? —dijo Agustín sonriendo—. Luego ya le entró el juicio. Y enseguida tuvo que hacerse cargo de todo lo del padre, claro… Pero de joven siempre andaba con historias, él y los amigos que traía; que si aparecía una señal de la carretera donde no tenía que estar, que si despertaban a todo el pueblo por pasar a las tantas con el coche, que si entraban en algún bar de aquí con la amiga del brazo... Eso contaba mi abuelo. Y de la hermana, pues que muy caprichosa, eso decía, y que, de chiquilla, una vez estuvo a punto de morirse.

Él volvió a levantar la vista de la libreta.

—Se conoce que se cayó a la alberca del jardín y casi se ahoga. Y era invierno, ¿no sabes?, y estaba el agua helada; si no llega a ser porque la sacó el hermano...

—¿En la alberca?

—Antes tenían una alberca en el jardín —explicó Agustín para que lo apuntara él en su libreta—. Eso contaba mi abuelo.

—¿Y sabe cuándo fue?

Agustín negó con la cabeza al tiempo que juntaba en un montoncito las cáscaras de castaña que había ido dejando en el banco.

—Pero eran pequeños los hijos.

—Entonces usted no la conoció. A la hermana.

—No, no —hizo un gesto con la mano—. Lo que contaba mi abuelo.

Esas eran las cosas que sabía él de la señorita Vera, le repitió. Que de niña era caprichosa y que una vez había estado a punto de morirse. Y que desapareció antes de la guerra. Yo a don Andrés no le oí nunca hablar de ella.

—¿Y cómo desapareció?

El hijo de los guardeses se encogió de hombros.

—No me digas, majo… De todo eso hace mucho ya.

Cuando volvió a casa, después de hablar con la señora Hilaria, seguía haciendo frío.

Antes no se había animado a encender la calefacción. Seguro que ni funciona, había pensado al ver la caldera llena de telarañas y el plástico que ponía su madre en el suelo, donde los tubos, sucio y medio comido por los ratones.

Así que ahora cerró la puerta con llave y volvió a entrar al cuartito de la leña. Alumbrándose con el mechero, buscó el caldero para llenarlo. Cuando le pareció que tenía bastante, echó un puñado de astillas más finas y otra vez subió a tientas las escaleras.

Ya se habían encendido las farolas y por las ventanas del cuarto de estar entraba la luz anaranjada de la calle. ¿Qué coño hago yo aquí?, se preguntó con un suspiro. Y encendió la luz.

Dejó el cubo de la leña en el suelo y las llaves encima de la mesa pequeña. Allí estaban también las bolsas con la compra. Café, azúcar, leche, una cafetera, un par de botellas de agua, pilas. Lo dejó todo como estaba y buscó en el revistero un periódico viejo para encender la estufa.

Enseguida se empezó a notar el calor.

El ordenador lo puso en la mesa camilla y, mientras se terminaba las rosquillas de la señora Hilaria, fue repasando y ordenando las notas que había ido tomando. Después sacó el móvil y se puso los auriculares. Al escuchar su propia voz, chasqueó la lengua con fastidio y avanzó un poco.

Y luego, la señorita Vera.

La señorita Vera. Hacía unas horas no existía la señorita Vera, se dijo. Ayer no existía.

La otra hija.

Aquel era un fantasma con el que no contaba.

Pensó en Carlos. ¿Sabría él que don Andrés tenía una hermana?

Cuando terminó, volvió atrás y escuchó la grabación completa otra vez. Y otra. Al final, la voz de la señora Hilaria también le sonó rara, casi transparente; cuando ya casi se sabía de memoria cada palabra, se quitó los auriculares y se quedó un momento mirando al aire, pensativo.

Ya hacía rato que había oído dar las dos en el reloj de la iglesia cuando apagó el ordenador.

Echó leña en la estufa, se quitó el jersey, se lo pensó mejor y volvió a ponérselo, se quitó las botas. Luego se tumbó en el sofá y se tapó con el saco de dormir.

Antes de quedarse dormido se acordó del gato.

A lo mejor no vuelve, se dijo.

DÍA 3

EL GIGANTE EGOÍSTA

—Don Andrés —dijo tendiéndole la mano. El gigante egoísta. Eso no lo dijo en voz alta.

—Llámeme Andrés.

Tenía más de noventa años y no parecía un gigante. Aunque tampoco tenía esa fragilidad de piel transparente y venas azulosas de los viejos muy viejos. Con un gesto lo invitó a sentarse en el sofá y le ofreció un café.

—Gracias.

—¿Ha hablado con los guardias? A mí no me dicen nada.

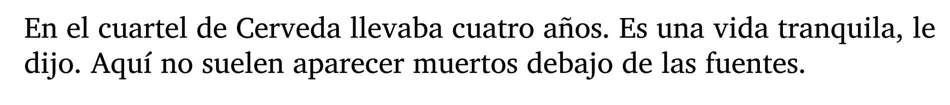
—No, todavía no.

Era verdad a medias. Hacía dos días, cuando él aún no sabía que iba a volver al pueblo ni que iba a dormir otra vez en la casa de sus padres, había quedado con Carlos para preguntarle por el muerto. A mediodía, cuando terminó su turno, apareció en el bar vestido de paisano, se sentó en la mesa donde lo esperaba él y lo primero que hizo fue repetirle que del muerto no le podía contar nada.

De eso no podemos hablar, le dijo.

De otras cosas, sí.

Del invierno. De cuando se sentaban juntos en el autobús de bajar a la escuela. De las ranas de la laguna. De los amigos de antes. Ahora solo quedaban en el pueblo él y Marcos, le dijo Carlos. A los demás los veían de vez en cuando, en las fiestas, en las vacaciones. ¿Sabes que mis hijos son amigos del hijo de Marino, el de Cerveda? Con lo que nos hemos pegado nosotros de pequeños… Pues uña y carne. Sí tenía, sí. Dos. También de ellos hablaron. Y de que, desde que se separó de su mujer, Carlos vivía otra vez en el pueblo, en casa de su madre. ¿Tú estás casado? Él negó con la cabeza. ¿Separado? Tampoco. Se acordó del gato. A lo mejor no volvía. Puede que sin querer le cambiara el gesto. Carlos lo miró un momento, intrigado, pero no preguntó más.


En el cuartel de Cerveda llevaba cuatro años. Es una vida tranquila, le dijo. Aquí no suelen aparecer muertos debajo de las fuentes.

—¿Seguro que no sabéis quién es? —no se pudo resistir.

—Ya te he dicho que no te puedo decir nada.

—Pero sea quien sea, lo mataron. O la mataron.

Carlos no lo negó.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Se lo he oído contar antes a uno de los albañiles. Cuando le he preguntado que cómo estaba tan seguro, ha dicho que la calavera estaba rota por la parte de atrás.

—Se lo pudieron hacer ellos mismos al cavar.

—Él está convencido de que no. Ya habréis hablado con todos, claro.

Carlos dijo que sí con la cabeza.

—También me ha contado que el muerto estaba donde la fuente y que ellos no vieron ropa ni nada más cuando lo encontraron.

—¿No pensarás ponerte a hacer de detective?

Él negó con la cabeza sonriendo.

—Entonces, ¿de verdad no hay ningún sospechoso?

—Para que haya un sospechoso tiene que haber una víctima. Y de momento lo único que tenemos es un montón de huesos.

—Ya.

Cuando llegó la hora de marchar, Carlos lo acompañó un rato, hasta la plaza. ¿Te vas a quedar por aquí? Le preguntó otra vez, antes de despedirse. Él se encogió de hombros. No sé, dijo. No se le había ocurrido. Por si acaso, te voy a dar mi móvil. Por si te enteras de algo. Él lo miró con un gesto de incredulidad. ¿No tendría que ser al revés?

—Tú me llamas —dijo Carlos sonriendo—. Luego ya veremos.

Los suyos son muy insistentes.

Don Andrés decía los suyos como si hablara de una especie distinta.

Él asintió y se sentó en el sofá.

—Pero usted no ha querido hablar con nadie.

Don Andrés se sentó también y negó con la cabeza.

—¿Entonces? —preguntó intrigado. ¿Qué pintaba él allí? Eso no lo dijo en voz alta.

—Curiosidad, supongo. Gloria me ha dicho que era usted de aquí. Bueno, del pueblo —añadió señalando con la mano en dirección a los montes que se veían por la ventana, detrás de los tejados—. Nieto de Justo, el carpintero.

—¿Conoció a mi abuelo?

—Algún partido de pelota jugamos en el frontón de jóvenes.

Se le hizo raro a él imaginarse a don Andrés en alpargatas y con la camisa remangada, jugando en el frontón con los mozos del pueblo. De su abuelo Justo, el padre de su madre, que murió cuando era él pequeño, casi no se acordaba.

—Se parece mucho —dijo don Andrés.

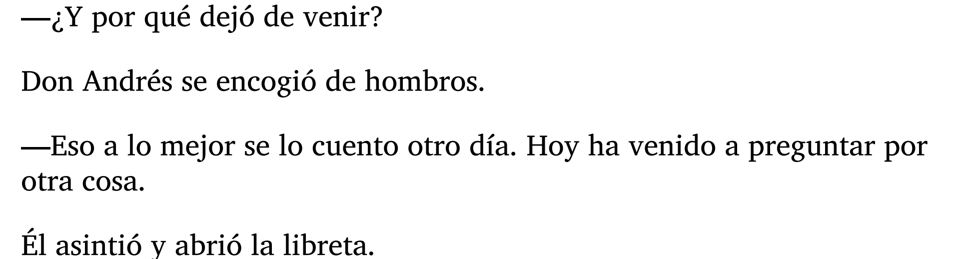
Eso le habían dicho siempre. Él notó que le subían los colores y se agachó a coger la bolsa del suelo para buscar la libreta. La grabadora no quiso sacarla de momento.

—En fin. ¿Qué es lo que quiere saber?

Lo mismo que todos, pensó él. Quién era el muerto. Qué le pasó. Por qué lo enterraron donde lo enterraron. Por qué cuando era él pequeño tenían siempre cerrada la verja de El Espinar. Por qué había dejado don Andrés de venir al pueblo.

—Hablé con el hijo de los guardeses —empezó. Don Andrés asintió—. Me dijo que hacía mucho que no venía a la casa.

—Mucho.



—¿Y por qué dejó de venir?

Don Andrés se encogió de hombros.

—Eso a lo mejor se lo cuento otro día. Hoy ha venido a preguntar por otra cosa.

Él asintió y abrió la libreta.

—A la gente le gustan los misterios —dijo casi para sí.

—Sí, supongo que sí. —Don Andrés guardó silencio un instante—. Aunque yo de este no tengo mucho que contar.

—¿No sabe quién puede ser el muerto?

—Por supuesto que no —respondió sin cambiar el gesto.

¿Habría oído él las cosas que se decían?

En el estanco de Cerveda, que no se entierra un muerto en el jardín de una casa sin que se entere nadie, por mucho que la casa sea esa casa y el jardín sea ese jardín.

En el bar de los Pelones, que de haber estado al tanto don Andrés, no se hubiese metido ahora a hacer obras, que qué falta le hacía a él, y menos a su edad.

En el banco de la plaza desde el que los abuelos vigilaban a los nietos, que mira que salir en la tele por una cosa así, que qué iban a pensar las gentes.

En la tienda de Velitas, que ya se veía que algo tenía que pasar, tanto misterio con la finca y tanto tenerla cerrada a cal y canto y tanto no salir de allá cuando venía don Andrés a pasar los veranos.

En la panadería, que lo de dejar de venir por algo habría sido. ¿No le parece a usted?

—Usted mismo lo ha dicho —dijo don Andrés—, la casa lleva sola muchos años.

Y lo que no decía era: ha podido entrar cualquiera. Otros también lo creían. Cualquiera ha podido entrar, se oía. Por ejemplo, uno que tenga algo que esconder. Antes pasaban esas cosas. En un prao podía haber una pelea por una linde, uno podía encontrarse a otro robándole lo que era suyo, a uno que iba furtivo de noche se le podía escapar un tiro sin querer… y entonces había que buscar un sitio para esconder a un muerto sin que se enterase nadie.

Si es tan antiguo como dicen…, vete tú a saber. A lo mejor ni era de aquí. ¿No había dicho eso Agustín?

Don Andrés volvió a mirarlo.

—Para esconder a un muerto solo hay que hacer un agujero en el suelo.

A no ser que el agujero esté hecho ya, pensó él con el boli en la mano.

—Nosotros lo que queremos es que esto se resuelva cuanto antes.

—¿Es verdad que la casa era de su abuelo?

Don Andrés asintió.

—El que la mandó arreglar fue él. Antes la tenían de casa de veraneo. Y para la caza, ya sabe. A mi abuelo cazar no le gustaba, pero los médicos le dijeron que el aire de estos montes era bueno para los pulmones y por eso decidió instalarse aquí y traer a mi abuela.

—¿Estaba enferma su abuela?

—Tenía la salud delicada, eso se decía entonces. Murió muy joven, la pobre. Y mi abuelo quedó viudo con dos niños pequeños; pero en lugar de volver a la casa de sus padres o casarse otra vez, como le aconsejaba todo el mundo, decidió quedarse.

Él asintió y apuntó algo en su libreta.

—Aquí nació mi padre —le dijo don Andrés—. Y yo también.

Él lo miró un instante con la pregunta en la boca, pero no dijo nada.

Hacía unas semanas que se había instalado en el hotel de Cerveda.

—Quería ver cómo iba la obra —le explicó don Andrés—, y luego, con esto que ha pasado, me pareció que era mejor quedarme un poco más. Por si hacía falta. Por lo menos hasta que se sepa algo.

Él asintió.

—Con mis años no puedo andar todo el día de acá para allá. Además, ya no me dejan conducir —añadió con un suspiro—. Los sobrinos.

—¿Los sobrinos?

—Bueno, en realidad son los nietos de mi prima la pequeña. Pero siempre me han llamado tío.

A él le pareció que se acordaba de ellos. Un niño soso, más o menos de su edad, y la hermana mayor, en sandalias y pantalón corto, comprando helados en el bar de la plaza de Cerveda o sentados en los asientos de atrás del coche de don Andrés. Eran recuerdos de algún verano lejano, sí, un niño con aire tristón y ojeras rosas, un poco entecado, les parecía a él y a sus amigos, una muchacha hermosa como un junco, con el pelo larguísimo y cara de aburrimiento infinito.

Don Andrés se quedó un momento en silencio.

—Veo que ya le han contado lo de mi hermana.

—La señorita Vera, sí —había dicho la señora Hilaria el día anterior, al tiempo que le acercaba la lata para que cogiera rosquillas—. La otra hija. Desapareció cuando la guerra. Bueno, un poco antes fue. Sí.

—¿Desapareció?

Ella lo miró con aire de no saber qué decir y se encogió de hombros.

—Desapareció, se marchó… Eso dijeron. Vaya, decir no dijeron nada, pero ya sabes, de la noche a la mañana dejamos de verla y aquí, en el pueblo, pues sí se habló. Mira, yo era muy pequeña entonces, pero sí me acuerdo de ella, sí. Era un poco atolondrada, la señorita Vera. Eso se decía. Que le gustaban las cosas de los modernos y que el señor

Cosme no sabía qué hacer con ella y cuando se marchó, pues las lenguas, ya sabes… De todo dijeron. Que si andaba enredando con un mozo de Cerveda a escondidas de los padres. Que si con un maestro que teníamos entonces en el pueblo, que se llamaba don Ginés, el pobre. Hasta llegaron a decir que se fue por culpa del hijo del carbonero de aquí, figúrate, aquel que tuvo tan mal final. No, tú no lo conociste, claro… Se conoce que poco antes fue lo de que se marchara él a América y alguno dijo que si la señorita Vera no habría ido a buscarlo, que si no lo tendrían acordado ellos dos así. Como era tan guapo… No sé, hijo, invenciones de las gentes. Luego salió que se había escapado con un señorito de los que venían mucho a la casa, amigo del hermano, que si se habían fugado juntos. Del nombre no me acuerdo.

—¿Y no volvió?

Él apartó los ojos de don Andrés.

—¿No ha pensado usted que…? ¿Que pudiera ser…?

Don Andrés lo miró un momento sin comprender. Cuando entendió lo que quería decir, se puso pálido.

—¿Creen que puede ser mi hermana? —dijo poniéndose de pie.

—No, no —se apresuró él.

—Eso es ridículo —murmuró don Andrés caminando, ahora sí como un anciano, hacia la ventana—. Ridículo.

Él se levantó también, pero no se movió de donde estaba.

—¿De verdad creen que es ella? —preguntó don Andrés mirando a la calle.

—No. No lo sé. Mire, ha sido cosa mía.

—No puede ser —interrumpió don Andrés sin darse la vuelta—, de ninguna manera.

—Si es verdad que desapareció sin dejar rastro…

El anciano volvió a negar con la cabeza sin mirarlo.

—Vera se marchó porque quiso. Se marcharon los dos.

¿Tú sabías que don Andrés tenía una hermana?, le preguntó a Carlos esa tarde por teléfono, nada más salir del hotel.

—¿Entonces no denunciaron la desaparición?

Don Andrés negó lentamente, dejando la taza en la mesa con un ligero temblor, casi imperceptible. Aún recordaba la expresión de horror en la cara de su madre cuando en casa se mencionó que habría que avisar a la Guardia Civil. ¿Qué queréis, que nos saquen en todos los periódicos? ¿Un escándalo?

—Eran otros tiempos —dijo. Había vuelto a sentarse en el sofá y ahora lo miraba con una expresión distinta—. Mis padres… Mire, al principio pensamos que era una chiquillada. Una de las ocurrencias de Vera. Yo me enfadé muchísimo. Y con Héctor también, por no haberme dicho nada… Pero pensábamos que iban a volver, ¿entiende?

—Pero no volvieron.

—No.

—¿Cómo que no está en su habitación? —Su madre, sentada ya a la mesa junto al resto de los invitados, miró a Fidela como si le estuviera hablando en una lengua incomprensible.

—No está, señora —respondió la muchacha en voz baja.

—¿Y no ha dejado dicho adónde iba?

—No, señora.

Olía a jacintos el comedor. Toda la casa olía. Entonces no sabía que eso era lo que más iba a recordar él tantos años después; el sol del mediodía que entraba por las ventanas al comedor, tantísima luz, y en todas partes el olor de los jacintos y las peonías de los jarrones, que le revolvía el estómago.

—Esta hija… —suspiró su madre, indicándole a Fidela con la mano que podía retirarse—. Andrés, ¿sabes tú adónde ha ido tu hermana?

Él dijo que no con la cabeza y miró de reojo la otra silla que quedaba

vacía, junto a la de su prima Teresa. Su madre apretó los labios contrariada, pero en un momento se recompuso y, tras cruzar una mirada con su marido, hizo un gesto para que empezaran a servir la comida.

—Esta chiquilla, siempre igual —dijo casi para sí—. Mira que llegar tarde al almuerzo precisamente hoy…

—Faltaba también el coche de Héctor—, dijo don Andrés.

—De eso nos dimos cuenta después, claro —añadió.

Pero hoy ha venido usted a preguntar por otra cosa, podía haberle dicho sin cambiar el gesto, con el mismo tono cordial e inescrutable que había usado antes. Sin embargo no se lo dijo; por eso se había atrevido él a seguir.

—¿Es que sus padres se oponían a…? —preguntó haciendo un gesto en el aire con la mano.

—Todo lo contrario —contestó con una sonrisa a medias—, estaban encantados de emparentar con los Latorre. Y los padres de Héctor, también.

—Entonces, ¿por qué tenían que fugarse?

Don Andrés se encogió de hombros.

—¿Y no intentaron encontrarlos?

—Claro que sí.

Aunque al principio pensaron que no tardarían en tener noticias.

Es cuestión de esperar un poco, se decían. Se aburrirán, se decían los padres de Héctor, se acabará el dinero. Volverán pronto, se repetían sus padres, convencidos. Tendrían que cambiar la boda que planeaban por algo más discreto, eso sí. En familia, pensaban, solo para los íntimos, nada de orquestas de cuerda ni de enviar a las revistas fotos del equipo de la novia como cuando se casaron ellos. De todas formas, ya no se llevaban esas cosas, se decían. Una recepción sencilla, sí. Y

después, un viaje largo.

Entrarán en razón, se decían los primeros días.

Su padre, encerrado en su despacho, no se despegaba del teléfono. Su madre iba y venía del cuarto de Vera al salón y del salón al cuarto de Vera, suspiraba, revolvía los cajones buscando no se sabía qué, se pasaba las horas junto a la ventana retorciéndose las manos, esperando ver aparecer el auto por el camino, esperando un telegrama enviado desde un hotel de Biarritz o de San Juan de Luz. Siempre ha tenido muchos pájaros en la cabeza, esta hija, decía. Siempre ha sido una impaciente, sí, pero esto…

—Pobre mamá —murmuró don Andrés al recordar las noches sin dormir de su madre, el desconsuelo con que lloró el día que aparecieron en el jardín los del camión, ella que hasta entonces se había mantenido casi imperturbable, que no se había permitido ni una lágrima delante de nadie.

Él lo miró intrigado.

—Ni una lágrima —repitió don Andrés—, hasta esa mañana.

Desayunaban los tres en el comedor de arriba, le contó, y de pronto oyeron acercarse un motor que no conocían. Hasta a la muchacha que les servía el café le tembló la jarra en la mano, pero no se atrevió a dejarla en la mesa, como hubiera querido, para correr a la ventana. Su madre sí se levantó, con una sonrisa de alivio en los labios, convencida de que eran ellos que volvían a casa, pero al asomarse a la ventana vio que no era su auto el que se acercaba por el camino, sino el camión de los albañiles de Cerveda, que por fin venían a colocar la fuente del jardín.

Principios de julio, apuntó en mayúsculas en su libreta, albañiles.

—Con cada día que pasaba nos fuimos haciendo a la idea, claro.

¿Tú sabías algo de esto? le preguntaban a él. Primero sus padres y, después, los padres de Héctor. Esto, decían unos y otros, y lo miraban desconcertados, como si no se les acabara el asombro, como si no les cupiera en la cabeza que les pudiera pasar a ellos algo así. A ellos.

¿Y las niñas? ¿Las niñas tampoco sabían nada? Tampoco. Teresa y Adelina, que aquel verano volvieron a Santander mucho antes de lo previsto, se despidieron de él en la estación de Cerveda sin acabar de creerse aún que Vera se hubiera atrevido a aquello. Y un poco

desilusionadas también, aunque eso no lo dijeron, porque su prima lo hubiera guardado tan en secreto, mira que no haberle notado nada, se decían la una a la otra, y por no haber estado ellas al tanto de los planes de fuga, que, desde luego, les parecían el colmo de lo romántico. Llámanos en cuanto se sepa algo, le decían a él ya subidas en el tren, escribe; y hubieran querido quedarse unos días más, claro, pero la tía las hizo volver a casa inmediatamente sin hacer caso de sus protestas, como si temiera que si se quedaban con ellos fueran a contagiarse de aquellas locuras de su prima, como si solo por haber estado allí aquellos días también les fuera a rozar a ellas el escándalo.

¿Seguro que no se te ocurre dónde pueden estar? Insistía su padre cuando ya llevaban dos semanas sin noticias. ¿Seguro que no te dijeron nada?, le preguntaba llevándolo aparte y bajando un poco la voz, como si no acabara de creerse que para él también había sido una sorpresa, como si pensara que era imposible que no estuviera él en el secreto. Como si de pronto temiera que fueran ciertas las historias que se oían, que de verdad hubiera motivo para hacer caso de las advertencias que había dejado caer algún amigo bienintencionado, los rumores sobre las prisas de la familia por adelantar la boda. Ya sé que Héctor es amigo tuyo, pero las cosas no se hacen así, le decía apesadumbrado. Las cosas no se hacen así.

Claro que habían intentado encontrarlos, repitió don Andrés apartando los ojos de los de él. Después guardó silencio un momento y añadió:

—Pero con la guerra…

La guerra lo cambió todo.

¿Tú sabías que don Andrés tenía una hermana? Le preguntó a Carlos por teléfono en cuanto puso un pie en la calle.

Esa tarde, nada más llegar a casa, encendió la estufa y cambió las bombillas del pasillo y del baño subido a una silla. Luego se decidió por fin y abrió la puerta de la cocina.

Sin soltar la manilla, observó un momento la mesa y las sillas de formica, el calendario del Santo, con las hojas amarillentas y acartonadas por la humedad, detenido en el mes y el año en que llevaron a su madre al hospital, el hule de la mesa, el transistor de su madre, cojo desde la vez que lo apoyó sin querer sobre la chapa de la cocina y se le derritió una esquina. Se acercó al estante donde estaba y lo enchufó, casi esperando que no funcionara, pero oyó un borboteo sordo y un rumor lejanísimo de voces que no se entendían; apoyando la yema del dedo en la rueda que tenía en el costado, la hizo girar y observó ensimismado cómo subía y bajaba por el dial la guía de plástico. Londres París Lisboa Estambul. Nada. Algunas palabras entrecortadas. La musiquilla de un anuncio. Al cabo de un momento lo apagó. Espantó una araña del fregadero y abrió el grifo. El agua, que tardó en salir, llegó a trompicones y le salpicó el pantalón. Él la dejó correr un rato, hasta que salió limpia, e hizo cuenco con la mano para beber un trago. Delante de la cocina estaba la baldosa rota de cuando a su padre se le cayó el almirez.

Con un suspiro marchó al salón a por las bolsas de la compra del día anterior. Café, azúcar, leche, una cafetera, un par de botellas de agua, pilas. Las pilas eran para la linterna que había cogido por si acaso; se las metió en el bolsillo.

En uno de los armarios de la cocina encontró vasos y tazas; cucharillas, en el cajón; pero cuando ya lo tenía todo, y la cafetera llena, cayó en la cuenta de que no había butano, así que marchó al salón y la puso sobre la tapa de la estufa, no muy convencido. Mientras esperaba a ver si subía el café, volvió a la cocina con la escoba en la mano.

Probó a enchufar el frigorífico, pero no se encendía.

Después de un par de intentos, abrió la ventana y dejó en el alfeizar la caja de leche y las fresas que le había dado la señora Hilaria.

DÍA 4

ESE DÍA NO HUBO ROSARIO

—¿Cómo? —preguntó acercándose más a ella.

—Que ese día no hubo rosario. Por la fiesta, ¿sabe?

—El cumpleaños de don Cosme —dijo él.

—Sí, el cumpleaños —dijo la anciana con los ojos brillantes—. Llenamos el jardín de luces y de farolillos chinos, como en las verbenas. Muy bonito, sí —decía, como si los tuviera delante—. Uno a uno hubo que ir poniéndolos y subirse a una escalera hasta que los dejamos todos encendidos. —Pero enseguida la mirada se le ensombreció—. Luego pasó lo de la señorita.

Fue cosa de la señora Hilaria que fuera él a visitarla. Donde las monjas, le dijo, en Cerveda.

Ahora que se había acostumbrado a verlo entrar y salir y a tener luz por las noches en casa de los vecinos, la señora Hilaria bajaba a veces a la calle cuando oía el coche o lo llamaba por la ventana para que subiera a sentarse con ella un rato. Sube, hijo, le había dicho ese mediodía cuando lo oyó llegar de Cerveda, que te tengo una cosa.

En la cocina se encontró la mesa puesta. Anda, siéntate, dijo ella sin darle tiempo a protestar porque solo había un plato. Yo ya he comido hace rato, dijo al ver la cara que ponía. Mira, le dijo, quitando la tapa de la cazuela. Y lo que sobre te lo llevas. Y los filetes también, para cenar.

—Pero, mujer…

—Comer, hay que comer —dijo ella encogiéndose de hombros—. Además, estás muy flaco.

Él sonrió, se quitó la bolsa del hombro para dejarla en una silla y casi antes de que se sentara a la mesa, ya le había llenado ella el plato. Luego se sentó con él y lo miró comer, satisfecha. Y entonces, ¿se sabe ya quién es el muerto? Él negó con la cabeza.

—A fe que… ¿Está bueno?

—Buenísimo —dijo con la boca llena. Resultó que sí tenía hambre.

—Me alegro —contestó ella, acercándole el pan—. Hala, come tranquilo, y luego ya me contarás.

Todavía no se sabía nada, le dijo a la señora Hilaria. Ni don Andrés. Entonces, ¿ya has conocido a don Andrés? Él asintió. Tampoco sabía quién podía ser. O eso me dijo, añadió encogiéndose de hombros. Y me habló de la hermana.

—La señorita Vera.

—La señorita Vera.

Ella lo miró un momento achicando los ojos.

—¿No pensarán que…?

—No —respondió él rápidamente—. Bueno, no sé. La verdad es que a mí sí que se me ocurrió. Las fechas coinciden.

—Ya.

—Pero no parece. No sé. Don Andrés está convencido de que se fugó con un amigo suyo, un tal Héctor Latorre.

La señora Hilaria asintió lentamente y señaló el plato vacío.

—¿Quieres otro poco?

Sin esperar a que dijera que sí, se levantó, le llenó otra vez el plato y le trajo más pan. Cuando volvió a sentarse, se quedó un momento pensativa.

—La que te podría contar cosas de entonces es Fidela.

—¿Fidela?

—Sí. De joven estuvo sirviendo en la casa. Con ella tendrías que hablar —la señora Hilaria dudó un momento—, aunque ya la cabeza no sé cómo la tendrá…

—Tiene que ser muy mayor.

—Mucho, hijo, mucho… —dijo mirándose las manos con aire

resignado; luego levantó la vista y le sonrió con una sonrisa triste—. Como todos.

—Lo celebraba el señor con una fiesta muy grande todos los años —le contó Fidela—. Hasta lo sacaban en el periódico. Pero esa fue la última vez, sí, se le quitaron las ganas.

—¿Y se acuerda usted de esa noche?

Estaba guapísima la señorita Vera, con aquel vestido.

Azul pervenche, decía la señora cuando se lo contaba a sus amigas por teléfono, es un sueño de vestido, les decía, lo encargamos en París… Y en el pelo, flores, por ser la noche de San Juan, eso había dicho la señorita, y entre las dos las eligieron aquella mañana, esas del tiesto rojo, Fidela, y las campanitas, que la señora llamaba muguet y las rosas pequeñas, las blancas, ¿qué te parece?, y ella las había puesto en un cuenco con algo de agua para que aguantaran frescas más rato. Como tenían los tallos finos no haría falta más que un trocito corto de alambre en cada una para que se sujetaran.

Al pasar por donde los castaños camino del invernadero, echó una ojeada al gramófono y a los farolillos chinos. La escalera la había dejado Damián medio escondida, apoyada en uno de los árboles, para cuando tocara salir a encenderlos; mientras estemos cenando, le había dicho la señorita Vera poniéndole en las manos unas cerillas largas, para que sea una sorpresa, había dicho, y encontrárnoslos así al salir al jardín. Detrás de una mesa casi montada, uno de los camareros que habían contratado para la fiesta estaba terminando de colocar las copas y los platos. Ella lo saludó con un gesto. Para después de la cena, petisús y bombones helados, había pedido la señora Alicia, de menta y de naranja, Doro, los pondremos en las bandejas de las mesas del jardín y también dentro, para los que no quieran salir, y pastelitos de crema y de coco…

A Sole, que venía por el camino con una bandeja de servilletas y un mantel nuevo para cambiar el que se había rasgado, le preguntó Fidela si habían subido ya a cambiarse la señorita Teresa y el señorito Miguel. Casi sin detenerse Sole le dijo que sí y que ya había ido ella a arreglar el salón del biombo y a vaciar los ceniceros. Falta subir el rizador de la señorita Adelina, dijo, y Fidela asintió. El rizador de pelo, una tableta de cafiaspirina para la señora, hilo y aguja por si

acaso.

A la cocina mejor no acercarse, se dijo, y se dirigió a la puerta del comedor. Ya estaba todo preparado aunque, antes de la cena, se tomaría el aperitivo en el salón pequeño. A los del periódico los atendería el señorito Andrés.

En la puerta se cruzó con otros dos camareros, que ya llevaban los chalecos negros y el pelo repeinado y salían a fumar un cigarro. Iban hacia el garaje. A ver la moto del señorito Miguel, se dijo ella. A Damián no lo había visto en toda la tarde.

El recibidor olía a cera de suelos y a los ramos de jacintos que habían traído esa mañana del vivero para que los pusieran Sole y María en los jarrones chinos con los tulipanes y las lilas. De más, se dijo Fidela, que enseguida se empalagaba con los olores dulces. Cosa de la señora, seguro, se dijo arrugando la nariz y aguantando las ganas de estornudar. Al llegar a la escalera se detuvo un momento, dejó el cuenco a los pies del ángel y se agachó a atarse el cordón del zapato. Luego subió despacio, atenta a no derramar el agua de las flores.

Las risas que oyó nada más llegar al pasillo de arriba venían de la habitación de las señoritas Teresa y Adelina. Ella llamó a la puerta.

—Las horquillas que había pedido, señorita —dijo sacando una cajita del bolsillo del delantal.

—Gracias Lita.

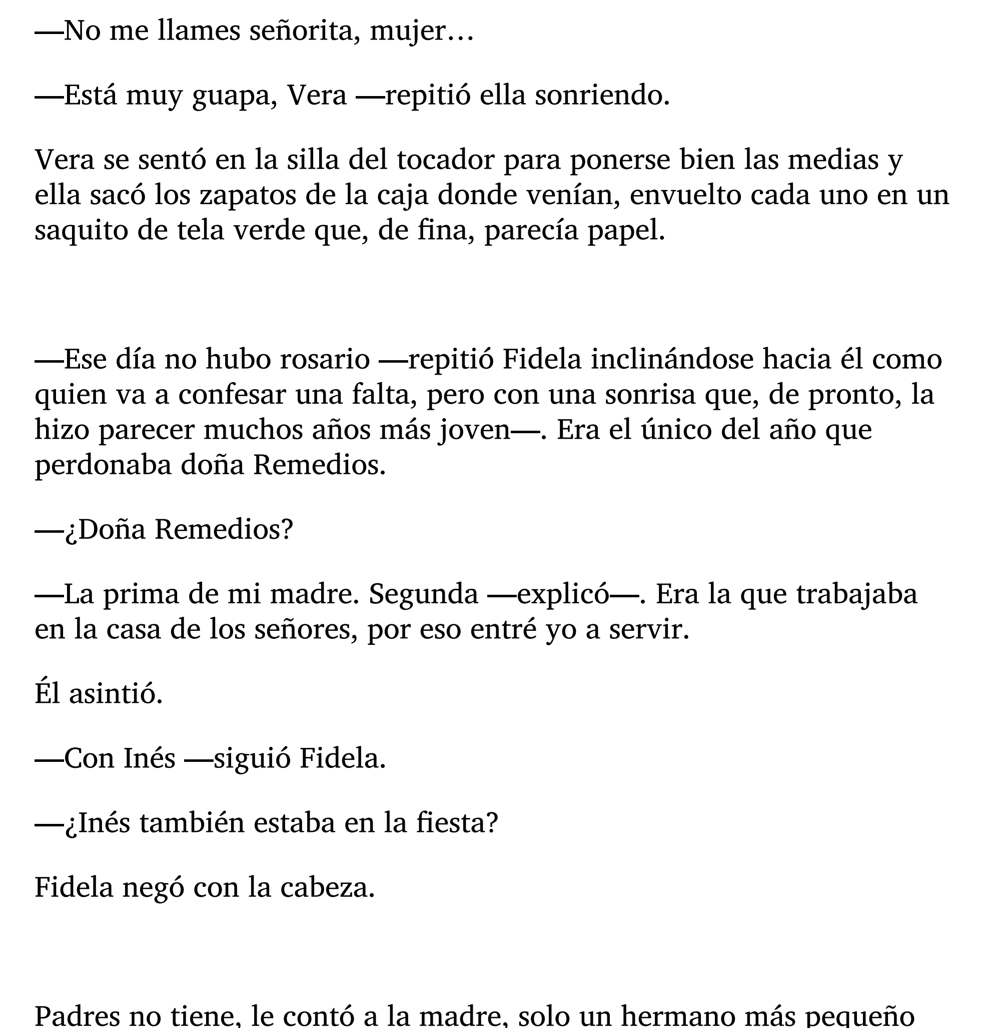
—Ahora les traerán el rizador.

Al otro lado del pasillo apareció el señorito Héctor, ya vestido. Iba hacia la habitación del señorito Andrés con una botella de güisqui en una mano y dos vasos en la otra. Ella, al verlo, se quedó quieta donde estaba, con la espalda pegada a la pared, y los ojos clavados en el suelo hasta que pasó él a su lado. Antes de seguir lo miró de reojo por si se daba la vuelta, pero no se volvió.

Cuando entró en la habitación, Vera ya se estaba vistiendo.

Fidela dejó el cuenco de las flores encima del tocador y descolgó el vestido de la percha que había puesto antes ella en el filo de la puerta del armario para que no se arrugara. Tenía media espalda al aire, el vestido, y llegaba hasta los pies.

—Está muy guapa, señorita —le dijo Fidela al terminar de



abrochárselo.

—No me llames señorita, mujer…

—Está muy guapa, Vera —repitió ella sonriendo.

Vera se sentó en la silla del tocador para ponerse bien las medias y ella sacó los zapatos de la caja donde venían, envuelto cada uno en un saquito de tela verde que, de fina, parecía papel.

—Ese día no hubo rosario —repitió Fidela inclinándose hacia él como quien va a confesar una falta, pero con una sonrisa que, de pronto, la hizo parecer muchos años más joven—. Era el único del año que perdonaba doña Remedios.

—¿Doña Remedios?

—La prima de mi madre. Segunda —explicó—. Era la que trabajaba en la casa de los señores, por eso entré yo a servir.

Él asintió.

—Con Inés —siguió Fidela.

—¿Inés también estaba en la fiesta?

Fidela negó con la cabeza.

Padres no tiene, le contó a la madre, solo un hermano más pequeño que vive con unos tíos suyos en León. Sus abuelos eran de allí y por eso vivía allí su tía, tan lejos, le había contado Inés, pero a ella no la podían llevar, le decía, porque ya eran muchas bocas en una casa, por eso la mandaron a servir. La madre asentía en silencio y la miraba como si no se cansase de mirarla, con la mejilla apoyada en la mano. Pues que suba contigo algún domingo, le dijo, así la conocemos.

—Tengo una amiga que se llama Inés —le había dicho ella cuando le preguntó la madre si estaba contenta en la casa.

—¿Te tratan bien? ¿Te dan bien de comer?

Ella le dijo que sí con la cabeza. Tenían una habitación para las dos, Inés y ella, le contó, y una tarde libre, una semana sí y una no.

Quince, le dijo, y es muy buena. Doro también, aunque se enfada si le friegas las sartenes con el estropajo. Y si pones el paño de secar vasos en el gancho del paño de las manos. Y si no sabes que para lustrar el suelo de madera del salón hay que echar Aliron en el cubo del agua en lugar de jabón y frotar con la rodilla.

Cuando tenía fiesta, subía al pueblo a ver a su madre y sus hermanos.

Doro también manda recuerdos, le decía a la madre. Y enseguida se quitaba los zapatos y el vestido nuevo para no mancharlos, y se ponía las alpargatas suyas para poder correr al río con las amigas, como antes, o subirse al cerezo a por cerezas o perseguir saltamontes. Y en el río se quitaban las alpargatas para meter los pies al agua aunque estuviera fría y se tumbaban en la hierba y cogían renacuajos para tocarles el lomo con el dedo y buscaban anavias y frambuesas y flores de jabón.

En casa, saludaba a los gatos por su nombre y pasaba un rato mirándolos y les llevaba hojas de cardimuelle a los conejos y entraba a la cuadra de la losina a acariciarle el lomo y a decirle que no pensara que se había olvidado de ella.

Y después de comer se sentaba en el banquito de la cocina, como antes, mientras la madre zurcía calcetines o arreglaba para Juan unos pantalones de pana del padre, porque ahora que era el hombre tenía que llevar pantalones largos, y también ella preguntaba por las cosas de allá y por el hijo del paragüero, que decían que lo había amochado el toro y estaba vivo de milagro, y por la suerte de Botijo, que había ganado el cerdo de la rifa del Santo, y por la hierba y por las vacas y por el trigo de las eras. Y antes de cambiarse de ropa y volver a El Espinar, a su madre le decía que si hacía falta, podría ella subir alguna tarde a ayudarlos con los trabajos, y a su hermano Juan le contaba que sí que era verdad que los señores iban a comprar otro auto y que ya tenían elegido el color y que se lo iban a traer pronto. Y les explicaba lo del jardín tan bonito y lo de las gallinas que ponían huevos azules. Y con Pedro se sentaba en el suelo, donde la leña, y jugaba a guardar las vacas, que eran los tacos de la lumbre, un taco cada vaquita y el toro el más grande, y, si se dejaba, lo cogía en brazos y se lo sentaba en las rodillas y cantaban la canción del lechero y las candajas. Y se reía a carcajadas Pedro porque le gustaba mucho la canción, y más cuando se la cantaba ella, y nunca se cansaba de escucharla.

Y su casa era la misma de siempre, pero a ella le parecía distinta ahora que no la veía todos los días, solo los domingos.

¿Pero tú estás contenta? Ella a la madre le decía siempre que sí para que no se pusiera triste.

Y en el jardín, los peces, que se les podía dar de comer el pan que se llevaba en el bolsillo y era un secreto que tuvo ella dos veces, primero con Inés y luego con la señorita Vera, no me llames señorita, mujer, y luz en todas las habitaciones, hasta en las del piso de arriba, y un baño de verdad para no tener que salir al frío, que ella no lo había visto nunca, y por eso la carcajada de Inés al ver la cara que puso, y el invernadero de Luis, y las frambuesas, mariquita de Dios, cuéntame los dedos y vuela al sol, y para limpiar la cocina, vinagre y estropajo, y la plata, primero media patata y después frotar bien con un trapo hasta que brille brille, y al señor no lo veía mucho ella, la verdad, y al señorito menos, solo en las vacaciones, también la señorita quiso que la mandaran a estudiar, como al hermano, ¿sabe usted?, pero ni hablar, esos eran otros tiempos, es muy joven usted para entender lo que era aquello, mamá, papá, con cuántos añitos me voy a casar, ni uno, ni dos, ni tres, ni cuatro…, y el ángel de la escalera, tan bonito, pero que no era un ángel, y las manos rojas de fregar los cacharros, y las montañas de patatas que había que pelar, y los viernes, bacalao de vigilia, y quitar la nata de la leche, que al señor le daba asco, y el frío que hacía en la despensa, y el rosario de doña Remedios, que se lo trajo de Roma la señora cuando se casó y estaba bendecido por el papa, y por eso huele a rosas, que es como huelen los santos, decía doña Remedios pegándoselo a la nariz, y a ella le parecía que no olía a rosas, sino a los dedos de doña Remedios; aunque no le decía nada, por si acaso, Lea usted «La Época», y los elefantitos de madera, y el reloj de la cocina que tenía dibujados en oro casas picudas y pájaros chinos, y las escaleras de la entrada, que se ensuciaban con mirarlas, y la Estafeta Cordial que les leía Doro en voz alta algunas tardes: Desdichado sostiene relaciones con una muchacha a la que amaba tiernamente… Y el ciervo de la armería con el ojo colgando, y los zapatos nuevos, lágrimas de san Lorenzo, soltera, de 17 años, leche de un mes, se ofrece para criar en casa de los padres, la que se viste de verde por guapa se tiene, y sacar las maletas para el veraneo, baúles, sombrereras, finesdesemana, y el chocolate en el salón del biombo; y doña Remedios: No hagas eso, Fidela, que pareces una aldeana, como si por trabajar en la casa de los señores se le hubiese olvidado que ella también había nacido en el pueblo y que de niña corría descalza por los praos y subía a las eras a pedir que la dejaran montarse en el trillo como los demás… No hagas eso, Fidela, le decía, y las flores de azúcar

y los manteles blancos, y las medias de lana en invierno, quién dirá que las carboneritas, quién dirá que las del carbón, quién dirá que no estoy casada, quién dirá que no tengo amor… y un gallinero especial para las gallinas de los huevos azules, El hijo de Kong, El hombre que sabía demasiado, Enemigos leales, y una toquilla que le hizo la madre con lana morada, y las fiestas por el cumpleaños del señor, por San Blas la cigüeña a volar, y para el jabón 1 l de aceite usado, 1 kg de sosa, 5 puñados de harina, 1 terrón de resina y el agua que pida, y las raquetas de nieve, y las revistas de la señora que miraban Inés y ella a escondidas cuando ya las tenía olvidadas, Radiobel, Digestónico, Jabón Richelet, puños almidonados y delantales blancos, permanente abisinia, En su despensa: Neveras Ideal, Jugo de plantas Boston, Crema Nivea, ¡Mujer! para la regla suspendida: Perlas Femi, y las cajas de zapatos de la armería, llenas de lazos y encajes que ya no se usaban, y el gato de la señora, que tenía un ojo de cada color y solo comía fuagrás y unas veces se dejaba tocar y otras no y nunca salía ni al jardín y encima era macho y capado, así que no había que preocuparse de que trajera gatitos que luego no se podían tener en casa por ser tantísimos, ni de tener que meterlos en un saco atado con una cuerda para echarlos al río.

—¿Y cuántos años tenía cuando entró a trabajar en la casa?

—Once tenía, sí —contestó Fidela—. Inés, quince.

De angelito, le contó a Inés, y se le escapó la risa, con túnica blanca y unas alas de mentira. La túnica llegaba hasta los pies y se la arregló su madre de una que le dejaron para ese día, que tenía las mangas muy largas; las alas se guardaban en un arcón en la sacristía y olían a cura, pero eso no se lo dijo a Inés.

Es que era el Corpus, le explicó cuando vio la cara de sorpresa con la que se volvió Inés a mirarla, agachadas como estaban frente a la chimenea del salón.

En el Corpus se ponían altares en las calles y ese año salieron las niñas así en la procesión y ella también, con sus alas de plumas, aunque a la madre no le gustaban esas cosas, no, ya lo decía, pero se empeñaron en que fuera ella de angelito, como las otras niñas, con corona de flores y las manos juntas, y por eso salió así en el retrato que hizo el fotógrafo que subió al pueblo a retratar la procesión; y ese era el único

retrato que le habían hecho a ella en su vida, le contó a Inés, pero no se le veía bien la cara porque justo en el momento de la foto se había movido, porque se le resbalaban las alas.

—Pues hemos de ir un día las dos a retratarnos de verdad, ya verás —le dijo Inés mientras retiraba otro par de paladas de ceniza de la chimenea y las echaba en el caldero que le sujetaba ella.

Al fotógrafo de Cerveda, le dijo llenando otra vez el recogedor, como las señoritas, y le diremos: Hemos venido a que nos saque usted un retrato, y dirá él: Pues pónganse así y asá, y no se muevan, y miren aquí, dijo con la última palada. Y si es como en las ferias, se puede elegir entre salir montada en un burrito de madera o sentada en un banco en un jardín elegante o subida en un avión, como la señorita Salaman. ¿Tú qué prefieres?, preguntó poniéndose de pie.

—¿Yo? El avión.

Inés sonrió.

—Yo también.

La anciana miró hacia la ventana un momento y suspiró.

—Qué miedo pasó la pobre…

Antes de soplar las pelusas del diente de león, un deseo. Si le rezas al Santo en su día, te hace el milagro. Si das la vuelta a la ermita y bebes de la fuente sin tocar el caño, casada en un año. Pero a veces no pasaba. A veces se torcían las cosas.

—Se tuvo que ir, ¿sabe?

Él la miró desconcertado.

—¿La señorita Vera?

—No, Inés.

—¿Y Vera? ¿También se marchó?

Ella dijo que sí con la cabeza.

A veces se olvida de las cosas de ahora, le había dicho la sobrina de Fidela cuando hablaron por teléfono. Pero de lo de antes se acuerda de todo.

Él llegó pronto a Cerveda y, por hacer tiempo, se dio un paseo por los alrededores de la residencia. El descampado que recordaba ahora era un parque con una fuente y hierba recién segada en el que habían puesto sillas con pedales, espalderas y ruedas para hacer ejercicios con los brazos. Por el camino de gravilla, bordeado de plátanos y bancos pintados de verde, paseaban, arriba y abajo, dos mujeres de pelo blanco cogidas del brazo.

Luego, en la residencia, aún tuvo que esperar un poco más. La enfermera se lo encontró sentado en uno de los sillones verdes del recibidor, con los ojos clavados en la estantería más alta de la cómoda, en la que reposaba un corazón de Jesús como el que había en casa de su abuela cuando era él pequeño, solo que este no tenía rotos los dedos de bendecir.

—¿Es usted el periodista?

—Sí —dijo poniéndose de pie.

La enfermera lo llevó a la habitación.

—Señora Fidela, aquí está su visita.

Sentada en la silla junto al radiador, con una toquilla de lana sobre los hombros y el pelo bien peinado y recogido en un moño, lo esperaba Fidela.

—Hilaria me ha dicho que le dé recuerdos.

Fidela sonrió.

No me llames señorita, le decía. Y ella que no se acostumbraba… Pues tendremos que practicar, decía Vera riéndose. Y ella, no se mueva, con la boca llena de alfileres para cogerle el bajo de la falda como le había visto hacer a doña Remedios, ahora que estaba aprendiendo a coser y a arreglar vestidos, los suyos y los de la señorita. Mira, Lita, qué bonito, le había dicho Vera señalándole el que salía en la revista; era algo más corto y con el cuello a la marinera, pero de esa misma

hechura, y la tela, parecida. ¿Tú crees que se podrá arreglar para que quede así?

Por eso ahora estaba Vera subida a un taburete y ella con los alfileres en la boca cogiéndole el bajo unos centímetros para que se pareciera más al de la revista. El cuello ya se lo había hilvanado.

—¿Ya has conocido al maestro nuevo?

Ella miró a la señorita de soslayo, extrañada por la pregunta y negó con la cabeza.

—Algo me dijo mi madre el domingo —contestó sin ponerle mucha atención, volviendo al dobladillo—. Se llama don Ginés.

Ya habrá tiempo de ordenarlo todo luego, se decía él sin dejar de tomar notas, ya se ordenará, se decía, comprobando por el rabillo del ojo que el móvil seguía grabando, cuando veía que se perdía en las idas y venidas de Fidela.

—Si Dios quisiera que las gentes volaran, nos habría puesto alas en lugar de brazos.

Cómo se reía la señorita Vera cuando Fidela atronaba la voz y ponía los brazos en jarras, como si fuera a cantar una jota, para repetirle a ella aquellas salidas que tenía a veces Doro. Allí, donde los peces, se atrevía Fidela a contarle a Vera aquellas historias de antes, de cuando ella no se sabía los nombres de los peces de colores y aún estaba Inés en la casa y la señorita, en el colegio de las francesas.

—Pues menudo susto nos dio —siguió Fidela, sonriendo también al recordar, después de tanto tiempo, lo roja que se había puesto ella y cómo había acelerado el ritmo con que frotaba la chocolatera, y mirando de reojo a Inés, que estaba a su lado y también se había puesto como un tomate.

En todos los periódicos salían fotos de la señorita Salaman, unas veces delante de un avión, otras con unos cachorros de león en brazos. ¿Lo has leído todo?, le preguntaba Inés mientras frotaban fuentes y cubiertos con un trapo para sacarles el brillo, y ella decía que sí y que luego se había acordado de dejar el periódico donde estaba, y le contaba que la señorita Peggy Salaman había salido el treinta de

octubre del aeródromo de Lympne, eso es en Inglaterra, le decía, y que había conseguido llegar a Ciudad del Cabo, eso es en la punta de África, en solo cinco días, uno menos que el piloto Glen no-sé-qué, y eso era un récord. Solo que al final del trayecto había tenido una avería, contaba Fidela abriendo mucho los ojos, y por eso el aterrizaje forzoso en medio de la selva y el tener que pasar la última noche al raso, rodeada de fieras.

—Si Dios quisiera que las gentes volaran, nos habría puesto alas en lugar de brazos.

Ninguna de las dos la había oído llegar, por eso se sobresaltaron al oír la voz de Doro, y más al encontrársela en la puerta del cuartito con los brazos en jarras cuando se giraron a mirar. No dijo más, Doro, pero las miró muy seria y, con aquello, dio por zanjada la conversación. Sin cambiar el gesto, se secó las manos con el trapo que traía asomando en el bolsillo del delantal y, después de supervisar la labor, marchó del cuartito murmurando que mejor harían en preocuparse de lo suyo y dejarse de monsergas. Pero en cuanto salió Doro a la cocina, ellas siguieron en voz baja, porque aquellos días no hablaban de otra cosa que no fuera la señorita Salaman, la chica voladora, la aviadora más joven del mundo, que con solo quince años había logrado volar desde Inglaterra hasta Ciudad del Cabo.

Y ahora la señorita Vera sonreía cuando se lo oía contar a Fidela, sentada con ella allá, donde la alberca, porque aunque ya habían pasado años, también ella se acordaba de la señorita Peggy Salaman, tan joven y tan valiente, y de su vuelo peligrosísimo que, entre clase y clase, dibujaban ella y sus compañeras con el dedo, sobre el mapa de África que tenían colgado en la pared, para después comentarlo con todo detalle en los recreos y en los dormitorios del colegio. Por las noches, eso sí, le contó a Fidela, a escondidas de las hermanas, claro, que no les dejaban tener revistas en las habitaciones, aunque fueran en francés, ni hablar después de que se apagaran las luces.

—Pero nosotras, dale que te pego —le decía Vera riéndose.

Y cuando llegaba la hora de acostarse, aguantaban en silencio hasta oír los pasos de la surveillante alejarse por el pasillo y después se cuchicheaban secretos unas a otras o se contaban lo guapísima que era la princesa Kukiko de Japón o que en los colegios ingleses la moda era jugar al tenis y no al croquet, como jugaban ellas, o que la señorita Peggy Salaman había llegado a Ciudad del Cabo. Y se contaban en voz baja los peligros del vuelo, y recitaban nombres que parecían inventados, y se repetían unas a otras las cosas que decía en las

entrevistas la señorita Salaman, que llevaba en su equipaje dos pistolas, un despertador y chicle por si había que reparar alguna fuga en el tanque de gasolina. Los leoncitos se los regalaron en Sudán, se decían, y también habían hecho el viaje con ella en el avión. Y cuando ya estaba a punto de llegar, se contaban, tuvo el problema en el motor, y por eso el aterrizaje forzoso en medio de la selva y aquella noche al raso, rodeada de peligros. Y tuvo que hacer una hoguera, se decían, para defenderse de las fieras. ¿Tendrá novio?, se preguntaban. Seguro que si tiene novio, se muere de preocupación.

Ella tuvo uno que era muy bueno, dijo Fidela. Se llamaba Damián.

—Damián —repitió él, sin saber si apuntar el nombre en la libreta.

—También se tuvo que marchar —dijo Fidela mirándose las manos.

—¿No te gustaría a ti bailar con algún muchacho, como bailan las mozas en los bailes? —le preguntó un día la señorita.

—Con uno, sí.

—¿Con Damián?

—¿Cómo lo sabe?

—No sé. Me parecía.

Se tuvo que marchar para que no se lo llevaran como al maestro y a Luciano y al hijo del alpargatero. Pero también a él lo encontraron, sí. Y entonces, solo quedó ella.

¿Habéis conocido ya al nuevo?, preguntó Sole una mañana.

El nuevo no sabía qué hacer con las manos, pero traía los zapatos relucientes. Y una maleta. En la cocina, dejó la maleta en el suelo, se quitó la gorra para saludar a Doro y a María y, como no sabía qué hacer con las manos, mientras José le explicaba las cosas de allá, se

puso a liar un cigarrillo.

—Aquí no —dijo José antes de que lo encendiera—. Vamos, que te enseñe tu cuarto.

Fidela, que salía del cuartito de la plancha con unos vestidos de la señorita Vera, le devolvió tímidamente la sonrisa con la que la saludó él al pasar. Esta es Fidela, dijo José sin detenerse.

—Damián.

Tenía razón Sole al sacarle el parecido con el hijo del de la farmacia. Pero más guapo.

En el taller de Cerveda, casi siete años, les contó esa noche mientras cenaban. Y antes, en otro, de aprendiz, al acabar la escuela. Tenía dos hermanos mayores y una hermana más pequeña, casada. Novia, no, dijo sin ponerse colorado como esperaba Sole.

—María, eso ya estará caliente —dijo Doro señalando los fogones con la cabeza, y esta se levantó a por el puchero y sirvió la sopa.

Su padre, labrador, siguió Damián. Como su abuelo.

Lo que más, cereal. Algo de remolacha. Y la viña, claro. En su pueblo no hacía tanto frío como allá.

—Pero yo ya le he cogido gusto al invierno —dijo con una sonrisa.

Fumaba cigarrillos muy finos que se liaba con mucha parsimonia y el vino no lo probaba más que cuando tenía fiesta. En su cuarto tenía un retrato de los padres y otro de una chica de melena rizada, sería la hermana. Y en la mesilla, un cenicero que decía: Souvenir de Saint-Jean-de-Pied-de-Port, 1931, de la vez que estuvo en Francia viendo la grand chistera. Acababa de cumplir veinticuatro, les dijo esa noche. Se le daban bien los autos.

¿Lita?, preguntó haciendo una mueca en cuanto marchó la señorita Vera. Estaba apoyado en el filo de la alacena, masticando un trozo de pan. Ella se estiró para mojar las puntas de los dedos en la palangana del agua y salpicarlas sobre la camisa. Al volver a coger la plancha lo miró de reojo. Ya había encerado el auto y se había puesto el uniforme y llevaba un rato rondando, haciendo tiempo hasta que diera la hora de ir a la estación a buscar a los señores, que volvían de Madrid en

tren.

—Pues a mí me gusta más Fidela.

Ella se encogió de hombros y siguió a lo suyo, sin levantar los ojos de la plancha. Sí, repitió él cuando se aburrió de estar allí plantado sin que le hiciera caso, mucho más, dijo y marchó hacia la cocina. Ella aún lo oyó mientras se alejaba por el pasillo, repitiendo para sí, en voz alta: Fidela.

—Damián conducía el auto de los señores.

—¿Ya lo tenemos todo?

Ella dijo que sí con la cabeza, guardando en el bolsillo el botón de muestra que había cogido para llevar a la mercería. Por si acaso, sacó del bolso la lista de recados y la repasó otra vez. Lo de la señorita era recoger un sombrero de diario que habían llevado a la modista a cambiarle las flores y pasar por la papelería a por las postales y la tinta. Tinta azul, tinta verde, papel secante. Canela y esencia de vainilla de La Colonial para los bizcochos de Doro. Los sellos que había pedido Sole. Y los botones como de nácar. Y las tijeritas de costura.

Quedaba esperar a que saliera la señorita de la peluquería.

Damián se quitó la gorra, que le daba calor, y se apoyó en la puerta del auto con los brazos cruzados. Ella en el capó.

—Entonces, ¿qué?

Ella no contestó.

—¿Al baile? —Y antes de que tuviera tiempo de decir que no, añadió—: ¿Y a la feria?

Seguro que Sole le había contado que el año anterior habían bajado las tres juntas a la feria por las fiestas de agosto y que las llevó Tomás en el auto, como a las señoritas, con permiso del señor.

—¿Y al cine?

—Ya veremos —contestó sin dejar de mirar al frente.

Damián, también con la vista en la puerta de la peluquería, sonrió, y Fidela pensó en cómo sería ponerse el vestido de los domingos y pasear de su brazo por el paseo de Cerveda. Y comprar un cucurucho de peladillas antes de entrar a ver la película. Y luego volver a casa con él, como hacían los novios. A doña Remedios no le gusta el cine, murmuró.

—Ni que quisiera ir con ella —saltó él. Y a Fidela se le escapó la risa.

Si no llega a ser por lo del ojo…, le decía a veces Damián cuando estaban solos los dos. Pero con lo que me pasó, pues nada. ¿O es que has visto tú que pueda haber un pelotari tuerto?

—Qué cosas dices, Damián…

—¿Es que no es verdad?

Solo que no se le notaba. Porque tenía un ojo de cristal, Damián, que era como un ojo verdadero, del mismo color que el otro y todo, y cuando se lo ponía, pues como si no le faltara. Como si no le hubiera pasado que le saltara una astilla a la cara un día que estaba cortando leña con su hermano. La mala suerte fue que los médicos no pudieran hacer nada, le contó a Fidela, ni los del hospital cuando lo llevaron, tantos viajes como hicieron con él los padres, a Bilbao, a Zaragoza, pero nada, le dijo, solo vaciárselo, y quedarse él así, sin ojo.

En el taller no lo sabían, le dijo el día que se lo contó a Fidela. Ni los señores, dijo mirando hacia otro lado. Mejor, pensó Fidela, porque para chófer también era raro. Mecánico, decía siempre Damián. Pues mecánico.

¿Y por qué me lo cuentas a mí? Él se encogió de hombros.

Damián sacó del bolsillo la bolsita de tabaco y empezó a liar un cigarrillo muy fino. ¿Duele?, le preguntó Fidela. Él dijo que no con la cabeza al tiempo que mojaba el papel con la lengua para pegarlo.

—Tampoco es para tanto… —habría dicho ella poniéndose un poco colorada.

—¡Anda que no! —habría dicho Inés, si hubiese conocido a Damián.

—¿Te gusta? —preguntó la señorita Vera al ver que se había quedado mirando uno de los sombreros que tenía encima de la cama.

—Es muy bonito.

—Para ti. Te lo regalo.

—Pero ¿cuándo me voy a poner yo un sombrero así?

—No sé. Los domingos. O en las fiestas del Santo. O cuando vayas al baile con el novio.

—Ya sabe la señorita que yo, novio, no tengo…

—Pues cuando tengas.

Fidela se puso el sombrero y se acercó al espejo para mirarse.

—¿No te gustaría a ti bailar con algún chico, como bailan las mozas en los bailes?

—Con uno, sí.

—¿Con Damián?

—¿Cómo lo sabe?

—No sé. Me parecía.

Y eso que a la señorita Vera no le había contado lo de hacía dos domingos. Que cuando subía al pueblo a ver a su madre se había encontrado con Damián que la esperaba en el cruce parado en su bicicleta. Buenos días, señorita Fidela, le había dicho quitándose la gorra. Ella siguió andando y pasó por delante como si no lo viera y entonces se puso él a su lado y empezó a pedalear muy despacio para avanzar a su paso. Ella escondió la sonrisa y siguió mirando al frente. Llevaba los zapatos en una mano para que no se le ensuciaran y, en la otra, en una tartera, un pedazo de torta de frambuesas que le había dado Doro para que le subiera a su madre y a sus hermanos por ser domingo.

—Te podría llevar —dijo él señalando la parrilla de la bici.

—Anda, anda, ¡qué ocurrencias! ¿Y si nos ven?

—Pues que nos vean.

—¿Era el chófer? —preguntó él.

—Mecánico —dijo la señora Fidela—, le gustaba más mecánico.

También se tuvo que marchar. También traían su nombre escrito en un papel. ¿Tú no te acuerdas de él? La pregunta lo sorprendió, pero rápidamente sonrió y negó con la cabeza. Se llamaba Damián.

De lo que no se olvida es de las canciones, le había dicho la sobrina. De las canciones se acuerda de todas.

—Por la procesión del Santo —explicaba Fidela—, que subía mucha gente. Y tocaba la banda de Cerveda. Mucha gente subía, sí.

—¿Los señores también?

Fidela dijo que sí con la cabeza.

—Antes sí, todos los años.

Ahí lo vio ella, vestido de domingo, donde los hombres, y por fin conoció al maestro nuevo, que se llamaba don Ginés y era asturiano. Lo decían las mujeres en el río. Y que un día había llevado a la escuela una caracola muy grande para el que quisiera oír el mar. Y que no era de ir a misa, eso le había contado también su madre que decían en el río las mujeres. Que no era de ir a misa el maestro nuevo. Pero ese día sí subió con todos a la procesión y a la fiesta, con su traje recién estrenado.

Será por ser el Santo, se dijo ella, que se había girado al ver que a la señorita Vera le cambiaba de repente el gesto. Hasta le subieron los colores, le pareció a ella, por eso volvió la cabeza con disimulo hacia los bancos de atrás y miró adonde miraba la señorita. Y vio que estaba allí uno que no conocía y cayó en la cuenta de que aquel tenía que ser el maestro.

¿Sabes qué es lo gracioso?, le había dicho Vera, pues que él ni se lo

imagina. O aunque se lo imagine… Seguro que piensa que soy una consentida. Y que no valgo para hacer nada. Eso había dicho la señorita cuando Fidela le preguntó por el maestro, aquella mañana que entre las dos llevaron al río los peces de la alberca. Pero unos días después llegó la romería por la fiesta del Santo, y nada más verlo a él, allí donde los hombres, trajeado y atento a lo que le decía el alcalde, pero con los ojos clavados en la señorita Vera, Fidela le vio en la cara que no era verdad.

—Ojalá pudieras venir tú conmigo, Lita.

Ella, que estaba sentada en la cama de la señorita, le envió una sonrisa triste que se reflejó en el espejo del tocador.

—O quedarme yo.

Pero ya estaba todo decidido. Primero a Santander con su tía y sus primas, y después el veraneo en Biarritz. Enseguida tendrían que empezar, entre ella y doña Remedios, a preparar los equipajes. Sombreros, sandalias, medias, un abrigo ligero. Doña Remedios ya tenía escrita su lista, como todos los años. Mejor que hagas una tú también, le había dicho a ella cuando vio la cara de susto que ponía, para no olvidarte de nada. Los vestidos de diario, los vestidos de noche, la mañana, la tarde, el tocador, pañuelos, leche de Islandia…, la señora había escrito a su hermano para anunciarle que se instalaban en la misma villa de hacía dos veranos…, agua para broncear, chinelas, conjuntos para el baño, para después, para el paseo, para el casino, para la hípica, para la playa, para el barco... A últimos de julio viajaría la señora a Santander a recogerla y saldrían las dos para Biarritz, el señor se uniría después, a mediados de agosto.

—¿Ella no quería ir? —preguntó él.

Fidela dijo que no con la cabeza. Aquel viaje era cosa de los señores.

—Pero los planes no salieron, claro —dijo Fidela, meneando la cabeza —, porque pasó lo que pasó.

Él se quedó un momento en silencio.

—¿Y nunca supieron qué había sido de ella? —preguntó inclinándose hacia la mujer casi sin darse cuenta, esperando, seguro, una respuesta

distinta. Porque ¿cómo era posible desaparecer así, de la noche a la mañana, sin dejar ningún rastro, por mucho que uno quiera marcharse y no volver nunca?—. ¿Usted tampoco tuvo más noticias?

Fidela negó con la cabeza.

—Luego vino la guerra.

La noticia los sorprendió en las eras y tuvieron que creérsela porque vieron las caras de susto que traían los chiquillos, que habían bajado al pueblo a buscar la merienda y volvían contando que habían llegado unos vestidos de soldado y que habían ido donde el alguacil a pedir las llaves del ayuntamiento. Se lo contó su madre, que desde que faltaba el padre subía con Juan a segar como los hombres, y también a las eras. Al mayor de Isacín, que fue el que se atrevió a preguntar, le dijeron que lo que pasaba era que había una guerra. Se lo contaba la madre bajando la voz, aunque estaban dentro de su casa. Que hay una guerra, le dijeron. Así. Y los niños corrieron a las eras a contarlo. Luego llegaron otros hombres más a la plaza y se vieron salir sillas volando por las ventanas de la casa del sindicato y la viuda del alpargatero, que desde que se le murió el marido no salía de casa más que para ir a misa, hizo un atado de pan y tocino y una muda, y subió a las eras como si fuera a llevarle de merendar al hijo pero, cuando se lo encontró por el camino, volviendo al pueblo con los demás, le puso el atado en las manos y le dijo que marchara a esconderse porque había oído que su nombre lo tenían apuntado en una lista. No vengas a casa, le dijo. Y él cogió el atado y se echó al monte. A otros también los tenían en la lista, le dijo la madre a Fidela el día que por fin pudo subir al pueblo a verla a ella y a sus hermanos. A don Ginés y a Luciano el músico, y a otros. A todos se los llevaron a Cerveda. Y don Cosme ¿qué dice? ¿Dice algo?, preguntaba la madre, y ella se encogía de hombros sin saber qué contestar porque en la casa todos los pensamientos estaban en una cosa sola y todo lo demás era como si no pasara.

—Entonces todavía pensaban que la señorita Vera iba a volver—dijo Fidela.

—Pero no volvió.

Ella lo miró con los ojos húmedos y negó con la cabeza.

—¿Le da frío, Fidela?

La voz de la enfermera, que hacía punto sentada detrás de él, lo sobresaltó un poco. La mujer se encogió de hombros y ella se acercó a ponerle bien la toquilla.

—Ya va siendo hora de merendar, ¿no? ¿Quiere que le traiga el café con leche?

La anciana asintió.

—Y usted, ¿quiere un café?

—No se te olvide el azúcar, Fidela —decía Doro al verla con la bandeja preparada.

—No, señora.

Cuando había invitados tenía ella más trabajo, claro.

—Y cuidado con tirar nada.

—Sí.

El señorito Miguel en la habitación azul, repasó mientras subía las escaleras; las sobrinas de los señores, en la habitación grande, para estar juntas; la señorita Mercedes, en la de los pajaritos; el señorito Héctor, en la de la chimenea verde. El señorito Héctor siempre en la de la chimenea verde, desde la primera vez que vino con el señorito Andrés. Es hijo de marqueses, les había dicho a ellos doña Remedios esa noche en la cena, abriendo mucho los ojos. Se ha hecho muy amigo del señorito, contaba como si fuera algo suyo.

El señorito Miguel, el señorito Héctor, los hijos de los de las ópticas…, los amigos del señorito se bebían el vino de la bodega, iban y venían con sus autos y alborotaban la tranquilidad de todos. Las historias que se contaban en Cerveda y en el pueblo también las sabían en la casa, claro, y más de una vez don Cosme tuvo que pedirle al administrador que se encargara de solucionar discretamente algún asunto o de pagar algún destrozo. Como cuando el señorito Héctor estrelló el auto contra el palomar de Abel y hubo que ir con una yubada para sacarlo y poder llevarlo a casa. Figúrate, decía Damián cuando lo contaba en la cena, los bueyes tirando del auto atado con una cuerda y el señorito Héctor y el señorito Andrés tan contentos, sentados en el asiento de atrás,

bebiéndose entre los dos una botella de champán. Como si nada.

Don Cosme fruncía el ceño y llamaba al señorito a su despacho para echarle sermones por las juergas pero, en el fondo, sospechaban ellos en la cocina, celebraba las proezas del hijo y los amigos casi con alivio, porque eso era lo que se hacía cuando uno era joven. Y ya era hora de que espabilara Andrés. Y de que se dejase de melindres, se decía don Cosme como si se hubiera quitado un peso grande de encima. Ya era hora.

Son cosas de la edad, los defendía doña Remedios como si fuera algo suyo cuando José chasqueaba la lengua y meneaba la cabeza al oír las historias que contaba Damián.

Fidela no decía nada, pero pensaba que cuanto antes marcharan, mejor, los amigos del señorito. Y así no tendría que encontrarse botellas vacías tiradas en el suelo de sus habitaciones, pensaba, ni los pies llenos de barro marcados en la escalera, ni la mano larga, eso sobre todo, en el pasillo, cuando no pasaba nadie, déjeme, por favor, déjeme pasar; mujer, no seas así… ¡Déjeme! Porque doña Remedios como si nada: Fidela esto, Fidela lo otro. Como si no lo viera. Antes de la cena, subir toallas a las habitaciones; cuando ya estaban todos en el comedor, ir ella al salón y vaciar los ceniceros; si hacía frío, antes de irse a dormir, subir botellas de agua caliente. ¿No las puedes subir tú, Sole? ¿Pero a ti qué mosca te ha picado? Y a Inés puede que sí se lo hubiera contado, pero a Sole, no. Y: Fidela, los vasos. Y: estira las cortinas, Fidela. Y aquel verano último, que hizo tantísimo calor, Fidela, vaya mujer que estás hecha, en lo oscuro del pasillo, cuando no pasaba nadie más, vaya guapa que te has puesto, Fidela, aplastándola contra la pared y con el aliento apestando a coñac y las manos en todas partes. Fidela…

—Fidela —repitió la enfermera un poco más alto, para sacarla de su ensimismamiento, al tiempo que posaba sobre la mesa camilla la bandeja con un café con leche, un platito con una madalena y una servilleta—, aquí tiene.

Como mariposas del revés, pero con las alas chafadas. Daba pena verlos. Y los que se habían caído al suelo, sucios y arrugados como flores mustias. Los fue recogiendo ella del césped a la mañana siguiente y se los fue guardando, y cuando volvió a la cocina tenía en el bolsillo del delantal una maraña de papel de seda y alambres retorcidos.

A mediodía, cuando iban ya a sentarse a la mesa los señores y los invitados que quedaban, la llamó la señora. Fidela, sube a avisar a la señorita. Sí, señora. Y ella subió despacio las escaleras y llamó a la puerta de la habitación.

—Señorita Vera.

Como no salía, llamó otra vez con los nudillos, un poco más fuerte.

—¡Señorita!

—Pero la señorita ya no respondió, y era que no estaba —dijo Fidela encogiéndose de hombros—. Menudo disgusto, los señores, quedarse así sin hija, de repente. Y el señorito Andrés, quedarse sin hermana. Y pasar tantos años sin saber…

—¿Entonces es verdad lo que se dijo entonces? —preguntó él sin poder contenerse—. ¿Que se escapó con un amigo de la familia?

Algo cambió en el gesto de la mujer.

—¿Es verdad que se fue con Héctor Latorre?

Como pensó que antes no le había oído bien, al repetirle la pregunta, se había inclinado un poco hacia ella, pero Fidela se echó hacia atrás apretando los labios, con expresión alarmada, y apartó los ojos de él. Confundido, se removió en la silla y se giró hacia la enfermera sin saber qué hacer. La enfermera dejó el libro en la mesita y se levantó.

—Fidela —dijo con tono cariñoso, dando unos pasos hacia ella.

La anciana volvió a mirarlos, primero a uno, luego al otro, y a él le pareció que ya no sabía quién era él ni por qué estaba allí. A veces le pasa, le había avisado la sobrina cuando hablaron por teléfono.

La enfermera pasó a su lado y se agachó junto a la mujer para ayudarla a encontrar el pañuelo que se había puesto a buscar con manos temblorosas en los bolsillos de la bata.

—Aquí está —le dijo con una sonrisa que también le dirigió a él de refilón, para que no se asustase. La anciana se sonó la nariz ruidosamente y después se guardó el pañuelo en la manga de la chaqueta.

—¿Se cansa, Fidela? —le preguntó la enfermera.

Ella la miró con aire aliviado y dijo que sí con la cabeza, alisándose la falda sobre las rodillas con las palmas de las manos. Él, entonces, se levantó también de su silla, un poco azorado.

—No se preocupe, ya me marcho —dijo dirigiéndose a la enfermera y empezó a recoger sus cosas.

—Muchas gracias por haber hablado conmigo, señora Fidela.

Ella le sonrió con aire distraído y volvió la vista a la ventana.

DÍA 5

PROMETÍA SER COSA EXTRAORDINARIA

—Aquí tiene —le dijo la bibliotecaria de Cerveda dejándole en el mostrador la caja de cartón estrecha y alargada de las fichas—. De 1930 a 1937.

Un año más, prometía ser cosa extraordinaria la fiesta de cumpleaños del ilustre don Cosme Uceña, que, como es tradición, se celebró en la casa familiar de El Espinar, la misma noche de san Juan, inaugurando la temporada veraniega.

Con la caja bajo el brazo, marchó hacia la salita a la que lo había llevado antes la bibliotecaria. Tenían allí la fotocopiadora, la máquina de café, un par de ordenadores viejos que ya no se usaban y un lector de microfichas que se encendió a trompicones, como a disgusto, con un ronroneo de animal antiguo.

Con los señores y sus hijos, se sentó a la mesa para la celebración un selecto grupo de distinguidos invitados entre los que no faltaron algunos de los nombres ilustres que suelen adornar nuestras páginas de sociedad.

Entre los más jóvenes se encontraban la simpática señorita Mercedes Valdemar, gran aficionada al «sport», el señor Héctor Latorre, hijo de los marqueses de Peraleda o las señoritas Teresa y Adelina, sobrinas de los señores Uceña, que, como cada año, pasan unos días con sus tíos antes de empezar el veraneo.

Don Andrés, el hijo mayor de los anfitriones, fue el encargado de recibir a los invitados a su llegada a la casa y ofrecerles el aperitivo. Como dicta la moda, se sirvió un «cocktail» que, aprovechando la buenísima temperatura, tan poco habitual en estas fechas, se sirvió en la terraza, desde cuya elegante balaustrada se disfrutaba de una inmejorable vista del jardín.

Hasta lo sacaban en el periódico, el cumpleaños, había dicho la señora Fidela la tarde anterior, cuando le habló de la fiesta de don Cosme. Todos los veranos, con fotos y todo. Y Remedios lo recortaba y lo guardaba en una carpeta que tenía ella. Todos los años salía, sí, había dicho.

Tras el consabido brindis por la salud del homenajeado, trasladáronse los invitados al comedor. ¡Qué señorial! ¡Qué luminoso! Se dice que es el gusto de la señora Alicia de Uceña el que ha impuesto la sencillez y el aire moderno de este y el resto de los salones de la casa. ¡Y qué bellos! Claros, alegres, amplios… con un «charme» extraordinario y decorados para la ocasión con gran elegancia. Sin duda, nuestros lectores habrán admirado ya su artístico arreglo en las fotografías que publicamos junto a esta crónica.

A partir de 1950 se puede consultar online, le había explicado la bibliotecaria cuando él le preguntó por el periódico, señalándole la hilera de ordenadores. Los años anteriores solo los tenemos microfilmados.

Después de la comida, la amable sobremesa, animadísima, como siempre en esta casa, hasta que llegó la hora de bailar.

Cada ficha era un día completo.

Mientras algunos continuaban la encantadora velada en la terraza, la juventud, siempre inquieta, prefirió el baile.

Primero la fiesta, se dijo al instalarse frente al lector.

Después iría hacia atrás, por si acaso. Buscaría otras noticias, repasaría las semanas anteriores a la noche del cumpleaños, las crónicas de la sierra, las notas breves que anunciaban la llegada de los veraneantes, con motivo de la celebración de tan amena fiesta, recibimos ayer la grata visita del ingeniero don Juan Salas con su señora; recién llegadas de Santander, pasarán unos días entre nosotros, como es su

costumbre cada verano, las simpáticas señoritas Adelina y Teresa; este año se ha adelantado la llegada de la señora Evelina Uceña; de Vitoria vino a pasar unos días con su familia don Pedro Echeverri, del Banco Español de Crédito… Pero primero la fiesta.

Por deseo de la señora, se bailó en el jardín.

Con las puntas de los dedos, para no toquetearlas mucho, sacó un taquito de fichas de la caja y colocó la primera entre las placas de cristal del lector. 24 de junio, miércoles. Con cuidado de no dejarse nada, fue revisando día por día hasta que llegó al domingo 28.

La señorita Vera, de quien se dice estuvo muy bien acompañada por el joven Héctor Latorre (¿será verdad que pronto oiremos campanas de boda?), fue quien condujo a los invitados al recoleto rincón, engalanado para la ocasión con guirnaldas de bombillas y farolillos, como en las populares verbenas con las que se celebra la noche de San Juan en nuestras poblaciones. Allí, las juveniles bellezas hicieron gala de su destreza y su afición por los bailes modernos.

Una página completa llena de frases floridas.

Y otras dos para las fotografías, que aparecían en negativo en la pantalla del lector. Vista de la casa desde el jardín. Las simpáticas señoritas Teresa y Adelina. Los anfitriones, señores de Uceña. Salón rotonda, presidido por un retrato de juventud de doña Evelina Uceña, obra del pincel de Manuel Benedito. La señorita Mercedes Valdemar, gran aficionada al «sport». Comedor principal, decorado al estilo vienés, preparado para la celebración. Detalle de la mesa y los candelabros del comedor, diseño del artista Kolo Moser. El joven Mateo Arriola.

En su libreta, apuntó los nombres de los invitados. También el del cronista, F. Aranda, que le sonaba vagamente. El del fotógrafo venía entre paréntesis en la última página.

(Fotos: Vatín)

No puede ser, pensó, y volvió a escudriñar el pie de foto para comprobar que había leído bien.

Será otro, se dijo.

Porque no tenía sentido encontrarse allí con aquel nombre. Vatín. Valentín Fernández. ¿Qué pintaba un reportero de guerra firmando los retratos de sociedad de un periódico de provincias? Con un suspiro, decidió dejar aquello para otro día.

Animadas por el buen tiempo, las invitadas más coquetas se atrevieron a lucir modelos propios de la temporada estival. A nuestras lectoras les agradará saber que, de acuerdo con las modas parisinas, casi todas eligieron telas vaporosas o plisadas y que los grandes estampados florarles fueron los preferidos por las damas que, como siempre, deslumbraron con su elegancia. En el jardín, ya entrada la noche, se vieron también capas de armiño y «renard», incluso alguna estola de plumas.

El jardín casi no salía en las fotos.

El baile se prolongó, lleno de animación, hasta muy avanzada la madrugada.

Terminó de leer la crónica sin despegar los ojos de la pantalla. Después, volvió a mirar más despacio las fotografías.

Las señoritas Teresa y Adelina. Las sobrinas de Santander, se dijo. Los anfitriones, señores de Uceña. Él los observó un momento y le pareció reconocer en ellos un aire familiar, como si los hubiera visto antes. Enseguida cayó en la cuenta. Se parece más a la madre, se dijo pensando en don Andrés. El joven Mateo Arriola, ya recuperado del accidente náutico que sufrió en el mes de abril.

Don Andrés Uceña, hijo mayor de los anfitriones. Qué joven, se dijo, observando más de cerca a un don Andrés de veintipocos años, con el pelo

engominado y vestido de etiqueta, que posaba con el codo apoyado en el dintel de la chimenea y miraba a la cámara, le pareció, con una mezcla de timidez y expectación.

La señorita Mercedes Valdemar, muy guapa, pensó, acompañada de don Miguel Lartigau. Este tiene cara de bueno.

La señorita Vera Uceña, la otra hija de los señores de la casa.

La señorita Vera.

Hacía unos días no existía la señorita Vera.

Menudo disgusto, los señores, había dicho la señora Fidela, retorciendo con los dedos el pico de la toquilla sin darse cuenta. Quedarse así sin hija, de repente… Y el señorito Andrés, quedarse sin hermana.

Él volvió a girar la rueda del zoom para ampliar la fotografía y la observó un momento, pensativo.

Vera se marchó porque quiso, había dicho don Andrés, lo tenía él apuntado en su libreta. Se marcharon los dos.

Por una vez, al volver al pueblo, no quiso parar frente a la verja negra de El Espinar.

Al llegar a casa se encontró con la señora Hilaria, que estaba hablando en la calle con una vecina a la que no reconoció; llevaba zapatillas de deporte, una bata floreada y, colgado del brazo, un caldero con un ramo enorme de gladiolos.

—Buenas tardes —dijo él al salir del coche, y le pareció que, al devolverle el saludo, la mujer lo miraba con curiosidad, como si se quedara con ganas de decirle algo.

¿Se sabe ya algo de lo de El Espinar?, se preguntaban esos días en el pueblo. Lo de El Espinar, decían, por no mentar al muerto. Lo de don Andrés, decían, cuando lo hablaban en el bar o en la cola del pan o sentados en las sillas de plástico del médico, las rodillas juntas, la cartilla de recetas en la mano, en la salita donde esperaban que les

tocara la vez. Lo de la casa, decían con más suspense que pena, como si ya no se conformaran con sus propias cábalas y a todos les empezara a pesar un poco el misterio de aquel muerto sin nombre que aún no era de nadie.

Mientras él sacaba las cosas del coche, la mujer de las flores se despidió y marchó calle arriba con su ramo y unos esquejes de geranios que le acababa de sacar la señora Hilaria del portal.

Él iba ya con las llaves de casa en la mano, pero al ver que ella llevaba puestas las botas de agua y tenía preparado un caldero con una azadilla, se guardó las llaves en el bolsillo y preguntó:

—¿Va a la huerta?

—Sí, majo.

—La acompaño —dijo. Y abrió la puerta del coche otra vez para volver a dejar sobre el asiento la bolsa, los periódicos que había comprado y la carpeta con las fotografías que había imprimido en la biblioteca.

—Pero hijo, tendrás trabajo tú. Y encima te vas a manchar. Total, para regar un poco y coger cuatro puerros y cuatro tomates…

—Así me da el aire.

DÍA 6

DOMINGO

Las manzanas, tiéndelas para que no se golpeen, le había dicho la señora Hilaria cuando le puso la bolsa en las manos. La manzana podrida pudre a su vecina. Y él esperó al día siguiente para tener más luz y, nada más levantarse, las bajó al cuartito y las extendió en el suelo, en unos papeles de periódico.

En las estanterías, botes de conserva vacíos, un marco de espejo sin espejo, una regadera de plástico, una barca con nueces llenas de polvo. Al menearlas un poco, le pareció que sonaban a hueco. Habrá que tirarlas, se dijo. En otra barca, descubrió dos raquetas de madera con las cuerdas flojas, una linterna y un par de cuernas de ciervo de las que se encontraban en el monte en primavera. Y el tarro de cristal de pelotas de golf que fue llenando su padre con las que traía en los bolsillos de vez en cuando, al volver de los paseos. En todas las casas había alguna pelotita de aquellas desde un año en que empezaron a aparecer misteriosamente entre los matorrales de la dehesa. Cosas de los veraneantes, decían en el pueblo meneando la cabeza.

En el armario solo había perchas vacías y un impermeable verde; y unas botas viejas que se ponía su padre cuando iba a la huerta. Las miró un momento pensativo y las volvió a dejar donde estaban. Al verse en el espejo de la puerta, tras la capa de polvo pegajoso y salpicaduras de óxido, se recordó a sí mismo, con un gesto de reproche, que todavía no había entrado en su habitación. Ni en la de sus padres. Ni había querido abrir la puerta de las escaleras para subir al alto. Por los fantasmas, se justificó en voz alta apartando la vista del espejo, y cerró la puerta sin volver a mirarse.

Tendría que subir a ver, se dijo con un suspiro, pero en lugar de volver arriba, salió al jardín.

En el portal fue dejando las bolsas de basura que llenó con las hojas y las malas hierbas.

Había empezado con desgana, remangándose hasta los codos para quitar un plastón de hojas y suciedad que taponaba la salida de la

canaleta, pero al poco se encontró arrastrando con el pie las hojas secas que había en la parte del cemento y al cabo de un rato, casi sin proponérselo, entró a buscar unos guantes y un rastrillo y empezó a amontonar en una pila las que había en la hierba.

A las doce menos cuarto oyó tocar a misa y se acordó del día que era. Enseguida vio pasar al vecino de la casa de la calleja que iba con prisa hacia la plaza, repeinado, endomingado y dejando en el aire un rastro de colonia. Sin detenerse, lo saludó con la cabeza y un chasquido de lengua que valía para decir hola y decir adiós.

Cuando tuvo las hojas recogidas, echó una ojeada alrededor y decidió dejarse los guantes puestos.

Primero arrancó un par de espinos que habían salido junto al muro, en el corrito de las frambuesas, después los cardos y las malas hierbas que habían invadido los huecos donde antes había flores. Hasta ortigas habían salido. De los tiestos, limpió las telarañas y la suciedad de los pájaros y quitó los restos resecos de geranios y hortensias. Dejó la tierra por si acaso. El vecino de la calleja, que se asomó por la verja a saludar al volver del vermú, lo encontró de rodillas, arrancando hierbajos que habían salido entre las piedras al pie del muro.

—Para eso, lo mejor, veneno —le dijo—. Ya te voy a traer yo uno que tengo de la huerta que dicen que es ecológico y solo mata lo que tiene que matar.

Y antes de que pudiera él decirle ni que sí ni que no, marchó a casa a por el bote.

—Ya verás qué bien —le dijo al pasárselo por encima del portillo. Y luego le hizo compañía un rato desde el otro lado de la verja, hablando de esto y de lo otro hasta que marchó a comer. Por el muerto no le preguntó.

Para podar el árbol habrá que llamar a alguien, se dijo.

Pero sí se atrevió a cortar él mismo las zarzas que habían invadido una pared entera, y a recortar los setos con las tijeras que encontró en el cuartito. A los rosales, después de quitarles las ramas que le pareció que no valían, les ató las que estaban a punto de troncharse para que siguieran trepando por el muro. Al final, hasta intentó poner en marcha la desbrozadora para cortar la hierba.

Para lavarse, calentó en la estufa un par de cazuelas de agua.

Por la tarde, antes de ponerse a escribir, volvió a sacar de su carpeta las fotografías.

Una por una las fue colocando en orden sobre la mesa. Los anfitriones, señores de Uceña. La señorita Vera. Don Andrés. Después los invitados a la fiesta. Las simpáticas señoritas Teresa y Adelina. El señor Héctor Latorre, hijo de los marqueses de Peraleda. Don Miguel Lartigau. Los mismos nombres que le había escuchado a la señora Fidela. La señorita Mercedes Valdemar, gran aficionada al «sport». El joven Mateo Arriola.

Buscando no sabía qué, los miró mucho rato con los labios apretados, como si quisiera preguntarles si sabían ellos quién era el muerto.

O la muerta, se dijo, y volvió a escudriñar los gestos y las caras de unos y de otros como si no fueran los mismos que había estudiado minuciosamente la tarde anterior en la biblioteca.

Cuando se le acabó el café, todavía no había resuelto nada. Se levantó a hacer otra cafetera, pero a medio camino cambió de idea y volvió al salón. En el mueble de la televisión estaba el armarito donde se guardaban las botellas. Faltaba la llave. La buscó un rato en los cajones, pero enseguida se cansó. Ya se iba a dar por vencido cuando se acordó de la navajita de su abuelo, que había aparecido esa mañana en la cocina, y marchó a por ella. Después de un par de intentos, consiguió hacer saltar la cerradura. Le sorprendió ver que aún funcionaba la bombilla que se encendía sola al abrir la puerta del armarito. La luz amarilla iluminó un juego de vasos cubiertos de polvo y una colección de botellas de las que nunca se bebía. Exactamente las mismas, le pareció, que las que recordaba él de cuando era pequeño. Desechó el pacharán, que tenía un color muy anaranjado, y el ron, que no le gustaba, y abrió la botella de Soberano. Lo olió y bebió un sorbito, pero volvió a cerrarla. Probó con otra.

Esto no puede estar malo, se dijo, y se sirvió media taza. Iba a dejar la botella otra vez en el mueble, pero cambió de idea y se la quedó.

Con la botella en una mano y la taza en la otra volvió a sentarse en el sofá y se inclinó otra vez sobre los retratos.

Abrió los ojos sobresaltado, sin saber dónde estaba ni qué hora era. Se había hecho de noche y, en el salón, la única luz que había era la de la bombilla del mueble bar, que se había quedado encendida porque ya no se podía cerrar la puerta. Él, aún medio dormido y con la boca pastosa, se levantó a aflojarla para que no se fundiera. Por el camino tropezó con la mesa camilla y soltó un juramento. Después de quemarse un par de veces con el cristal, se bajó la manga del jersey para taparse los dedos y dio unas vueltas a la bombilla hasta que se apagó. Cuando volvió a sonar el teléfono, cayó en la cuenta de que eso había sido lo que lo había despertado.

—Tenemos que hablar —le dijo Carlos en cuanto lo cogió, sin darle tiempo a decir nada. De fondo, él lo oyó despedirse de alguien y arrancar el coche—. Ahora estoy subiendo al pueblo. ¿Tú dónde estás?

Cuando entró en el bar de Segis, todavía algo destemplado, ya estaba Carlos esperándolo en una mesa. No le dio tiempo ni a sentarse.

—Ya se sabe quién es el muerto.

Él lo miró expectante.

—Se llamaba Héctor Latorre.

DÍA 7

EL MUERTO

Al amanecer, bajó la niebla de los montes.

Se despertó con frío y con ganas de mear. Y con dolor de espalda. Por dormir aquí, se dijo, y se sentó en el borde del sofá apretando los dientes. Al levantarse, comprobó que el cubo de la leña estaba vacío y, con un suspiro, marchó al baño andando sobre los talones por las baldosas heladas del pasillo. Al volver al salón, sin llegar a vestirse ni a ponerse los calcetines, se calzó las botas y se echó el saco de dormir sobre los hombros, luego cogió el cubo de la leña y bajó al cuartito a llenarlo. Antes de encender la estufa, sacó un par de paladas de ceniza con el recogedor de mango largo que usaba su madre. Lo había encontrado el día anterior en el cuarto de la leña. Después rasgó unas hojas del periódico y las puso, hechas una bola hueca, debajo de la pirámide de palitos. En cuanto prendió la lumbre, se quitó las botas, se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y volvió a taparse con el saco.

Aún estaba lejos el invierno, pero el frío empezaría pronto a cambiarles los colores a las cosas.

Por la ventana había visto la niebla enredada en los tejados y en las copas de los árboles y, ahora que había vuelto al cobijo de las mantas, sonrió pensando en los chotos de la dehesa. También se habrían despertado destemplados esa mañana, se dijo. Y desconcertados por la novedad de aquella urdimbre húmeda de aire esponjado y mar salada que había callado a los pájaros y se había tejido, sin que ellos se dieran cuenta, entre las ramas de las zarzas y los escaramujos.

Los chotos eran los primeros que lo notaban, le contaba su abuelo de pequeño, y enseguida aprendían; igual que habían aprendido a masticar la hierba y a encontrar los brotes tiernos de los tréboles y los corritos de senderuelas, enseguida aprendían también a sacar la lengua al aire para lamer la sal que llegaba prendida de la niebla. Reconocían el olor, le contaba su abuelo tocándose la nariz, aunque no lo hubieran olido nunca, como si el mismo instinto que los llevaba a buscar el calor familiar del flanco de la madre, o a cobijarse al

resguardo de los árboles cuando llegaba el frío, les trajera a la memoria los tiempos en que los montes no eran montes ni los praos, praos ni caminos los caminos.

—Todo mar —decían los viejos con aire de misterio, sentados en su banco de la plaza, allanando el horizonte con la mano estirada.

Todo agua, decía su abuelo, al que le gustaba contarle aquellas historias que también le habían contado a él cuando era niño. La del tesoro de la cueva del moro, la del francés de Napoleón, la del caballo con más ojos que días tiene el año... Pero, sobre todo, la del misterio de la niebla salada, como de galerna, que envolvía algunos días la dehesa y las majadas de los pastores y a veces también bajaba hasta el pueblo y las aldeas.

Los chotos lo notan, decía su abuelo. ¿No lo hueles tú? Y él, sin saber si le tomaba el pelo, se encogía de hombros y decía que no con la cabeza, pero después, a escondidas, sacaba la lengua para buscar en la humedad de la niebla algún rastro de aquel mar antiguo de los cuentos de los pastores, convencido de que iba a notar un regusto así como de algas y espuma, seguro de que también él acabaría oliendo, en la sal del aire, la huella de aquel océano remoto que nadie había conocido, pero que había dejado los caminos sembrados de conchas y caracolas de piedra.

En la mesa camilla parpadeó otra vez el ordenador.

Tengo que enchufarlo, se dijo, y recordó que la noche anterior, nada más llegar a casa, se había sentado a escribir. Habrá que revisarlo antes de enviárselo a Julia, se dijo. Pero no se movió.

También la mesa pequeña la había ido llenando de papeles. Las notas, las fotocopias llenas de flechas y anotaciones, la historia como un río de Fidela, lo que le había contado don Andrés, las fotografías. Con un suspiro apartó los ojos de la mesa y miró hacia la ventana.

Poco a poco fue entrando en calor.

Del primer viaje a la cocina vino con la caja de leche, el azúcar y la cafetera, que posó con cuidado sobre la tapa caliente de la estufa. Luego marchó otra vez a por la taza y puso en un plato queso, un par de manzanas y el último trozo de un bizcocho que le había hecho la señora Hilaria.

Al volver por el pasillo, miró otra vez de reojo las puertas que todavía no se había decidido a abrir.

En cuanto borboteó el café en la cafetera, él la apartó de la estufa y se quitó el saco de los hombros. Buscó unos calzoncillos limpios y otros calcetines, los últimos, se dijo, y se puso, uno encima del otro, los dos jerséis que había traído.

Soplando el café con leche, miró un momento las fotografías que tenía en la mesa y por fin se sentó al ordenador a revisar lo que había escrito la noche anterior.

—Entonces no se fueron juntos.

Carlos había negado lentamente con la cabeza, terminándose de un trago su cerveza. Al tiempo que se quitaba la chaqueta, él le hizo un gesto a Segis para que le pusiera otras dos y fue a la barra a por ellas.

En el bar, se jugaba la partida.

Desde la barra, observó de reojo la mesa de los hombres, que miraban muy serios las fichas de dominó. Las mujeres, más cerca de la estufa, jugaban a la brisca y al julepe. Segis terminó de poner las cervezas y le llenó un cuenco de cacahuetes.

—¿Crees que lo mató ella? —preguntó al volver a la mesa, bajando la voz sin darse cuenta.

Carlos se encogió de hombros.

—Pero ¿no se iban a casar?

—Eso dice el hermano.

Lo sobresaltó el ruido de una ficha de dominó al chocar contra la mesa con más fuerza que las otras. Paso, oyó a sus espaldas. Doblo. Otro golpe en la mesa. Poco les queda de la partida, se dijo, y bebió un trago. Pensó en don Andrés.

—¿Lo sabe él?

Lo reconoció inmediatamente. En cuanto vio la fotografía que le tendía uno de los agentes a los que Gloria había acompañado a su habitación después de avisarlo por el teléfono de recepción de que unos señores preguntaban por él. Don Andrés los hizo pasar al pequeño saloncito y les ofreció un café que ambos rechazaron con un gesto.

—Don Andrés… —empezó el más alto, pero él apenas escuchó lo que le decía, porque su compañero ya había abierto la carpeta que traía bajo el brazo y le alargaba una fotografía para que la viera. Él la cogió y buscó las gafas en el bolsillo de la camisa.

Y, cuando comprendió, se le fue el color de la cara.

Le faltaba el cristal al reloj. Y una de las manecillas. La piel de la correa ya no era color granate y la hebilla estaba cubierta de una costra de herrumbre. Pero él lo reconoció nada más verlo.

—¿Te gusta? —le había preguntado Héctor, sacándolo del estuche de cuero para enseñárselo.

Había entrado a su cuarto sin llamar, como siempre, y nada más cerrar la puerta, se quitó la chaqueta y la corbata y se dejó caer sobre la cama.

Él, sin levantar la vista de los apuntes que estaba estudiando, preguntó:

—¿Ya se han ido?

La respuesta afirmativa le llegó ahogada por la almohada. Al momento, lo oyó darse la vuelta para ponerse bocarriba y sacar un cigarrillo. Y buscar a tientas el cenicero en la mesilla. Y el chasquido del encendedor. No me quemes la cama, dijo aún sin mirarlo. No sé cómo puedes estudiar con este bochorno. Él suspiró y al volver la cabeza se encontró con el gesto de Héctor, que estiraba el brazo para que viera el reloj. ¿Te gusta?, le preguntó. Él se encogió de hombros. Sí, dijo no muy convencido. Héctor se levantó de la cama y se sentó en el borde del escritorio, obligándolo, ahora sí, a apartar los apuntes y hacerle caso.

—Regalo de mi padre —anunció haciendo una mueca, y con un suspiro se lo puso en la muñeca e intentó abrochárselo solo con una mano—. Algo me va a pedir.

Al ver que no acertaba, él dejó la pluma en la mesa y dijo: Anda,

déjame a mí, y le hizo girar la muñeca hacia arriba para cerrarle la hebilla él mismo.

El reloj tenía sus iniciales grabadas en la parte de atrás.

También saldrán en las fotos, pensó don Andrés, pero no necesitó leerlas. Ni ver el resto de las fotografías.

—Era de mi amigo Héctor —dijo devolviéndole al policía la que tenía en la mano para no tener que mirarla otra vez—. Héctor Latorre.

—¿Está seguro?

Don Andrés carraspeó y asintió.

—¿Dónde lo han encontrado?

—En su jardín —contestó el más alto.

—Estaba enterrado con el cuerpo —dijo el otro.

—Entonces… ¿eso quiere decir que el muerto es él?

Con la señora Hilaria se encontró en la plaza, cuando bajó a por el pan. Unas cuantas mujeres, que ya llevaban chaquetas de lana sobre las batas, y algún hombre con las manos en los bolsillos rodeaban la furgoneta del panadero que subía todos los días de Cerveda. La plaza era la última parada.

—Mala cara tienes —le dijo la señora Hilaria mirándolo de reojo cuando volvían para casa.

—De dormir poco.

—Pues eso ya sabes cómo se arregla —dijo, y no renegó cuando, sin decir nada, él le cogió de la mano la bolsa con la compra para llevársela. Así, uno al lado del otro, caminaron los dos un rato en silencio.

Cuando llegaron a la puerta de su casa, Hilaria le preguntó:

—¿Has comido?

Él dijo que no con la cabeza.

—Pues ahora subes conmigo y comemos.

—Pero, mujer…, no quiero darle trabajo.

—Anda, anda, no seas tontaina —replicó, abriendo la puerta—. Subes. Y luego te doy un par de geranios que te tengo guardados para que los pongas. Así quitas esos espantajos. —La señora Hilaria le señaló los tiestos vacíos que tenía en las ventanas y él sonrió—. Hala, vamos —le dijo empezando ya a subir, trabajosamente, las escaleras—. Además, así me haces compañía —añadió sin darse la vuelta para mirarlo.

En cuanto se sentó a la mesa de la cocina, ya tenía delante el perol de lentejas.

—He hecho de más —le dijo Hilaria llenándole el plato hasta arriba—. Por si venías.

—Huelen bien.

—El puerro, de la huerta —presumió ella, y sirvió el otro plato; luego le puso la barra de pan cerca para que partiera y se sentó a comer con él.

—¿Sabes la pescatera? —preguntó. La pescatera subía con la furgoneta los lunes; el de la fruta, los miércoles; el del pan, todos los días, menos en invierno, si no había pasado la quitanieves—. Pues me ha preguntado hoy por ti. Que si ahora vivías aquí. Como te han visto estos días por Cerveda…

—¿Y qué le ha dicho?

—Pues que no fuera tan metete.

Él escondió la sonrisa bebiendo un trago de agua.

También le había preguntado por él esa mañana el primo de Candiles. Ese que tenía tantas pecas de pequeño, ¿te acuerdas de él? Que qué tal estabas. Que si ahora te ibas a quedar en el pueblo…

Mientras comían, la señora Hilaria le contó que El Espinar ya no salía en las noticias. Y que el día anterior el cura nuevo había vuelto a pedir en misa por el muerto. Que se llamaba Antuán el cura nuevo, y era muy alto y muy simpático, y que lo tenían desde el verano pasado y andaba siempre con prisas porque tenía que dar misa en nosecuantos pueblos. Y que, como era de fuera, pues por eso el tener ese nombre y el ser negro.

Con el postre, que era bizcocho, la señora Hilaria le contó que al día siguiente había mercadillo en Cerveda y no se podía aparcar en la plaza. Por si bajas a ver a don Andrés, le dijo.

Después de comer, él se levantó a recoger la mesa y, aunque la señora Hilaria protestó, al final le dejó fregar los platos. Ella pasó un paño por el hule de la mesa y fue a sentarse a la ventana, donde tenía la labor y las gafas de ver y un cuadernillo de pasatiempos con un boli que hacía de marcapáginas. Alguna cabezada dio, con la labor en las manos, mientras él aclaraba los cacharros. Cuando terminó, se secó con un trapo y se sentó con ella, buscando también el calor del brasero bajo las faldas de la mesa. La señora Hilaria dejó en la bolsa la labor de ganchillo, se quitó las gafas y lo miró un momento.

—¿Y qué es lo que te ha quitado el sueño, hijo?

Al principio no quiso creerlo don Andrés.

Los miró como si le estuvieran hablando en una lengua incomprensible, como si no le encontrara sentido ninguno a aquello que habían ido a contarle. El reloj, recitó uno de los agentes con el mismo tono monótono que había usado antes, una pitillera, un gemelo plateado al que le faltaba el cierre, solo uno, repitió el más alto, no sabemos si era suyo, a lo mejor puede usted identificarlo, ningún resto de ropa, terminó el otro cerrando la libretita donde lo traía todo apuntado. Y a él le pareció que se ahogaba. El aire que lo rodeaba se espesó hasta hacerse opaco y pastoso, casi sólido, y la habitación se llenó de ese olor a tierra que lo había perseguido los últimos días, desde que encontraron al muerto. Ese olor que le devolvía el recuerdo vivísimo de una mañana lejana: una camisa blanca manchada de sangre tirada en el suelo de su habitación, los pantalones perdidos de verdín, los zapatos, uno por cada lado… Ese olor que lo obligó a abrir de par en par la ventana de su cuarto y se mezclaba en su recuerdo con aquel otro, dulzón y empalagoso, como de flores, que también se le estancaba en la garganta. Solo a pura fuerza de voluntad consiguió sujetar la sensación de nausea que lo invadió.

Apretando los dientes, don Andrés cerró los ojos un momento y tomó aire.

Cuando volvió a mirarlos, en los gestos de los dos policías se mezclaban la preocupación y el fastidio. Lo que nos faltaba, parecían pensar, que se nos muera este también…

Se le pudo caer, dijo con un hilo de voz, apretando los puños para que no se dieran cuenta de cómo le temblaban las manos. Pudo haberlo perdido. Los agentes cruzaron una mirada de reojo.

—El laboratorio ya ha confirmado que los restos hallados en la finca pertenecen a Héctor Latorre.

Entonces, qué más les da lo que diga yo, quiso preguntar él, a qué me vienen a mí con fotografías y con historias, les hubiera gritado. Pero de pronto cayó en la cuenta de que estaban allí para otra cosa.

—¿No pensarán que yo lo sabía?

—Entonces no se fueron juntos.

La señora Hilaria, que había escuchado la historia en silencio, asintiendo de vez en cuando con el gesto serio, alargó la mano para alisar un pliegue del tapete.

—No —respondió él, negando con la cabeza.

Ella lo miró un momento y volvió la vista hacia la ventana.

—A fe que…

Ahora que por fin le habían puesto nombre, el muerto les parecía más muerto.

Pensar que lo han tenido ahí mismo todos estos años… Eso ni Carlos ni él lo dijeron en voz alta.

Por la tarde, llamó Julia.

Después de varios intentos, le dejó un mensaje en el contestador. Lo felicitaba por el artículo. Mañana mismo sale, le decía. Le contaba que, por allí, todo como siempre. Le preguntaba cuándo pensaba volver. Que si al día siguiente. Él escuchó el mensaje dos veces cuando volvió de casa de la señora Hilaria. Después, con el teléfono en la mano, caminó arriba y abajo por el salón sin decidirse a marcar el

número de Julia. Al final, volvió a dejar el móvil encima de la mesa y cogió la chaqueta del respaldo de la silla.

Comprobó que llevaba las llaves en el bolsillo, bajó al cuartito, se puso las botas viejas que tenía su padre para la huerta y marchó a dar un paseo.

Aún estaba lejos el invierno, pero en el aire se notaba ya el frío que vendría y él, nada más salir a la calle, se subió el cuello de la chaqueta y metió las manos en los bolsillos.

Sin saber para dónde tirar, cruzó la plaza y subió por la calle Somera hacia las antiguas escuelas, que ahora eran hogar del jubilado. Las calles vacías olían al humo de las chimeneas y a los últimos jirones de humedad que había dejado en el aire la niebla.

Tras beber agua en el pilón y pasearse un rato por el pueblo sin cruzarse con nadie, decidió subir a la fuente de las Doctoras y echó a andar hacia el monte, acortando por el camino de las cuadras.

Por donde el corral de Pajarito vio pasar al señor Fermín, que iba a la huerta con una bolsa de plástico asomándole del bolsillo del pantalón. Llevaba una chaqueta vieja bajo el brazo y, en la mano, un sombrero tirolés, algo descolorido, al que aún le quedaba una pluma. Él contestó con la cabeza al saludo que le envió Fermín desde lejos y, al verle en la mano el sombrero, se acordó del espantapájaros.

Por el camino, les fue poniendo nombres a los montes y a los praos. Los que recordaba. En la solana: La Chaqueta, Los Tejedores, el Francés, Prao Alto, Prao Bermejo. En la umbría: Las Tejas, Chorrilla, El Santo, Las Cabezas.

Al llegar a la fuente, cogió una piedra para partir las avellanas que había cogido en el paseo y bebió agua del caño corto, en cuclillas, como hacían de pequeños. Después buscó su nombre en la parte de atrás del murete de piedra. No se había borrado. También estaban los otros, la lista completa: Marcos, Carlos, Pablo, Antolín, el Orejas, que escribieron una tarde por turnos, con la punta de un clavo oxidado que se encontraron por el camino. Marcos, Carlos, Pablo, Antolín, el Orejas, que primero escribió «Oregas» y luego puso la raya y el punto encima para que no se notara. Con una sonrisa en la boca, se sentó en el murete con los pies colgando y allí estuvo hasta que le dio frío y

decidió volver a casa.

Nada más llegar se cambió de botas en el cuartito, como hacía su padre, para no manchar de barro las escaleras, y aprovechó para subir una brazada de leña. En el salón, dejó en la mesa un puñadito de moras que traía y echó algunas astillas a la estufa para reavivar el fuego que casi se había apagado. Luego se sentó en la silla, acercando las manos y los pies a la panza de hierro.

Cuando por fin entró en calor se levantó a quitarse la chaqueta y acercó al sofá la lámpara de pie, a la que le había quitado la pantalla para que diera más luz. En cuanto se sentó, volvió a abrir la carpeta de las fotografías y buscó los retratos de Héctor Latorre y de la señorita Vera.

Menudo disgusto, los señores, había dicho la señora Fidela, quedarse así sin hija, de repente… Y el señorito Andrés, quedarse sin hermana.

Vera se marchó porque quiso, había dicho él. Se marcharon los dos.

Pero ahora ya sabían que no.

—Ahora que ya tenéis un muerto, habrá que buscar a un sospechoso —le había dicho a Carlos casi al despedirse, recordando la conversación que tuvieron el día que llegó él al pueblo.

Pero Carlos se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo.

A la policía no le interesan las historias de antes, parecía querer decir. Bastante tiene con las de ahora.

—Además, todos los que lo conocieron estarán muertos también…

Todos no, pensó él, pero no lo dijo en voz alta.

Después de observar de nuevo los retratos, se levantó a buscar sus notas.

Vamos a empezar desde el principio, se dijo.

Ni se dio cuenta del tiempo que pasaba.

Al cabo de mucho rato, al recoger las fotografías de la mesa para volver a guardarlas en su carpeta, notó un escalofrío y comprobó que casi había dejado que se apagara la lumbre otra vez.

Cuando subió del cuartito con el caldero de leña, se acordó de que no le había devuelto a Julia la llamada de la tarde. Con un suspiro, buscó el atizador para abrir la tapa de la estufa. Después se quitó los zapatos y se metió en el saco de dormir con la ropa puesta. Pensó en don Andrés. El artículo saldría en el periódico al día siguiente. A lo mejor lo leía. Seguro que sí. Tenía que volver a hablar con él.

Mañana, se dijo.

Puede que hasta le diera permiso para entrar en El Espinar.

Hablaría con Julia.

En cuanto me levante, la llamo, se dijo. Le diría que pensaba quedarse en el pueblo un par de días más. O tres. Una semana como mucho.

Tendría que traerse unas botas mejores. Y ropa de más abrigo. Iría a Cerveda a hacer la compra y a encargar gasoil para la caldera.

La señora Hilaria se pondrá contenta, pensó.

Antes de quedarse dormido se acordó del gato. Si no se ha marchado para siempre, me lo traigo.

Mañana, se dijo, y apagó la luz.

LA NOCHE DE LA FIESTA

I

—Un poco más alto —pidió la señorita Vera.

Damián estiró el brazo todo lo que pudo e hizo el nudo. Desde el otro lado, subido en una banqueta de patas largas, José tiró de su cabo del cordel para tensarlo y miró a la señorita antes de atarlo al tronco del castaño.

En el suelo, las cajas color crema en las que venían los farolillos. Almacén Hermanos Sallés, ponía en la tapa. Y olían muy bien las cajas. Decoración, regalos, artículos de lujo, ponía en las mismas letras azules, cristal de Murano, chinerías… Eso querrá decir cosas de la China, le había dicho María a la nueva. En cada caja venía dibujado un mandarín sonriente y calvo como un huevo, excepto por la trenza que le nacía en la coronilla y casi le llegaba a los pies. Los mandarines llevaban zapatos de punta y un bigotito muy fino y muy largo y hacían una reverencia sonriente con las manos escondidas en las mangas de la túnica.

Alguno se va a descalabrar, se dijo Remedios, que siempre se ponía en lo peor.

Desde la ventana del salón, observó a Damián bajar de la escalera y decirle algo a José señalando una rama del castaño. Será un avispero, se dijo ella. O alguna rama rota, se dijo al ver que la señorita también se acercaba a mirar. Al final, Damián movió la escalera y la apoyó en el tronco de otro árbol. Remedios aún lo miró un momento meneando la cabeza mientras él desenrollaba el ovillo de cuerda en equilibrio sobre el último peldaño. Cuando tuvo bastante hilo para rodear el tronco, lo vio soltar el ovillo para que lo cogiera la señorita Vera y se lo llevara a José, que esperaba la cuerda para terminar de subirse en su banqueta. Alguna desgracia tendremos, se dijo Remedios santiguándose y, con un suspiro, se alejó de la ventana y siguió buscando entre los cojines las gafas de leer de la señora Evelina, que no aparecían.

Espabila, Reme, se dijo, porque a sí misma no se llamaba nunca por el nombre completo.

Nadie más se atrevía a llamarla así, ni siquiera Doro. Espabila, se repitió en voz alta. Todavía tenía que bajar a planchar el vestido de la señora y ponerle en orden el tocador. Y mandar a limpiar los zapatos que había llevado la señora Evelina a la excursión. Mañana, que baje Fidela a Cerveda con Damián a comprarle alguna revista por si se quiere llevar, se dijo, aunque sin las gafas… Y sacar el sombrero de viaje. Y llenar unos saquitos de lavanda para poner en las maletas. Y a Fidela, decírselo. Que con unas bolsitas de lavanda no cogía la ropa olor a baúl. Para cuando le tocara a ella el equipaje.

Vaya ocurrencias, se decía Remedios cada vez que se acordaba. Cosa de la señorita, seguro.

¿No será muy joven la chica?, había dicho ella cuando la señora Alicia se lo anunció como si nada, una mañana en el tocador. ¿No le faltará… experiencia?, aventuró al tiempo que abría con los dientes la última horquilla que le quedaba por ponerle en el pelo. Por no decir otra cosa, claro. A lo mejor no se apaña, añadió mientras le pasaba el espejo de mano a la señora para que pudiera verse el peinado por detrás. Ya aprenderá, había dicho ella mirándose en el espejo satisfecha. Le enseñarás tú las cosas que haya que saber, le había dicho girando la cabeza a un lado y a otro, estirando el cuello, bajando la barbilla. Como si se aprendieran así como así, pensó Remedios. Como si no tuviera ella bastante con lo que tenía... Para quitarle el amarillo a la seda blanca, vinagre y limón. Para limpiar las joyas, agua jabonosa y secarlas con un cepillo de cerdas de tejón. Contrariada, apretó los labios en una línea fina pero no tuvo otro remedio que morderse la lengua y asentir. Para que las polillas no se coman los abrigos de piel, unas hojas de tabaco en el armario. O alcanfor. O madera de cedro. ¿No será darle alas a la chica, señora?, dijo por fin, sin poder contenerse, cuando la señora le devolvió el espejo y se levantó para vestirse. Luego pasa lo que pasa… Esto no lo dijo Remedios en voz alta. Para que no se eche a perder el charol, limpiar los bolsos y zapatos con un paño mojado en leche fría. Pero la señora Alicia ya lo había decidido. Para revivir las flores que se han puesto mustias, tener los tallos un rato en agua muy caliente y, al sacarlos, volverles a cortar las puntas antes de ponerlas en el jarrón. Cuando terminó de abrocharse la blusa ya se había olvidado de Fidela y de las prevenciones de Remedios; estaba casi en la puerta cuando se detuvo, se miró los zapatos con el ceño fruncido y volvió a sentarse. Mejor los verdes, le dijo.

Los sombreros de diario, cepillarlos por la noche con un cepillo suave, menos si son de lana.

Para quitar una mancha de resina, mojar un pedazo de algodón en alcohol de 90 grados y frotar la tela colocándola sobre una franela. Siempre de los bordes al centro, para evitar que quede señal.

La costumbre de las libretas era un secreto de doña Remedios que nadie más sabía. Igual que las pastillas de anís y la manía de la lotería. Y el agua oxigenada que usaba de joven para borrarse las pecas de la cara; y siempre llevar un san Blas en el bolsillo, por la garganta. Tenían las tapas azules y una raya para poner el nombre; las guardaba cerradas con llave en el cajón de la mesilla con los anillos de casados de sus padres y la cajita del rosario bueno. Para uso de Remedios Saénz, escribía cuando empezaba una nueva, imitando un poco la letra de la señora.

En verano, los guantes guardarlos por pares, y los manguitos, de a uno, en bolsas de hilo.

Para los viajes cortos, solo una sombrerera y una maleta pequeña con la bolsa de tocador aparte.

Al principio, Remedios solo anotaba en sus libretas las cosas que tenían que saberse. Para el mal del mes, tés de artemisa y flores de pastor, apuntaba. O: Los peines de nácar y carey no limpiarlos nunca con agua porque se cuartean y se les parten las púas. O: Las manchas de cera, si son recientes, se van con alcohol.

En mayo, las listas para el veraneo. En diciembre, los números del sorteo. 1926: el 17.229, 1927: el 10.123, 1928: el 6.692, 1929: el 53.453, 1930: el 24.630 (por uno), 1931: el 24.711, 1932: el 29.757, 1933: el 7.139 (otra vez impar), 1934: el 2.686, 1935: el 25.888. En junio y en noviembre, los regalos de la señora: Por el Santo, unos zapatos prácticamente a estrenar y un pañuelo de colores. Por el cumpleaños, un abrigo de entretiempo para arreglar y dos vestidos casi nuevos.

¡Ojo!, escribió una noche, para almidonar puños y cuellos no volver a usar la plancha del mango rojo. Hoy, un cuello bueno echado a perder. Por estar distraída. Menos mal que no ha sido una blusa de la señora. Primera vez que a una le pasa algo así. Habrá sido por el disgusto de ayer. Gran susto con la señorita en la alberca.

Cuando Remedios releyó lo que acababa de escribir, todavía con la pluma en la mano, notó que le subían los colores y a punto estuvo de tacharlo por indiscreto. Pero se levantó, guardó el cuaderno en la mesilla y se fue a la cama. La noche siguiente, envuelta en su toquilla,

volvió a leer la nota del día anterior y tampoco la tachó. Encargados en Cerveda cuellos y puños nuevos, añadió, y apuntó la fecha.

A partir de entonces, Remedios empezó a anotar también en sus libretas las cosas que pasaban.

La novedad, el auto. Y salir todos a verlo cuando ha llegado el señor con él. El color, granate, muy elegante, y con una capota que se puede quitar y poner. Tomás ya sabe conducirlo y tendrá uniforme nuevo. El señorito, encantado. La señorita, también, pero no calla con los caballos. Que si les van a quitar la cuadra para meter el auto. Que si dónde van a vivir. Para que no se pusiera triste le ha dicho Luis que los van a subir a la dehesa del pueblo a que los cuide Lamperna, el pastor. Demasiados melindres a veces, la señorita.

Hoy, la noticia del rayo que cayó en el campanario de la ermita del Saltillo. La campana, rota. Y la santa, en el suelo bocabajo, con la peana partida. Y, en la torre, una grieta de arriba abajo, eso ha dicho Sátur al dejar las cartas. Otras desgracias, no, porque pasó de noche. Lo vio el carbonero desde el monte y bajó al pueblo a dar aviso. Como un terremoto, dice Sátur que dijo el carbonero, como una bomba que explota. Aunque bombas no creo que haya visto él explotar ninguna.

Los señores, de viaje.

Hoy, carta de Elisa. Que todos bien. Que el padre qué tal. Que vendrán por el Santo, que ayer mismo compró los billetes. Que se enteró de lo del hijo del médico por Feli, un día que se encontraron en el tranvía y se lo contó. También le dio Feli recuerdos para mí. Algo buscará.

Hoy, Domingo de Resurrección. De postre, Doro, rosquillas y limonada. José y don Tomás han subido a las chapas y han ganado algún duro. Bien contentos han vuelto y bien tarde, mañana les penará.

Ayer enterramos al padre.

Esta semana, invitados del señorito. Todas las noches, música y ruido. Por las mañanas, botellas vacías. Luis pone mala cara. Doro se queja porque nunca se sabe cuántos habrá a comer. Los señores, de viaje.

Hoy, Soledad. Sole. Veremos. Un poco revolvedora parece. A ver si es espabilada y dura más que la otra. Desde que se marchó, Fidela anda como alma en pena. Así aprende.

Hoy, carta de Elisa. Que todos bien. Que a ver cuándo voy a visitarlos, que han crecido tanto los sobrinos que al ahijado ni lo voy a conocer. Pero entenderá que una no tiene tiempo para viajes, aunque sean cortos, y menos ahora, con preparar el veraneo. Que tendríamos que vernos para dejar arreglados entre las dos los asuntos del padre. Poco hay que repartir.

Los señores, de viaje.

Se adelanta el invierno. Nieve en los caminos y hielo en la alberca. Luis ya ha metido el brasero en el invernadero. Por las mañanas, María, la muchacha, se pega a las estufas de la cocina y se queja del frío. Más pasaría en su casa.

Hoy, Damián. Para encargarse de los autos y para ayudar a José en sus tareas. Muy hablador parece. Veremos.

En un mes, alivio de luto.

La señorita Vera, como siempre, muchos pájaros en la cabeza.

Por el Santo, la señora, dos vestidos de verano (uno morado de lunares y uno gris) y una chaqueta de lana fina, café con leche. Nueva.

Los señores, de viaje.

A Fidela, explicarle que igual que vienen, las cosas buenas se van, escribió cuando supo que ahora iba a ser ella la doncella de la señorita Vera. Recordarle las obligaciones. Y que mejor no parecer una aldeana, así que menos subir al pueblo todos los domingos y más aprender a hablar como es debido para que no se rían de ella. Antes de la boda de la señorita, enseñarle las cosas que tiene que saber, apuntó aquella noche, como si se le fuera a olvidar el encargo de la señora, y después de pensarlo un momento añadió: Que se compre una libreta.

Con un suspiro, Remedios se apartó de la ventana y se puso de rodillas para mirar otra vez debajo del sofá.

No se aprende todo en un verano, se dijo chasqueando la lengua al tiempo que pegaba la cara al suelo y levantaba el faldón de tablas.

Eso pasaba por hacer caso a las ocurrencias de la señorita. La señora Evelina no lo hubiese consentido, se decía. Ni tanto conducir el auto, ni tanto entrar y salir a su aire. Si fuera hija suya la señorita, ni hablar.

Pero no es, se dijo Remedios en voz alta y se apoyó en el brazo del

sofá para ponerse de pie.

De las gafas, ni rastro. Ni rezándole al Santo.

Ya se iba a dar por vencida cuando se abrió la puerta del salón. Sole, que venía tarareando coplas por el pasillo, se llevó un susto al encontrarse allí a doña Remedios. Esta le envió con el gesto un reproche mudo y esperó a que cogiera el plumero que se le había caído al suelo para decirle que se colocara bien el cuello del uniforme, que lo traía torcido. Sole notó que se ponía colorada y fue a mirarse en el cristal del aparador.

Cantar, las lavanderas, decía siempre doña Remedios. El pelo, recogido en la nuca, que es lo decente. El uniforme, limpio y bien planchado, decía. Esta es una casa de orden.

—Una casa de orden —le repitió a Sole mientras esta se abrochaba bien el cuello almidonado. En cuanto estuvo, buscó en el cristal la mirada aprobadora de doña Remedios. Ella asintió seria y le hizo un gesto con la mano para que se pusiera de una vez con el polvo.

—¿Has terminado las habitaciones? —tronó.

—Sí, señora.

—¿Y no has visto las gafas de doña Evelina?

—No, señora.

Remedios volvió a suspirar y marchó hacia la puerta. Tendría que volver a mirar ella.

—Que no se te olvide cambiar esas flores —dijo antes de salir.

Los farolillos venían plegados como acordeones y olían al mismo olor como a bizcocho de las cajas. Los encenderían ella y Sole después, durante la cena, para que no las viera nadie y no volara ninguno de su cuerda y pudieran estar todos prendidos cuando salieran al jardín los invitados.

Así lo tenía pensado la señora, que esa misma mañana también le había pedido a Damián que colocara algunas bombillas por si luego hacía falta más luz. Como en las verbenas, pensó Fidela al verlas tendidas entre los árboles.

Ya verás, Lita, qué bonito va a quedar, le había dicho Vera. Y entre las dos bajaron las cajas de los farolillos al jardín, que no pesaban nada, y luego fueron a buscar a Damián al garaje para que sacara la escalera. Ya verás qué bonito…, le había dicho la señorita sonriendo pero con aire de tener la cabeza en otro lado, con esa mirada distraída que no se le quitaba aquellos días. Será por los nervios, cuchicheaban María y Sole en la cocina. Será por lo de la boda. Pero Fidela sospechaba que aquello era otra cosa.

Las sillas ya estaban en el jardín. Las mesas, también. Faltaban los manteles y sacar las flores, eso por la tarde. Rosas no, que son de cursis, ni capuchinas. Nidos de zarza y flores de escaramujo que había trenzado Luis esa mañana con unos alicates que tenía en el invernadero. Y las bandejas de dulces y pastelitos de Doro, los bombones y las frutas escarchadas, las botellas de champán... Y, lo último, encender los farolillos. Eso después, cuando empezara a anochecer; prender una a una las velas entre Sole y ella, con mucho cuidado para que no se quemaran. Porque ardían en un suspiro los farolillos chinos, ya se había visto, igual que ardían las pelusas de los chopos cuando se juntaban en el suelo y los niños les acercaban las candelas solo para verlas desaparecer con un fogonazo naranja.

—Buena la tenemos… —se dijo María con un suspiro al oír a Doro refunfuñar a sus espaldas.

Esta vez, porque a la nueva se le había olvidado sacar el hojaldre de la nevera. Para los milhojas de queso, se dijo. También ella, de tanto oírselos a Doro, se sabía de memoria los menús de esos días, que estaban escritos en papeles y puestos en la pared, donde el reloj, desde hacía casi una semana. Crème Saint Germain, consomé estival, buñuelos a la trufa, colombinas de foie, fua, decía María, aunque pusiera «foie», milhojas de Roquefort, pan de coliflor con confitura de tomate, turbot soufflé, eso era rodaballo, savarines de remolacha, ensalada Lorette…

—¿Pero tú no me has oído antes que el hojaldre tenía que atemperar?

… capones al Jasnière, salmón Chambord, ponche de Kirsch, medallones de buey, ensalada mimosa, espuma de piña con barquillo de arroz, timbal de peras, granizado de canela…

—Sí, señora.

… consomé Mirette, quenefas de salmón, espárragos a la holandesa,

codornices en chofruá, pularda asada con ciruelas pasas, helado con crocante de vainilla y almendra…

La muchacha miró a Doro con los ojos muy abiertos y, roja como un tomate, se levantó de la banqueta alborotando el aire con las plumas que le volaron del regazo. Compungida, se miró las manos, manchadas de hilillos de sangre y plumones pegoteados, sin saber si limpiárselas en el delantal y salir a la despensa a por el hojaldre o agacharse a coger el capón que había soltado al ponerse de pie y que había caído en el cesto con un chapoteo sordo y más revuelo de plumas.

Con un resoplido exasperado, Doro dejó en la mesa el cucharón que tenía en la mano y marchó ella misma a la despensa. Ahora habrá que esperar, iba diciendo, y hoy no es día para perder el tiempo. María, sin dejar de frotar la cazuela que estaba fregando, se volvió hacia la muchacha, que ya tenía otra vez el capón en las manos y había vuelto a sentarse en la banqueta. María esperó a que levantara un poco la vista para sonreírle y guiñarle un ojo, a ver si se le pasaba un poco el sofoco.

Al volver a la cocina, Doro dejó el cuenco con la masa sobre la repisa de mármol.

—María, ayúdame tú aquí, anda, que te darás más maña —dijo—. Pilar, tú a las patatas —añadió mirando a la muchacha—. Pero antes termina de fregar esos cacharros.

Pilar dejó en la mesa el capón, ya limpio, murmurando un sí, señora, aliviado y ocupó el lugar de María en el fregadero.

Por esa ventana sí se veía el jardín. Aunque fuera a través de la cortina espesa de las hojas de la parra, que trepaba por la fachada trasera y se enroscaba en torno a las ventanas de la cocina con la parsimonia de un animal manso y elástico, sometido solo a medias por las guías de alambre que le ponía Luis para que no subiera al piso de arriba. Con el tiempo, había ido trazando un tapiz esponjado que habitaba calladamente la pared de piedra, mudando poco a poco de color, hasta que llegaban las primeras heladas y, en un par de noches, dejaban al descubierto las ramas retorcidas, la corteza áspera y nudosa, y también algún nido pequeño, ya vacío, cobijo de jilgueros o gorriones, que aprovechaban el amparo de las hojas para criar a sus pollos.

—La parra que respira trae mejores uvas —decía Luis encogiéndose de hombros cuando Doro se quejaba de que los pájaros le cagaban el

alfeizar. Las uvas las recogía Luis en una cesta especial que tenía, un año sí y uno no.

Por entre las hojas, pues, el jardín, aunque una no pudiera pararse a mirar a gusto por todas las cosas que había que hacer.

Por entre las hojas, el césped recién cortado, que era de un verde distinto del verde de los praos, las flores, la hamaca que había colgado de dos pinos uno de los señoritos para demostrar que allí se podía dormir la siesta, el camino de gravilla que iba al río, el que iba a la alberca, que ya no estaba, por la fuente que iban a poner, eso había dicho Sole.

—Esos puerros ya estarán —oyó decir a Doro y enseguida tuvo al lado a María, que le sumó a los cacharros del balde el cazo de hervir los puerros y un escurridor menudo para que los fregara también.

Por entre las hojas, el sauce, las moreras y un poco más allá, donde los castaños, las cajas de los chinos, ahora apiladas en la mesa, el perfil paciente de Fidela, a la que Pilar conocía del pueblo, Damián subido en una escalera y José, en la banqueta, la señorita con su vestido de colores, que, de fino, parecía que flotaba cuando iba ella de uno a otro con la cuerda. Ella los miró un momento de soslayo, con el estropajo en la mano y casi sin levantar la cabeza, hasta que un carraspeo de Doro la hizo volver a bajar rápidamente la vista al fregadero.

Después de atar el último nudo, José se bajó de la banqueta sin disimular su alivio y miró a la señorita Vera. Ella se alejó unos pasos y, con los brazos en jarras, observó satisfecha la telaraña de cuerdas tendida entre los árboles.

—Está —dijo con una sonrisa.

Damián, que acababa de bajar de un salto los últimos peldaños de su escalera, se pasó la mano por el pelo al tiempo que echaba un vistazo alrededor, preguntándose dónde habría aterrizado la gorra que se le había caído al subir. Desde donde estaba, Fidela lo miró de reojo y quiso ser ella la que le ordenara el pelo despeinado, como había pasado esa mañana en la armería, cuando buscaban las bombillas de la señora.

Anda, ven, había dicho ella acercándose a él al tiempo que posaba la vela en el taquillón. Y Damián, un poco sorprendido, había agachado la cabeza para que pudiera ella soplarle del pelo las pelusas, que

habían volado al mover las cajas que estaban encima del armario. Así, sí, dijo ella sonriendo, y después lo peinó con las puntas de los dedos, casi sin tocarlo. Y aunque él apenas cambió el gesto, Fidela notó que contenía la respiración cuando le rozó sin querer el cuello.

En lugar de apartarse, como esperaba él, Fidela no se movió ni retiró la mano ni quitó los ojos de los suyos. Fue Damián el que los despegó de ella, buscando con la mirada dónde poner la caja que le estorbaba en las manos. Pero antes de que le diera tiempo a dejarla en cualquier sitio, les llegó la voz de Sole desde el pasillo: ¡Fidela!, y ella, como un rayo, se separó de él.

—¡¿Qué?! —preguntó Fidela hablándole al aire.

—Dice doña Remedios que vayas —contestó Sole ya asomada en la puerta, pero hablando también al aire porque aún no los había visto, en medio de la penumbra de la armería.

—¡Ya voy! —dijo ella y, sin acordarse de la vela, salió apresurada dejando allí a Damián con la caja de las bombillas en las manos.

Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando la señorita Vera, Fidela apartó los ojos de Damián.

—Lita, ¿a ti qué te parece? —preguntó Vera.

—Que muy bien —dijo—. Muy bonito va a quedar cuando los colguemos.

Y se guardó las tijeras y el ovillo de cuerda en el bolsillo del delantal.

A la señora, una copita de pastís, por acompañar. Doña Evelina, vermú italiano con un toque de sifón, como siempre. Sole cargó la bandeja y empujó la puerta con el codo. Sácales tú el aperitivo a la terraza, le había dicho doña Remedios cuando se cruzó con ella en las escaleras.

Mañana habrá que regar otra vez, se dijo Luis pensando en las hortensias.

—Para ser junio, calor —se quejó la señora Evelina abanicándose con

el paipái de paja que había bajado para el paseo.

La señora Alicia, bebiendo un sorbo de pastís, asintió plácidamente y sonrió con la sonrisa que solía usar cuando conversaba con su cuñada, que no servía para dar la razón ni para quitarla.

Ya se le había pasado el disgusto de la fuente.

Mejor, había dicho Luis en la cocina, porque no tenía remedio. Pero a la señora le dijo que no se preocupara, que desde los castaños no se notaría y desde la casa tampoco. Para que no desdijera, podían colocarse unas celosías que tenía él en el invernadero. Eso sí podía hacerse, si a la señora le parecía bien. Para disimular el agujero y que no se vea, le dijo. Hasta se les puede poner un jazmín o una pasionaria. Para que haga más bonito. Ya ve, los invitados ni se van a enterar de que falta la fuente…

—Por lo menos hará buena noche —respondió a Evelina al tiempo que dejaba la copita en la mesa—, no como el año pasado, que hubo que encender las chimeneas.

Con la mirada puesta en su sobrina, que hacía un momento correteaba de acá para allá con el servicio como si fuera una moza de aldea, la señora Evelina asintió con aire resignado y bebió un buen trago de vermú. Tanta escuela francesa y tanta manga ancha con la niña… Menos mal que ya quedaba poco para la boda. Después, sin apartar la vista de los castaños, dijo:

—Les voy a regalar yo el viaje de novios.

—Pero, mujer…, no tienes por qué.

—Claro que sí. La niña es mi única sobrina.

Los sillones de mimbre…, se dijo José al caer en la cuenta de que faltaban por sacar. Habrá que decirle a Sole que vaya a quitarles el polvo.

Con la banqueta cogida por una pata, José marchó hacia la casa pensando ya en lo próximo que debía hacerse. Al pasar junto a la hamaca colgada de dos pinos se volvió hacia donde estaba Damián y le hizo un gesto para que, cuando volviera él, la retirara. Damián dejó la escalera apoyada en el tronco del castaño y recogió su gorra del suelo.

A lo lejos se oyó el motor de un auto y Fidela reconoció el claxon del señorito Héctor, que venía con el señorito.

—¡Ese es Andrés! —gritó Vera. Y corrió hacia la casa para recibir a su hermano.

II

—Ojalá pudieras venir tú conmigo.

Fidela, que estaba sentada en la cama, le envió a Vera una sonrisa triste que se reflejó en el espejo del tocador.

—O no tener que ir yo.

Pero ya estaba todo decidido. En cuanto se pasara el cumpleaños, a Santander con las primas. Ya me dirás qué pinto yo en Santander…, decía Vera y Fidela no sabía qué responderle. Y después, con su madre a Biarritz hasta el final del verano. Por mucho que había protestado, a la señorita no le había servido de nada. El señor se había mantenido inflexible y la señora, que no solía discutir esas decisiones, estaba encantada con la novedad de no tener que preocuparse de organizar el veraneo. Enseguida habría que empezar a preparar los equipajes.

—¿No ir? —dijo Fidela con los ojos puestos en los pájaros que tenía dibujados el kimono que llevaba Vera—. Pero si están todos los planes hechos…

Ella se dio la vuelta y la miró.

—Pero se pueden cambiar, ¿no? Los planes...

Fidela puso cara de susto y se encogió de hombros.

—No me mires así, mujer.

Ella le pasó el cepillo sin saber qué decir y Vera volvió a mirarse en el espejo.

Así que eso era lo que venía rumiando la señorita los últimos días, se dijo Fidela. Por eso estaba tan rara. Por eso a veces se quedaba mirándola a ella así, como si quisiera contarle alguna cosa y al final no se decidía y se quedaba callada y no se la contaba. Por eso el no comer y el no estar a lo que estaba, se dijo, y el decir que sí a todo lo de la fiesta sin poner pegas a nada.

Vera empezó a cepillarse el pelo con los labios apretados, sin importarle los tirones, y al cabo volvió a buscar la mirada de Fidela en el espejo.

—Además, los planes no los he hecho yo.

Entre el calor de la tarde y el calor de los fogones, en la cocina ardía el aire.

Sofocada, Doro paraba de vez en cuando lo que estuviera haciendo y, con un suspiro, buscaba el pañuelo en el bolsillo del delantal para secarse la frente. De paso aprovechaba para echarle un ojo a Pilar, que ya estaba terminando de fregar los platos de la comida. A la muchacha la mañana se le había pasado en ir de acá para allá, fregar cazuelas, secar cacharros, escurrir verduras, buscar a Luis para que le cortara a Doro un ramito de eneldo, retirar peladuras y cáscaras de huevo, dejar limpia la tabla de cortar… A mediodía, después del almuerzo de arriba, Pilar había ayudado a María a poner la mesa en la cocina y a servir. Y a recoger. Y ni una sola vez se había quejado de estar cansada. Al final había resultado que la muchacha no se apañaba mal. Veremos cuando empiece de verdad el jaleo, se dijo Doro guardando el pañuelo para volver a lo suyo.

María, que se había refugiado un momento en la fresca oscuridad de la despensa, volvió con una bandeja de volovanes para rellenar. Como también tenía el encargo de vigilar el consomé, no quitaba ojo de los fogones mientras llenaba la manga, no fuera a ser que rompiera a hervir el caldo y se echara a perder.

Al cabo de un rato, al tiempo que sonaba la campanita del minutero que había puesto Doro para el horno y justo en el momento en que José se asomaba a la puerta de la cocina a decir que ya habían llegado los camareros, María retiró su cazuela del fuego y la posó en la encimera. Al ver que allí no estaba, José preguntó por Sole y, casi sin esperar la respuesta, marchó a buscarla para que les sacara al jardín los manteles blancos de la alacena.

¿Y adónde iba a ir la señorita sino adonde dijeran los padres?

—No sé —contestó Vera abriendo el bote de crema que tenía en el tocador—, adonde sea.

Fidela meneó la cabeza no muy convencida al tiempo que la ayudaba a recogerse el pelo hacia atrás para que no se lo manchara. Una no podía marcharse así como así, ¿no? Una no podía cambiarlo todo de repente y decirles a los padres que no se iba a Santander o que no se

iba a casar. Esas cosas las podía pensar la señorita porque no sabía lo que era no ser una señorita.

—Pues tienes razón, Fidela —murmuró Vera con el gesto serio—. Como siempre…

Ella hizo un gesto vago y se dio cuenta de que se había caído una toalla al suelo. Justo cuando se agachaba a recogerla, Fidela volvió a mirar a Vera de reojo y no se le escapó la determinación con la que ella seguía mirándose en el espejo.

—… pero a lo mejor ya es hora de que aprenda.

Claro que decirlo era una cosa y hacerlo, otra.

Pilar se secó las manos en el delantal y, cogiendo el barreño por las asas, lo levantó en el aire, apoyándolo en el borde de la pila para volcar el agua sucia en el fregadero. Mientras el agua colaba por el desagüe dibujando un remolino de espuma turbia y restos de comida, la muchacha se miró un momento las yemas de los dedos, pálidas y arrugadas de fregar, y después levantó la vista hacia la ventana.

En el jardín, el aire quieto.

Y el zumbar incansable de los insectos.

Y el señorito Miguel, que venía por el camino con un libro en la mano y el pelo mojado. Del río, se dijo Pilar. Al pasar junto a los castaños, sacó la mano del bolsillo y se acercó a decirle algo al camarero del pelo rizado, que buscó en su chaleco y le alargó una caja de cerillas. Antes de encenderse el suyo, el señorito le ofreció a él un cigarrillo del paquete. El mozo tardó un momento en decidirse, pero al final cogió uno y se lo puso detrás de la oreja, como si fuera un lápiz de carpintero. Para luego, se dijo Pilar, cuando no tenga que estar pendiente de que venga o no venga el jefe por el camino. El señorito encendió su cigarrillo, le devolvió las cerillas y estuvo un rato hablando con el camarero antes de volver a echar a andar hacia la casa.

Recordaba un poco a Fede, el del barbero, el señorito Miguel. Por lo hablador.

Desde luego, conversación no le faltaba al señorito, eso ya se veía. Igual que a Fede, que hablaba hasta debajo del agua. Eso decían las

mozas del pueblo. Y que para barbero no estaba mal y así tener animado el negocio y distraída a la clientela, decían, porque como en el afeitado había que estar callado, pues mejor que hablara otro. Pero que si te sacaba a bailar en la verbena la tenías clara, decían, porque no sabía callar ni en los pasodobles. Eso sí, más bueno que el pan.

En la pila quedaban dos dedos de agua que ya no se marchaba y Pilar la removió un poco para ayudar a que colara. Cuando se vació del todo, ella limpió la suciedad del desagüe y del fondo del fregadero y volvió a llenar de agua el barreño, con cuidado de no escaldarse.

Que ser señorita era una cosa bien distinta de no serlo no se lo tuvo que explicar doña Remedios a Fidela cuando entró a trabajar en la casa. Eso era algo que sabía todo el mundo. Igual que no le tuvo que explicar nadie que no era lo mismo tener padre que no tenerlo y que, señoritos o no, tampoco era lo mismo nacer hija que nacer hijo.

—Cada uno tiene su lugar.

Que cada uno tenía su lugar era de las cosas que más le gustaba decir a doña Remedios. También decía otras, sobre todo a Fidela. Y más ahora que sabía que iba a ocuparse ella de atender las cosas de la señorita Vera.

—Ellos son ellos y nosotros, nosotros —decía.

Y:

—Más vale no creerse una lo que no es.

Y, sobre todo:

—Las cosas son como son.

Fidela, por no discutir, seguía a lo suyo y callaba.

Ella no sabía explicarse tan bien como Damián o como esas amigas de Vera que parecía que siempre tenían palabras para todo, pero también podía ser que doña Remedios no tuviera razón, se decía, y a veces pensaba que el que las cosas fueran de una manera y que siempre hubieran sido así no tenía por qué querer decir que estuvieran bien como estaban.

A media tarde, Sole entró del jardín con el mantel que se le había roto al camarero sin querer. Llévalo a la plancha, le dijo Doro al verla. Si se puede zurcir, sirve para la cocina. Y si no, servilletas.

—Sí, señora —dijo Sole; pero, antes de salir, se acercó a María y a Pilar y les habló en voz baja—: La señorita Teresa, de verde mar —dijo—, y la falda plisada. Y el de la señorita Adelina, estampado y sin mangas —dijo avanzando, ahora sí, hacia la puerta—, como uno que sacó Julia Haydon en una película.

Antes de entrar a por las flores de la señorita, Fidela se sentó un momento en el banco del invernadero. Con un suspiro, se aflojó el cuello almidonado, aunque sin atreverse a soltárselo, y después probó las cerezas que llevaba en la mano, que había cogido al pasar al lado del cerezo chico.

Les faltaban unos días para estar maduras del todo, pero a ella le sabían mejor así, por el gusto de morderlas cuando aún tenían la carne dura y por el sabor ácido que dejaban en la boca. Con las uvas de la parra, igual.

Aunque estaba a la sombra, Fidela sudaba.

Pocas veces pasaba que llegara tan de repente el verano y que se pasaran esos calores una noche de San Juan. Nunca, pensó Fidela. ¿No lo decían siempre los veraneantes, que qué gusto dormir con manta en pleno agosto, que qué aire tan fresco y tan bueno, allá entre los montes? ¿No les tomaban el pelo en Cerveda a los del pueblo diciendo que los veranos no les duraban más que de Santiago a Santa Ana? Y si bajaba la niebla, nada, decían. Y ahora, de repente, ese sol y esos calores sin que hubiese entrado julio siquiera. Para la hierba, bien, decían en el pueblo, aunque hubiera que madrugar más para librar el mediodía. Yo, encantada, decía Sole, que era floja y siempre se quejaba del frío. Junio soleado, verano meado, decía José, que nunca se fiaba del buen tiempo.

A Fidela le daban calor las medias y los zapatos tan abrochados. Y no poder remangarse las mangas de la blusa.

Aunque sentada en el banco no los veía, hasta allí le llegaban, como amortiguadas por el aire espeso de la tarde, las voces de los camareros, que ya estaban terminando de montar las mesas envueltos por el tintineo de las copas y los platos que iban sacando del comedor.

Fidela se lo pensó un segundo, miró a un lado y a otro y se agachó a soltarse los zapatos. Solo un momento, se dijo, y estiró las piernas y abrió los dedos de los pies como un acordeón.

Pensó en los peces, que estarían tan frescos allá en el río, donde los saucos.

Los que queden, pensó.

Los que quedaran ya habrían aprendido a valerse por sí mismos, y a comer moscas y hormigas de alas, y a dormir debajo de las piedras, como las truchas del río.

Y a nadar sin tener que hacer círculos como les pasaba en la alberca, se dijo.

¿Sabrían ya los peces que si seguían la corriente podían llegar al mar? Con los barcos, se dijo Fidela con los ojos puestos en los montes. De España a Nueva York en cinco días. Vapores y motonaves para Habana, Colón, Panamá, La Libertad, Paita, Arica, Iquique, Antofagasta, Valparaíso… Aún guardaba Fidela en una caja los recortes de los anuncios que salían en las revistas, de cuando jugaban ella y Vera de pequeñas a elegir barco para irse a ver el mundo. Yo, el Orduña, decían. Yo, el Franconia. O el Conde de Savoya, o el Tuscania, o el Providencia, o el Reina del Pacífico… ¡Qué nombres! ¿Estaría pensando en los barcos también la señorita?, pensó de pronto. ¿Querría cambiar su viaje de novios por otra cosa distinta?

—Habría que sacar también algunas bombillas —había dicho la señora esa mañana, desde la terraza—, por si falta luz.

Ya es mala suerte, se dijo el mozo del pelo rizado chasqueando la lengua. Peor que un lamparón en la camisa.

Y casi sin pensarlo comprobó otra vez, con disimulo, la pechera blanca, las mangas bien planchadas, los puños sin rozaduras.

Y si no me llega a ver Ernesto, aún…, se dijo.

Pero la mala suerte había sido que justo en el momento en que le pasó, llegó el jefe de camareros con otra bandeja y lo encontró con el mantel rasgado en las manos y sin saber qué hacer.

A este paso, no me llaman más, se dijo mientras seguía colocando las copas de champán en la mesa del jardín.

Porque al verle la cara a Ernesto, pensó que lo iba a mandar a su casa. Menos mal que, justo entonces, había aparecido la muchacha de los manteles. No te lleves mal rato, corazón, le había dicho al tiempo que le dejaba en la mesa una bandeja llena de servilletas dobladas en pico. Corazón, lo llamó. Y ni le preguntó por el nombre. Ella, Sole, ya lo había dicho antes. Y menos mal que había aparecido justo entonces y que, al ver lo que le había pasado, en lugar de quejarse del estropicio, se había reído. Y Ernesto había meneado la cabeza con un suspiro y había dado media vuelta y había ido al comedor a decirles a los otros que ya no hacía falta sacar más copas para las mesas de fuera. Él ni se había movido. Son cosas que pasan, le había dicho Sole antes de cogerle el mantel de las manos y marchar hacia la casa. Y sí. Pero a él aún le duraba el apuro.

Las copas, ordenadas en los lados de la mesa, la hielera, preparada, el sacacorchos, en el bolsillo. Todavía faltaba casi una hora para que llegaran los invitados. Primero, el aperitivo en el salón, repasó. Lo había contado Felipe, que ya había estado más años. Después, la cena en el comedor. Después de la cena, el baile. Lo mejor, la propina de don Cosme, le había dicho, como era su cumpleaños…

En el restaurante del hotel también llevaban uniforme, pero el de hoy era nuevo. Todo menos los zapatos, que había lustrado él esa tarde hasta sacarles brillo para que no se le notara que no tenía otros. Si te apañas bien, a lo mejor te hacen fijo, le había dicho Felipe.

—Ya es mala suerte… —se repitió con desazón, colocando la última copa encima de la mesa.

—Entonces, ¿le preguntamos?

Teresa, sentada en el alfeizar de la ventana, miró a su hermana y soltó una carcajada. A Adelina, que se había puesto coloradísima solo de pensarlo, también le entró la risa nerviosa y se tapó la cara con las manos. De milagro oyeron que llamaban a la puerta.

—Las horquillas que había pedido, señorita.

—Gracias, Lita —dijo Adelina, que había abierto lo justo para asomar la cabeza porque aún estaba sin vestir.

—Ahora les traerán el rizador.

Antes de cerrar la puerta, Adelina la vio alejarse por el pasillo con el cuenco de flores en las manos. Al ver que la muchacha se detenía de repente a mitad de camino y pegaba la espalda a la pared con los ojos clavados en el suelo, Adelina asomó un poco más la cabeza. Al otro lado del pasillo estaba Héctor y a ella, al verlo, se le subieron los colores. ¿Las habría oído? Tampoco hablaban tan alto…, se dijo. Él, que no la había visto, iba andando hacia la habitación de Andrés, ya vestido y con una botella de güisqui en una mano y dos vasos en la otra. Guapo es, se dijo Adelina al tiempo que cerraba la puerta, esa es la verdad.

A su hermana le dejó la cajita de horquillas en la mesa del tocador y buscó la pitillera y las cerillas que tenían escondidas en el cajón de los calcetines. Menuda cara pondría mamá, se dijo encendiendo uno de sus cigarrillos americanos. Luego sacó un cenicero del cajón de la mesilla y se sentó en la cama con cuidado de no hacerse carreras en las medias. Con el cigarrillo entre los dedos, volvió a coger la carta, que había llegado esa misma mañana.

—… como si fueran novios —leyó, pero en voz baja, por si acaso—, toda la tarde bailando en el Montecarlo. Con ella, como es medio extranjera, ya se sabe… Pero él, qué descaro, chica. Hasta pidió champán y luego, a la orquesta, que tocaran El flechazo. Imagínate.

Adelina levantó la vista y miró a Teresa para ver qué cara ponía.

—Yo me tuve que marchar pronto porque sigo castigada por lo del sábado pasado, ya sabes, y hasta que no me lo levanten tengo que volver a casa antes de las nueve y media y es una lata, pero lo que contó Isabel fue que toda la noche bailando. Y, luego, solos en una mesa, y que se fueron juntos en el coche de él…

—Pues vaya caradura —interrumpió Teresa, estirándose para cogerle a su hermana la carta de la mano y leerla otra vez ella misma.

—Pini dice que los vio todo el mundo.

—Ya verás cuando se entere quien yo me sé…

Mientras la señorita Vera terminaba de vestirse, Fidela jugueteaba con las plumas de una estola plateada que, después de varias pruebas, había acabado descartada y colgada del cabecero de la cama.

—¿Y no saben quién? —preguntó Vera.

Fidela negó con la cabeza.

—Ahora dicen que esa tarde vieron a unos en el camino del cerro, unos que no eran de aquí. Pero eso se dice siempre.

Si era el tiempo de la esquila y desaparecía un cordero, los esquiladores. Si estaban los húngaros con sus carros y faltaba una gallina, los húngaros. Si una moza, volviendo del baile, se encontraba una sombra sin cara en el camino, uno de fuera. La noticia la contó uno de los camareros. Que habían entrado a robar a la casa del prao del Francés y que se habían llevado hasta las cerrajas de las puertas.

—Otra cosa no quedaría —le dijo Fidela a Vera cuando se lo contó.

Y recordó la historia que contaba siempre su madre de cómo, unos meses después de la muerte de don José el Cubano, habían vaciado la casa del prao del Francés y vendido los muebles y las lámparas y cómo se habían llevado de los establos los caballos palominos y habían abierto la jaula del invernadero para que salieran volando los pájaros de colores, que habían vivido allí desde que los mandó traer de América don José.

Nadie se imaginaba, contaba la madre, ni el mismo don José, que iban a vivir tantos años los pájaros.

Tantos que sobrevivieron al dueño y al abandono de los herederos ultramarinos, y aún tuvieron fuerzas para volar de su jaula cuando les quitaron el candado y les dejaron abierta la puerta, el día en que se quedó la casa vacía y se fueron hasta los últimos criados. Al principio, contaba la madre, los pájaros de don José se quedaron a vivir en el jardín, pero pronto se aburrieron de aquel otro encierro y se atrevieron a aventurarse en el monte. Una tarde se decidieron por fin y, dejando en el camino un rastro de plumas de colores, buscaron cobijo en las ramas más resguardadas de las hayas del barranco. Allí los encontró el pastor una mañana que subía a la dehesa con las ovejas. Mientras los animales aguardaban pacientes, mordisqueando la hierba entre los árboles, él los observó un rato. Después se agachó a recoger una pequeña pluma verdiazulada y se la guardó en el bolsillo. Para Leonardo, se dijo pensando en el espantapájaros. Y haciendo un gesto al perro para que arreara a las ovejas que se habían separado del rebaño, siguió su camino intentando imitar los silbos que les había oído a los pájaros.

Al cabo de unos días, contaba la madre, con el tardío, los pájaros de

don José también se fueron del barranco y ya no los vieron más entre las hayas, ni volvieron a aparecer más plumas de colores por los praos y los caminos. Se los ha llevado el frío, decían en el pueblo meneando la cabeza, o el raposo, como a los faisanes aquellos de don Cosme; pero los niños prefirieron no hacer caso, contaba la madre, y siguieron pensando que habían marchado volando hacia el sur, como las cigüeñas, en busca de otras tierras distintas, donde las noches fueran más parecidas a los días y los inviernos no durasen el año entero.

Fidela se levantó a ayudar a la señorita Vera, que había empezado a colocarse las flores en el pelo.

—Si no se sabe quién ha sido, en el pueblo estarán preocupados —dijo esta, pensativa—, aunque esté abandonada la casa.

Fidela no dijo ni que sí ni que no.

Lo que se sepa o no se sepa lo hablarán las mujeres en el río, pensó. El domingo, le pregunto a la madre.

—Fernández, a lo que estamos.

A sus espaldas, el fotógrafo oyó el chasquido de la puerta del auto al cerrarse, seguido de un carraspeo impaciente. Con un gesto de irritación que quedó oculto por la cámara, apartó la vista de la ventana.

Por lo menos una de la fachada principal, que es muy elegante, le había dicho Aranda, que no había callado un momento desde que se montó con él en el auto del periódico. Por lo menos una o dos, sí, había dicho cuando vieron aparecer a lo lejos el muro de la finca. Ya te diré yo.

Así que nada más bajarse del coche, y sin dejarse impresionar por la casa, él quiso aprovechar la luz y sacó la cámara.

Lo que no se esperaba era que, justo cuando estaba a punto de disparar, se abriera de par en par una de las ventanas del piso de arriba y se colara en la fotografía aquel joven descamisado que se había asomado de improviso, irrumpiendo en su encuadre sin saberlo, con los brazos al aire y el pelo chorreando, como si acabara de meter la cabeza debajo de un grifo abierto.

Con un movimiento casi reflejo, él dirigió hacia arriba el visor de la

cámara y ajustó el cañón del objetivo. A través del visor lo vio apoyar las manos en el alfeizar y sacudir la cabeza a un lado y a otro para que se le secara el pelo, salpicando agua en todas las direcciones; sin pensarlo, disparó un par de veces, y otra más cuando el joven de la ventana se echó el pelo hacia atrás con la mano y encendió un cigarrillo.

Necesito que vayas tú a hacer las fotos, le había dicho el jefe de redacción esa mañana. Él había abierto la boca para protestar, pero Márquez, que sabía que no le iba a hacer gracia el encargo, no le dio opción. No tengo a nadie más, Valentín.

—Con la que está cayendo y tú me mandas a una fiesta de ricos a retratar a una cuadrilla de niños pera.

—No solo a los niños pera… También estarán los padres.

Él le afeó el chiste malo con una mirada de impaciencia y Márquez se encogió de hombros.

—Es la tradición.

Márquez no era solo el jefe de redacción. También era su amigo y el que le había ofrecido, hacía poco más de un mes, el puesto de fotógrafo en el periódico. Te vendrá bien el cambio de aires, aunque sea solo una temporada, le había dicho. Además, ¿no estás harto de andar siempre de acá para allá? Harto no estaba. Pero acababa de volver de Adís Abeba, de donde había salido vivo de milagro, y era verdad que no le iba a venir mal el descanso. Un poco de tranquilidad, había insistido Márquez, que falta te hace. Y eso que él no le había contado casi nada de lo de allá. Ni a él ni a nadie. Un par de meses, se dijo, hasta que salga otra cosa. Te va a parecer que estás de vacaciones, le había dicho Márquez el día que por fin le dijo que sí. En verano nunca pasa nada…

—Me debes un favor.

Márquez asintió rápidamente para no darle tiempo a cambiar de idea. Tenéis que estar allí a las ocho, dijo, y, antes de darse la vuelta para volver a su despacho, le puso las llaves del auto encima de la mesa.

Por no oír al pesado de Aranda, él apartó la vista de la ventana, dirigió la cámara otra vez hacia la puerta de entrada y volvió a enfocar.

Una de la fachada principal, le había repetido tres o cuatro veces

cuando venían de camino, y otro par del jardín, que siempre gustan. Muy vistoso, el jardín, le decía. También alguna de los hijos y de los invitados que vayan llegando, claro… Es gente importante. Ya te diré yo.

A Aranda, veterano cronista de sucesos y experto en ecos de sociedad del periódico, no le gustaba que le hicieran esperar. Y menos un recién llegado. Un reporter, decía él, que aún no tenía pelos en la barba, por mucho que viniera de Madrid. Ahora que ya se había colocado bien el sombrero y la corbata y se había dado el visto bueno mirándose en el cristal de la ventanilla del auto, volvió a carraspear en su dirección, lanzándole una mirada impaciente que él no vio. Después, con la pluma y la libreta en la mano, avanzó unos pasos hasta plantarse a su lado, con ganas de entrar de una vez en la casa.

Valentín, sin inmutarse, hizo las fotografías, y comprobó que llevaba repuesto en el bolsillo, preguntándose si el joven de la ventana se habría dado ya cuenta de que estaban ellos allí.

Tú hazme caso a mí, le había dicho Aranda cuando ya atravesaban con el coche la verja de la finca, abierta de par en par por la fiesta. Esto no es como esos reportajes tuyos de La Revista Gráfica. Esto es sota, caballo y rey, le había dicho dándole golpecitos en la pierna. Él, sin apartar los ojos del camino de gravilla, había asentido sin decir nada, apretando el volante con los puños. Las preguntas no habría tenido que repasarlas Aranda, sospechaba. Serían las mismas de todos los años.

Valentín suspiró. Al echar a andar hacia la entrada de la casa detrás del otro, volvió a levantar la vista hacia el piso de arriba y vio que la ventana estaba otra vez cerrada.

III

Andrés se miró en el espejo y se pasó la mano por el pelo, volviéndoselo a peinar con las puntas de los dedos. De frente, de perfil, otra vez de frente.

—Te vas a desgastar de tanto mirarte.

La voz de Héctor lo sobresaltó. Al levantar los ojos, Andrés se encontró con los suyos en el espejo. Y con esa media sonrisa torcida que ponía a veces, cuando no le salían las cosas como quería. ¿Qué le habría pasado? Él apartó la mirada rápidamente.

—¿A quién quieres impresionar?

Otra vez ese tono. Y, ahora sí, la sensación familiar en la boca del estómago, una mezcla de vergüenza y desazón que le quemó la garganta y le ardió en la cara. Puede que se pusiera rojo. Molesto consigo mismo, Andrés apretó los dientes y, sin darse la vuelta, terminó de abrocharse los botones de la camisa. A su espalda, oyó a Héctor resoplar de impaciencia pero, decidido a no hacerle caso, se centró en el lazo de la pajarita. Cuando tuvo el nudo hecho, volvió a mirarse un instante en el espejo. Con un suspiro, se dio la vuelta y vio que Héctor estaba apoyado en el umbral de la puerta, ya vestido, con una botella en una mano y dos vasos en la otra.

—Qué pronto empiezas tú a celebrar, ¿no?

Él se encogió de hombros y sirvió dos copas.

—Algo hay que hacer —dijo alargándole uno de los vasos para después plantarse frente al ventilador con los ojos cerrados.

Andrés lo miró un momento y bebió un sorbo.

Cuando se apartó del ventilador, Héctor levantó el vaso que tenía en la mano y, haciéndole un brindis al aire, se lo bebió de un trago. Con un gesto de aburrimiento, se sentó en la cama y, después de volver a llenar su vaso, dejó la botella en el suelo.

Andrés, sin decir nada, posó el suyo en el aparador para abrocharse los puños de la camisa.

En el jardín, los pájaros.

—¿Qué?

—Que si sabes qué mosca le ha picado a tu hermana —repitió Héctor con tono exasperado.

Él lo miró con aire sorprendido y negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—No sé. Está rara.

Más raro estás tú, pensó Andrés, pero no lo dijo en voz alta. Encogiéndose de hombros, cogió la chaqueta colgada en el galán y se la puso. Héctor lo miró como si fuera a decir algo más, pero no.

Él se acercó al aparador y terminó su copa de un trago.

—¿Bajamos?

—En el salón pequeño —dijo José, contestando a la pregunta de Andrés antes de que se la hiciera.

—¿A quién han mandado?

Andrés suspiró al oír el nombre del cronista.

—Al fotógrafo no lo he reconocido. Es joven.

—Será nuevo.

Era nuevo.

—Llámeme Andrés —le dijo alargándole la mano.

—Andrés —repitió él sin hacer caso a la mirada de reproche que le lanzó Aranda—. Valentín Fernández —dijo y, al acercarse a estrecharle la mano, se dio cuenta de que era el mismo joven descamisado que había visto antes en la ventana. Aunque ahora

parecía otro, con el pelo tan peinado y ese aire como de que le apretaban los zapatos.

—Ya siento haberles hecho esperar —dijo antes de soltarle la mano.

—No se preocupe, don Andrés —entró Aranda, engolando la voz—. Faltaría más.

Él lo miró de reojo.

—Si le parece —siguió Aranda—, antes de ponernos con los retratos querría hacerle algunas preguntas…

Andrés se forzó a sonreír y se volvió hacia él.

—Naturalmente —dijo señalando el sofá.

Cuando hablaba con ciertas gentes, había observado Valentín, a Aranda se le ponía la boca blanda y la expresión boba.

Mientras Andrés respondía a las preguntas con tono resignado pero amable, él se acercó a la ventana.

Antes no se había dado cuenta de lo grande que era el jardín ni de que, más allá de los cerezos y del invernadero, que apenas se vislumbraba tras los árboles del fondo, el muro continuaba hasta tocar el pie del monte.

—Puedes ir yendo tú a hacer las fotografías mientras esperamos a que bajen —le había dicho Aranda abanicándose con el sombrero, en cuanto la puerta del salón se cerró tras ellos—. Así no perdemos tiempo luego —añadió a la vez que se acercaba a curiosear los retratos del piano.

Y él, que no había llegado a guardar la cámara, dejó la chaqueta colgada en el respaldo de una silla y marchó al jardín. No te olvides del comedor, le oyó decir a Aranda al salir.

El comedor tenía la mesa puesta y las lámparas encendidas. Él tomó un par de fotografías desde la puerta acristalada y, sin llegar a entrar, observó un momento los cuadros que colgaban de las paredes, los lagrimones de cristal de las arañas, los jarrones vieneses. En la mesa, candelabros plateados y centros de zarzas y rosas silvestres. Se

marchitarán pronto, se dijo como si le pesara, y casi sin querer, como le pasaba aún algunas veces, pensó en las desangeladas mesas del Hotel Taitu y sus flores de tela. Quiso apartar el recuerdo y disparó un par de veces más, enfocando la hilera de botellas y la cubitera, en la que faltaba el hielo. Amico, les decía al saludarlos el camarero del hotel, que recibía cada tarde a los corresponsales europeos con las novedades que se oían en las calles y también, de vez en cuando, con algunas historias de su cosecha. El ras Biru está a punto de entrar con sus tropas en Makallé, les decía; el aeropuerto ardía desde hacía dos días; el Negus se iba; el Negus no se iba; Sassabaneh resistía a los ataques; los perros italianos habían vuelto a bombardear las ambulancias de la Cruz Roja; los señores del desierto esperaban la llegada inminente del coronel Lawrence… ¿El coronel Lawrence? Oui, respondía él sin cambiar el gesto, Lawrence d'Arabie, bien sûr…, porque, por mucho que le dijeran ellos, nunca dejó de confiar en los rumores que se empeñaban en resucitar al coronel Lawrence. C'est vrai, monsieur Valentín, viene a ayudarnos, dicen que lo han visto en Harar, le contaba, dicen que lo han visto en Dessié… Imposible convencerlo de que Lawrence había muerto en Inglaterra la primavera anterior.

—En un accidente de moto —le decía Valentín. Seguro que más de uno respiró tranquilo al enterarse de que se había abierto la cabeza contra la carretera. Eso no se lo dijo.

—Yo estuve en el funeral —aseguraba con desgana el corresponsal de Paris Soir vaciando de un trago su segundo güisqui.

—Pronto se cumplirá el año —insistía Valentín.

Pero él meneaba la cabeza.

—Hay hombres que se mueren muchas veces, monsieur Valentín —decía encogiéndose de hombros al volver a la barra.

Puede que tuviera razón. La última vez que lo vio en su bar fue al poco de caer el monte Tarmadur, unos días antes de que se supiera que el emperador se había marchado de la capital. Ahora que habían llegado los italianos, ¿seguirían esperando al coronel Lawrence en el desierto de Ogaden?

Al oír un carraspeo a su espalda, se dio la vuelta sobresaltado.

—Con permiso.

Él asintió y se apartó para dejar pasar a los dos camareros que volvían

al comedor para ocupar sus puestos. Valentín entró tras ellos.

—¿Les importa? —preguntó.

Ellos se miraron y se encogieron de hombros.

—¿Nos vamos a hacer famosos? —preguntó con guasa uno de ellos al colocarse muy tieso junto a la mesa, estirándose las mangas de la camisa.

—Sáquenos guapos —dijo el otro.

Él sonrió.

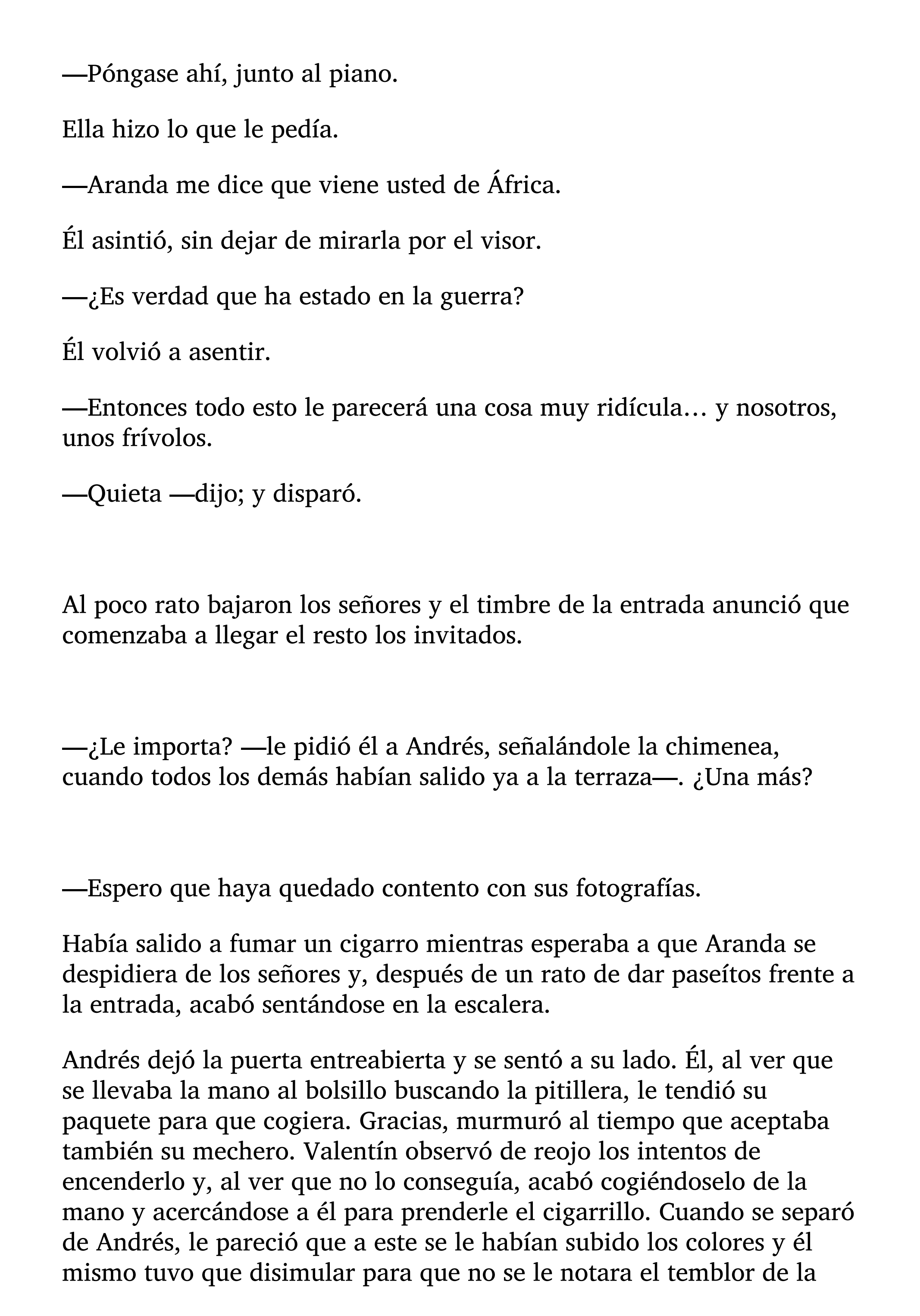
La casa, desde los árboles, se dijo al volver al jardín, contemplando un momento la callada solidez de los castaños, alborotada esa tarde por las hileras de bombillas, por el brillo metálico de la campana del gramófono y el blanco de los manteles. Desde donde estaba, distinguió también los corritos de sillas y el tresillo de mimbre, la silueta de otro camarero, que fumaba a escondidas, medio oculto tras el tronco de uno de los castaños pensando que nadie lo veía.

Ni un soplo de aire, se dijo él con un suspiro, y se quitó la chaqueta; después buscó en el bolsillo del pantalón y, mientras buscaba el pañuelo, recorrió otra vez con la mirada el césped cuidadísimo, el deliberado desorden de las flores, la aparente anarquía de los árboles, que también parecían crecer cada uno a su aire. Allí tenía una buena vista del jardín. Vigilando la luz, que empezaba a cambiar, hizo un par de fotografías más. Ya iba a marchar hacia los castaños cuando vio aparecer por el costado de la casa a una muchacha vestida de uniforme que avanzaba con prisa camino del invernadero, como si se hubiese olvidado de algo. Él, sin moverse, la observó alejarse a través del visor de cámara.

Casi sin darse cuenta, se aflojó un poco la corbata y enseguida echó a andar hacia los castaños.

Las señoritas Teresa y Adelina quisieron salir juntas en el retrato.

Son las sobrinas de los señores, apuntaba Aranda en voz baja. Ahora, uno con su primo, pidió después. Otro de los dos hermanos, dijo cuando entró la señorita Vera. Y uno de la señorita, por supuesto.


La señorita, pensó Valentín nada más verla, estaba a otra cosa.

—Póngase ahí, junto al piano.

Ella hizo lo que le pedía.

—Aranda me dice que viene usted de África.

Él asintió, sin dejar de mirarla por el visor.

—¿Es verdad que ha estado en la guerra?

Él volvió a asentir.

—Entonces todo esto le parecerá una cosa muy ridícula… y nosotros, unos frívolos.

—Quieta —dijo; y disparó.

Al poco rato bajaron los señores y el timbre de la entrada anunció que comenzaba a llegar el resto los invitados.

—¿Le importa? —le pidió él a Andrés, señalándole la chimenea, cuando todos los demás habían salido ya a la terraza—. ¿Una más?

—Espero que haya quedado contento con sus fotografías.

Había salido a fumar un cigarro mientras esperaba a que Aranda se despidiera de los señores y, después de un rato de dar paseítos frente a la entrada, acabó sentándose en la escalera.

Andrés dejó la puerta entreabierta y se sentó a su lado. Él, al ver que se llevaba la mano al bolsillo buscando la pitillera, le tendió su paquete para que cogiera. Gracias, murmuró al tiempo que aceptaba también su mechero. Valentín observó de reojo los intentos de encenderlo y, al ver que no lo conseguía, acabó cogiéndoselo de la mano y acercándose a él para prenderle el cigarrillo. Cuando se separó de Andrés, le pareció que a este se le habían subido los colores y él mismo tuvo que disimular para que no se le notara el temblor de la

mano.

—Entonces —preguntó Andrés tras un carraspeo—, ¿contento?

—Sí —respondió él guardando el mechero, aún sorprendido por aquella zozobra suya—. Contento.

Recordó las fotografías de la ventana. Y las manos del jardinero. Y a la muchacha a la que había retratado cuando volvía del invernadero con una rosa blanca que luego había visto él en el ojal de uno de los invitados.

—¿No se cansa la gente de leer siempre las mismas historias y ver las mismas caras en los periódicos?

Él se encogió de hombros sin decir ni que sí ni que no. Andrés lo miró y, envalentonado por aquel silencio con el que le pareció que le daba la razón, dijo:

—Esto no es lo suyo

—¿Tanto se me nota?

Ahora el que se encogió de hombros fue Andrés y él sonrió mirándose los zapatos. Fumaron en silencio un rato. Cuando le quedaba poco para terminar el cigarrillo, se decidió:

—De las fotografías que he hecho hoy, las mejores no van a salir en el periódico.

Andrés lo miró intrigado.

El fotógrafo apagó el cigarrillo, sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio.

—Si un día de estos le pilla de paso, venga a verme y se las enseño.

A sus espaldas, oyeron abrirse la puerta y vieron aparecer a Aranda, con su libreta asomando en el bolsillo y una sonrisa satisfecha.

—Don Andrés —dijo alargándole la mano para despedirse, casi con una reverencia—, espero que disfruten mucho de la fiesta y…

—Sí. Muchas gracias —cortó este al tiempo que apagaba su cigarro en la escalera y, para sorpresa de Aranda, aprovechaba la mano que le tendía para coger impulso y levantarse—. Buenas noches.

Aranda, aún con cara de asombro, le lanzó una mirada desconcertada

a Valentín, que se aguantó la risa y se levantó también. Con aire inocente, se puso el sombrero y le alargó la mano a Andrés para despedirse.

—Mi teléfono lo tiene en la tarjeta —dijo como si nada.

Andrés le estrechó la mano asintiendo muy serio y, al soltársela, esbozó una sonrisa que solo vio él. Después, con una inclinación de cabeza, volvió adentro.

IV

Después de la cena, el baile.

En la cocina, Doro, que aún no se había sentado ni un momento, se acercó a retirar de la pared la hoja del menú; con un suspiro, la dobló y se la guardó en el bolsillo del delantal. Ya solo queda una, se dijo pensando en la comida del día siguiente. Sole y María secaban con paños las copas de cristal, colocándolas con cuidado sobre el mantel que habían extendido en la mesa. Junto a la fregadera se apilaban los últimos platos y las cucharillas, las tazas del café, los delicados platitos de postre que se frotaban con una esponja especial para que no se les borraran las flores que tenían pintadas. Apartándose el pelo de la cara con el dorso de la mano, Pilar miró un segundo lo que quedaba por fregar. Enseguida volvió a hundir la mano en el balde para pescar el jabón que se le había caído al tiempo que se inclinaba un poco hacia la ventana abierta, buscando el alivio de la brisa que venía del jardín.

Por fin había refrescado y el vientecillo que entraba ahora empezaba a aplacar en algo el calor que se había asentado en la cocina desde el mediodía, apelmazando el aire como un aliento espeso y sofocado y obligando a Doro a repetir dos veces la holandesa y a mover a la despensa la bandeja de hojaldres por miedo a que se echara a perder la crema.

Con el fresco, también les llegaba a la cocina el murmullo de las conversaciones de los invitados que se habían quedado en la terraza. Y el eco lejano de la música que sonaba en el jardín. ¿No faltan los músicos?, había preguntado Pilar esa tarde, extrañada al ver que no llegaban ni les dejaban donde los árboles un sitio para colocarse. Cosas del señor, le había dicho Sole en voz baja, vigilando que Doro no la oyera, mientras doblaba servilletas para sacar a las mesas de fuera. Al poco, cuando aparecieron Damián y José en el jardín y Pilar los vio por la ventana, cargando con el mueble del gramófono, volvió a pensar que era raro que no hubiera allí una banda como Dios manda para tocar en el baile, pero no dijo nada.

De vez en cuando, Sole se acercaba a la ventana sin dejar de frotar la copa que llevara en la mano y remoloneaba un poco junto al fregadero

por ver también ella las cosas que pasaban fuera.

Con el aire, temblaban los farolillos en sus cordeles.

Como en la verbena del Santo, se decía Pilar, que había contemplado encantada cómo los fueron encendiendo entre Sole y Fidela para que los invitados se encontraran con la sorpresa al salir a la terraza. En la cocina también habían brindado ellos por el cumpleaños con una botella de vino dulce que trajo José después de la cena. De parte del señor, les había dicho, para que brindemos a su salud. A Pilar le dejó Doro mojarse los labios, por ser día de fiesta.

—A la señora, un chorrito más —le dijo Ernesto entre dientes al mozo del pelo rizado. Leo, le había dicho a Fidela que se llamaba. De Leopoldo.

El mozo, que aún tenía la botella en la mano, miró la copa y luego, de reojo, otra vez a Ernesto. Sin decir nada, volvió a inclinar la botella hasta que la copa estuvo más que mediada y el otro dio su aprobación con un movimiento de la cabeza. Está un poco verde, le había advertido el encargado cuando Ernesto le preguntó por el nuevo, pero se las entiende. Y tiene buena planta.

Leo. De Leopoldo. Pero él decía Leo porque Leopoldo le parecía nombre de viejo.

En el hotel, cuando lo llamaban, tenía el turno de los almuerzos.

Te acercas al cliente por la derecha y dejas el plato sin chocarlo con la mesa. Esto no es lo mismo que servir sol y sombra en un café cualquiera. No, señor. Ese cuello lo llevas muy desgastado, lo cambias. Sí, señor. No se te ocurra llegar tarde. No. El encargado del comedor pasaba revista cada día a los camareros como si fueran a salir en un desfile. La bandeja con una mano. Sí, señor. Y las uñas, bien limpias. Esto no es lo mismo que despachar bacalao detrás de un mostrador. No, señor. Al encargado del comedor le parecía que como su hotel no había ninguna cosa en el mundo. Hasta había estado el rey. El que había antes. Al encargado le gustaba contarlo. El rey, decía. Su majestad, decía cuando lo contaba. El encargado se engominaba el pelo antes de cada turno y se sabía todas las maneras de nombrar a las gentes, por si acaso. Al obispo, su reverencia; al alcalde, su ilustrísima, al coronel, mi coronel. A él, Martínez. O Leo, porque Leopoldo era

muy largo y no era nombre de camarero.

Tú, en la terraza, conmigo y con Anselmo, le había dicho Ernesto esa tarde, cuando ya estaba todo preparado. Y a Felipe, que tenía más costumbre, lo mandó al jardín, a lidiar con los señoritos.

Con aire resuelto, decidido a hacer méritos para que a Ernesto se le olvidara cuanto antes el mantel roto, Leo dejó la botella en la mesa, se estiró las mangas de la camisa y puso en la bandeja la copa para llevársela a doña Evelina.

—Vaya camareros guapos que han traído este año —había dicho Sole mientras cenaban a todo correr.

—¿Pero tú no tienes novio? —había saltado Remedios.

—Sí. Pero qué tendrá que ver. Ojos también tengo.

Y Fidela se había echado a reír porque a veces Sole decía cosas que eran verdad.

—… lo que se va oyendo…

—… cada vez peor…

En la terraza, los invitados se habían ido acomodando a su aire en pequeños grupitos, los hombres por un lado, las mujeres por otro, y como le tocaba a él ir de unos a otros con su bandeja, iba hilando casi sin querer las conversaciones que se oían por donde pasaba.

—… muy descocada…

—… ha salido a la madre…

—… a quién se le ocurre presentarse vestida así…

Un digestivo, un licor de moras, una copita de limoncello. La señora del vestido amarillo lo miró de arriba abajo cuando se acercó con las copas y a él hasta se le subieron los colores.

—… ahora lo que se lleva es el veraneo en Biarritz o en Estoril…

—… San Sebastián ya no es lo que era…

—… eso es porque se está llenando de tenderos y oficinistas…

A la mujer del ingeniero se le iban los pies. Tiene ganas de bailar, se dijo Leo. Aunque disimulaba para que no se lo notase doña Evelina.

—… desde que le pasó lo del hijo no levanta cabeza…

—… pobre…

—… a peor no puede ir…

Un coñac, un güisqui sin hielo, una copa de champán. El señor, por su estómago delicado, agua de Seltz con una rodaja de limón.

—… alguien tendrá que poner orden…

—… mano dura, es lo que digo yo, mano dura…

—… eso es lo único que entienden estos…

—… yo ya he liquidado algunas cuentas, por si acaso…

—… hay que estar prevenido…

Al alejarse un poco para recoger los vasos que se habían quedado en una de las mesas, Leo se dio cuenta de que la señora Alicia se separaba de su cuñada y de la ingeniera y se acercaba a la balaustrada, intrigada por el gesto grave de su marido. Cuando estuvo a su lado, lo cogió del brazo.

—Menudas caras largas se les están poniendo… —la oyó decir. También le llegó el aire de reproche con que añadió, medio en broma, medio en serio—: Esto es una celebración, querido.

—Tienes razón, Alicia —dijo él dándole unos golpecitos en la mano—. Nos hemos puesto muy serios.

—Un brindis —dijo la señora Alicia levantando su copa y lanzó una mirada a Ernesto, que tenía ojos para todo. Este asintió desde lejos e, inmediatamente, mandó a Anselmo para allá con una bandeja de copas de champán.

Se cruzó con Leo, que volvía ya a su sitio con cuidado de que no se le cayera nada.

—… y a ella le parecerá tan bien…

—… muy descocada…

—… exageradísima…

—Joven, tráigame otra copita de anís.

—Sí, señora.

—… en cambio, está guapísima y eso que no vale mucho…

—… no hay veinte años feos…

El que mejor baila es el señorito Antonio, dijo Sole con los ojos puestos otra vez en el jardín, da gusto verlo.

Del hotel conocía Leo a algunos. De las cenas. De las fiestas que se daban en el casino. O de verlos en las revistas que se compraba su hermana. A la señorita Mercedes, que la sacaban mucho por deportista. Y al señorito Latorre, que lo sacaban por marqués. En los retratos parecía más alto. Tú fíjate bien en todo, Leo, le había dicho su hermana, y luego me lo cuentas.

El baile era cosa de los jóvenes, claro.

La señorita Teresa, de verde mar, había dicho Sole esa tarde, en una de sus idas y venidas. Y la señorita Adelina, estampado de flores. Y la señorita Vera, de azul, con plumas en los hombros. Y ahora, desde la cocina, se veían donde los castaños el verde mar y las flores, y las plumas de marabú, y el rosa y el coral…, y con el baile, todos los colores se confundían en uno y parecían flotar entre los árboles con la ligereza del aire.

Faltaba poco para las doce cuando José entró a avisar a Sole y a Fidela.

—¿Te quedas tú en la terraza? —preguntó Sole al salir de la cocina.

Fidela asintió.

En el aparador del pasillo estaban preparadas las bandejas con las plumas y los papeles de escribir. Uno para cada uno, les había explicado el día anterior la señorita Vera, que era quien había tenido la idea de los deseos. Y cuando estén todos escritos, se queman, había dicho mientras recortaba en cuatro unas cuartillas de papel perfumado de las que tenía ella para escribir cartas. Por ser la noche de San Juan. Sole y Fidela se guardaron en el bolsillo un encendedor por si acaso y salieron cada una con su bandeja; una, a la terraza; la otra, adonde los castaños.

Mientras María iba llevando las copas secas al aparador del cristal, Doro, en la despensa, repasaba otra vez que tenía todo lo que necesitaba para los menús del día siguiente.

Pilar, que se caía de sueño, ya había terminado de fregar los platos y ahora frotaba con brío sartenes y cazuelas.

—¿Puedo pedir uno yo también?

Sole, que acababa de repartir las plumas a los invitados del jardín miró de reojo al camarero y se encogió de hombros.

—No me hace falta escribirlo.

—¿Y qué quiere pedir?

—Una novia tan guapa como usted.

Al quemarlos, los papelitos con los deseos se retorcían en la bandeja y, dependiendo del color, dejaban en el aire olor a vainilla o a lavanda. Tras el aplauso y el brindis en la terraza, José aguardó un momento, muy tieso, con la bandeja en las manos y, cuando le pareció, la tapó con un cubreplatos de metal para que no hiciera más humo y se la devolvió a Fidela para que la entrara a la cocina y tirara las cenizas a la basura.

Ella, que la llamaran más días para trabajar en la casa. Eso, Pilar, si hubiera tenido ella un papelito para escribir.

Enseguida volvió Sole, que venía con una sonrisa en la boca aunque no quiso decir por qué. Además de las cenizas, traía en su bandeja los restos chamuscados de un farolillo chino que se había soltado de su cuerda y, casi antes de tocar el suelo, había ardido con un fogonazo naranja, igual que los deseos.

En cuanto vio que terminaba con las cazuelas, Doro, que la noche de la fiesta siempre era la última en irse de la cocina, mandó a Pilar a la cama.

Escondiendo un bostezo lo mejor que pudo, Leo se acercó a la balaustrada a recoger las copas vacías.

El señor se marcha siempre el primero, le había contado Felipe, aunque sea su cumpleaños. Pero la que reparte la propina es la señora, había dicho guiñándole un ojo. Tras despedirse de los últimos invitados que quedaban en la terraza, la señora Alicia se acercó a hablar con Ernesto y después llamó a Sole para que, cuando terminaran de recoger, se acordara de ofrecer a los camareros el tentempié que les tenían preparado en la cocina.

En el jardín, la música.

Lento-rápido-rápido-lento, lento-rápido-rápido-lento.

Cuicstep, murmuró Fidela, oculta por las ramas de los lilandis, y sonrió para sí al ver que los hijos gemelos del doctor Medina habían dejado de echar a suertes el bailar con la señorita Mercedes. Mejor para ella, se dijo Fidela.

En el jardín quedaban también las primas de Santander, esas cursis, y el señorito Jonás, tan callado, y la hija de los Duperier, claro, muy guapa, y el señorito Miguel, que hablaba y hablaba y ni se había dado cuenta de que hacía ya mucho rato que el señorito Andrés apenas prestaba atención a lo que decía.

Más tumbado que sentado en uno de los sillones de mimbre, el señorito Andrés, muy serio, bebía sin vaso de una botella de champán que tenía en la mano y miraba a su hermana bailar con su amigo Héctor.

A su hermana, no, se dijo Fidela, lo mira a él.

Oculta por las ramas tupidísimas de los lilandis, Fidela también lo miraba.

Para los camareros, un refrigerio; así llamaba la señora a los platos que les había puesto Doro. Queso y aceitunas, peladillas y cacahuetes. Algo de salchichón. Algo de pan. Y un par de porrones de vino.

Cuando volvió de cerrar la verja, Damián entró en la cocina preguntando por Fidela.

Sole, que acababa de recoger la mesa, se encogió de hombros.

—La señorita ya le ha dado fiesta —dijo—. Habrá salido a tomar el aire.

Lento-lento, rápido-rápido, lento-lento, rápido-rápido. El señorito Jonás, que no se había atrevido a separarse del gramófono en toda la noche, eligió un foxtrot y, por una vez, se dejó convencer para bailarlo.

Fidela lo vio levantarse con aire atribulado y coger a la señorita Teresa por la cintura. Lento-lento, rápido-rápido, lento-lento, rápido-rápido.

Cuando acabó el baile, Vera le dijo algo al señorito Héctor con gesto serio y se separó de él.

No será que es verdad lo que dice la gente, ¿no? ¡¿No será que prefieres al maestro ese que va por ahí haciendo discursos y removiendo el aire?!

Lo que no había oído Fidela esa tarde fue lo que respondió la señorita Vera.

Pero sí al señorito Héctor, que era el que más gritaba. De él no se reía nadie, había dicho hecho una furia, ¡nadie!, antes de salir como una tromba del salón, tan enfadado que pasó a su lado sin verla. Si lo llega a contar Sole, la hubieran llamado exagerada. No seas novelera, le habría dicho Doro, porque ya se sabía que a Sole le gustaba adornar las cosas cuando las contaba. Pero había sido ella la que lo había oído, esa misma tarde, y la que lo había visto a él salir todo arbolado del salón justo cuando iba a llamar a la puerta para decirle a la señorita que ya era hora de que subiera a vestirse. ¡De mí no se ríe nadie!, gritó el señorito Héctor, y el portazo hizo temblar la puerta y a ella también, del susto.

Al entrar en el salón, Fidela se había encontrado un libro tirado en el suelo y a Vera mirando por la ventana con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—Tú eres mucho más guapa.

Al darse la vuelta, Fidela se encontró con que tenía a su lado a Damián.

En su cuarto, Remedios, que ya se había puesto el camisón, volvió a asomarse a la ventana antes de irse a dormir. Aún quedaban algunos en el jardín. Pero son los de la casa, se dijo. Menos el señorito Jonás.

El señorito Jonás bailaba con la señorita Teresa, y la hija de los Duperier, con el señorito Héctor. Remedios torció el gesto. Esta es de las que van a la fuente sin que falte el agua en casa, se dijo meneando la cabeza y hasta se puso un poco colorada. Al señorito Andrés no lo veía desde allí. No andaría lejos.

Hoy, el cumpleaños del señor, acaba de apuntar en su libreta.

Con cuidado de no asustarla, María tocó en el hombro a Pilar para que le hiciera sitio. Ella se movió hacia la pared, quejándose un poco al encontrarse con las sábanas frías pero sin despertarse del todo. Con un suspiro de cansancio, María se metió en la cama. Sole, que ya se había

acostado, murmuró desde la otra cama:

—En San Juan, por la mañana, las ventanas enramadas.

—Otro año será —contestó María en voz baja, arrebujándose bajo la sábana, y enseguida se durmió.

Para los invitados del señorito y la señorita, el chocolate. Porque el trasnochar daba hambre y el bailar, más. Lo hacía Doro antes de irse a la cama y lo dejaba sobre la chapa para que aguantara caliente.

Después de cerrar las ventanas y cubrir con un paño la bandeja de bizcochos que había dejado sobre la mesa, Doro se quitó el delantal y apagó la luz de la cocina.

—Yo me voy a la cama, que estoy cansado.

—Pero, hombre, no seas aburrido.

Andrés soltó un resoplido.

Héctor lo miró de reojo, levantó los ojos al cielo, y, desabrochándose el pantalón, se puso a mear contra el tronco del tilo en el que estaba apoyado él.

—Últimamente estás hecho un aguafiestas —murmuró.

Con cara de fastidio, Andrés se separó del árbol y le dio la espalda.

Hacía ya rato que les había dicho a los camareros que podían marcharse y hasta le había pedido a Damián que fuera a cerrar la verja de la entrada. En la terraza ya no quedaba nadie, pero parecía que en el jardín no se cansaban de bailar. Menos Miguel, que se había quedado dormido con la copa en la mano. Habrá que mandarlo a la cama, había pensado él mirándolo de reojo, pero en lugar de despertarlo, se había levantado y, encendiendo un cigarrillo, se había apartado un poco de la música. Acababa de apagar el cigarro en el tronco del árbol cuando Héctor se plantó a su lado junto al tilo.

—Un aguafiestas —lo oyó repetir ahora, a su espalda.

Con un suspiro, recordó que aún llevaba la botella de champán en la mano y se la llevó a la boca. Vacía. Sin saber qué hacer con ella,

pensando en soltarla allí mismo, miró a su alrededor con aire desamparado y el mareo lo pilló desprevenido; el vuelco en el estómago, la sensación de que le faltaba el suelo. Me voy a romper la crisma, se dijo, y se quedó quieto un momento para no caerse, clavando los pies en el césped y la vista en los castaños.

Mercedes y Laurita seguían bailando, ahora ellas dos solas, y lo que se contaban la una a la otra las hacía reírse a carcajadas. A Teresa no la vio. A lo mejor se ha marchado ya, se dijo. Aunque también faltaba Jonás. Qué pájaros. Vera, que estaba sentada en uno de los veladores, se levantó, lanzó una mirada a Laurita y a Mercedes, se sirvió una copa de champán y se alejó del baile. Él la vio detenerse un momento junto a Miguel para echarle una chaqueta por encima y, al cabo de un momento, vio el vuelo de su vestido azul desaparecer entre los árboles, en dirección al invernadero.

Enseguida oyó otra vez los pasos de Héctor, que avanzaba hacia él terminando de abrocharse el pantalón.

—Antes eras más divertido… —venía diciendo—. ¿Por qué no bailas un poco?

—No tengo ganas. Ya bailas tú por los dos.

Héctor soltó una risita.

—¿Qué pasa? ¿Es que estás celoso?

A Andrés le pareció que le faltaba el aire.

—¿Qué?

Le pareció que le faltaba el aire. Y que le sobraba al mismo tiempo. Y que se le iba a salir el corazón por la boca. Pero, al darse la vuelta, compuso la cara para mirar a Héctor como si nada, como si no le hubiera oído bien. ¿Qué? Como si la pregunta hubiese sido otra.

—¿Qué creías? ¿Que no me había dado cuenta?

—No digas bobadas, Héctor. Estás borracho.

—Y tú.

—Anda, vamos…

Como si aquello fuera una salida de Héctor. Una broma a la que se podía no hacer caso, como otras cosas que decía. Una ocurrencia de la

que uno se podía reír, aunque ahora no le saliera la risa.

Al ver que el otro no se movía, él chasqueó la lengua y avanzó unos pasos más hacia los castaños.

—No te preocupes, hombre, que yo no se lo voy a decir a nadie —oyó a su espalda, seguido por una risita.

Con el corazón acelerado, Andrés volvió a frenar en seco. Cuando se dio la vuelta, tenía a Héctor tan cerca que se sobresaltó. Y más cuando este lo cogió del brazo, clavándole los dedos en el codo.

—Héctor…

—Solo faltaba —siguió—. Y menos ahora que vamos a ser cuñados, Andresito. Menudo escándalo sería, ¿no te parece?

A él le pareció que otra vez le faltaba el aire. Volvió a mirarlo con los ojos muy abiertos y, ahora sí, quiso decir algo, pero no encontró las palabras, así que apretó los dientes, estrujando con el puño crispado el cuello de la botella y, como Héctor seguía teniéndolo agarrado del brazo, dio un tirón para apartarse de él de una vez.

Perdió el equilibrio al soltarse. O puede que al retroceder trastabillara y tropezara con sus propios pies y por eso el susto, y dejar escapar sin querer la botella, y que se estrellara contra una piedra, llenándolo todo de cristales. Él, en el suelo, notó que le ardía la cara de vergüenza pero no se dio cuenta de que se había cortado hasta que, al ir a ponerse de pie, vio la sangre en la manga de la camisa.

Héctor lo miraba con una mezcla de lástima e impaciencia y extendió una mano para ayudarlo a levantarse. Pero él se la apartó de un manotazo.

—Déjame en paz.

Héctor se encogió de hombros y se dio la vuelta. Con parsimonia, sacó la pitillera del bolsillo, encendió un cigarro y, sin volverse a mirarlo, echó a andar.

V



Fidela se separó de Damián con el cuerpo agitado.

—¿Has oído eso?

Damián la miró desconcertado y al principio no entendió.

—¿No has oído un ruido?

—Tú eres mucho más guapa.

Al darse la vuelta, Fidela, que llevaba un rato observando a los invitados oculta por las ramas de los lilandis, se había encontrado con que tenía allí a Damián.

—¿Qué haces tú aquí?

—Buscarte.

Ella pensó que venía con algún encargo de la señora.

—Pues ya me has encontrado —dijo, y casi sin darse cuenta se estiró la falda con las manos, como si llevara puesto el uniforme, y se ordenó el pelo.

Sí que me ha durado el descanso…, pensó con un suspiro.

Pero resultó que Damián no le traía tareas. En lugar de darse la vuelta para ir con ella hacia la casa o decirle que la señora necesitaba esto o lo otro, avanzó un paso para ponerse a su lado, la miró un momento y abrió la boca para hablar. Pero no dijo nada. Se quedó allí quieto y muy serio, con las manos a la espalda. Fidela lo miró extrañada.

—¿Por qué me miras así?

—Porque es verdad que estás muy guapa. Si durmieras en la casa de tu madre, hoy iría con los mozos a enramarte la ventana con flores y enredaderas y me pasaría toda la noche rondándote hasta que bajaras a hablarme.

Fidela notó que se ponía colorada como un tomate y, para no mirarlo a él, volvió otra vez los ojos hacia los castaños. Seguía faltando el señorito Andrés. El señorito Héctor, que se había ido con él, había vuelto solo al poco rato, y ahora bailaba con la señorita Teresa. A Vera tampoco la veía. Del resto de los invitados, ya solo quedaban en el jardín la señorita Mercedes y el señorito Miguel, que no se había movido del sillón desde hacía rato.

Cuando le pareció que se le habían bajado los colores, Fidela se atrevió a mirar otra vez a Damián. Él, que no había apartado los ojos de ella, se le acercó un poco más y preguntó: ¿Quieres bailar?

Ella miró a su alrededor sin saber qué decir. Damián se encogió de hombros.

—Aquí no nos ve nadie.

Fidela lo pensó un momento y finalmente sonrió.

—¿No has oído un ruido?

Damián levantó la vista confundido y tardó un momento en comprender, porque también él tenía el cuerpo agitado y la respiración entrecortada y lo único que quería era que volviera ella a ocupar el hueco que había dejado en el aire al separarse de él.

—¿Un ruido? —preguntó en voz baja, todavía con aire desconcertado.

Ella asintió varias veces y él, alarmado por el gesto tan serio, volvió a mirar a su alrededor, ahora más atento, pero aún sin saber de dónde podía venir ruido ninguno si en la casa todas las luces estaban apagadas y no se veía ni un alma en el jardín y donde los castaños tampoco quedaba ya nadie… Hasta el señorito Miguel, que a última hora había echado una cabezada despatarrado en el sillón de mimbre, se había ido ya a la cama. Hacía un rato lo habían visto marchar con la pajarita en una mano y una botella en la otra. Quedaba el disco que seguía girando en el gramófono, ahora ya sin música. Y, en las mesas, ceniceros llenos y botellas vacías, una estola de piel abandonada en el respaldo de una silla, la chaqueta del señorito Miguel tirada en el suelo…

—¿Un ruido de qué? —repitió Damián sin levantar la voz, mirando otra vez a Fidela.

—No sé, como un grito.

—¿No será que te ha parecido?

Ella dijo que no con la cabeza, se abrochó el último botón de la blusa y echó a andar hacia el invernadero.

Su primer pensamiento fue darse la vuelta.

Vámonos, se dijo al distinguir entre los árboles dos figuras que parecían una sola.

Allí no llegaba la luz de las bombillas ni la de los cuatro farolillos que aún quedaban encendidos donde los castaños, pero solo con la luz que daba la luna se sabía que eran ellos.

Vámonos, Damián, pensó Fidela al verlos así. Él, de espaldas, con la chaqueta quitada y el pelo revuelto; ella, apoyada en el tronco del magnolio. No se le veía la cara, porque la tapaba él, pero el vestido era el vestido azul de la señorita Vera, que tenía los hombros al aire y llegaba hasta los pies, aunque ahora lo tuviera así, arremangado en la cadera, arrugado de mala manera contra los muslos.

Vámonos, pensó, y notó que le subían los colores y hasta alargó la mano buscando la manga de Damián para tirar de él y que se moviera, porque también se había quedado él clavado en el suelo y ella no quería que los viera nadie allí, en lo oscuro, a los dos solos y tan tarde.

Vámonos.

Pero no llegó a decirlo en voz alta porque de repente se dio cuenta de que a la señorita le faltaba un zapato.

Por eso volvió a mirar Fidela. Por el zapato que faltaba.

Y entonces fue cuando vio las flores pisoteadas en la hierba, las flores que le había puesto ella a Vera en el pelo esa tarde. Y, entre el revuelo de seda azul y plumas, también vio las medias rotas y el raspón que le sangraba en la rodilla. Y vio que aunque quisiera volver a gritar la señorita, ahora ya no podía, porque le estaba él tapando la boca con la mano.

Y fue como si el peso de él, que tenía a Vera aplastada contra el árbol sin dejarla moverse ni respirar, cayera también de golpe sobre Fidela y

también a ella le robara el aire. Y también a ella la aplastara, acorralándola en una esquina, en lo más oscuro del pasillo, el aliento apestando a coñac, vaya mujer que estás hecha, las manos en todas partes, desabrochando botones, rasgándole una manga del uniforme, arañando y golpeando ciego al buscar paso bajo su falda y su combinación.

—Vera… —murmuró con un hilo de voz, como si también tuviera ella una mano que le tapaba la boca para que no pudiera chillar.

—¡Señorita Vera!

Fidela oyó el grito que rugió Damián detrás de ella y lo sintió pasar a su lado como un rayo. Y lo vio agarrar al señorito Héctor por los hombros y apartarlo de la señorita de un empujón.

Vera los miró con los ojos muy abiertos, primero a Héctor, que ahora estaba en el suelo y no se movía; después a ellos, a Damián, a ella, como si no los conociera. Ni llorar le salía. Solo intentar cubrirse el pecho con los brazos, en los que ya se le marcaban las huellas de los dedos de él, los moratones que le había hecho al agarrarla. Solo taparse con los jirones del vestido al tiempo que se separaba del árbol, sin darse cuenta de que las piernas no la sostenían.

La sujetó Fidela.

Y Damián, que aún tenía el corazón en la garganta y en la cara el gesto de espanto, se quitó la chaqueta para ponérsela sobre los hombros. No tenga miedo, Vera, le dijo, pero dio un paso atrás con el estómago encogido al ver que ella se revolvía nada más notar que la tocaban manos de hombre.

La ayudó Fidela a ponerse la chaqueta. Y, al apartarle el pelo de la cara, le vio el labio partido, la marca de un golpe en la mejilla hinchada. Apretando los dientes, Fidela volvió la vista hacia el bulto que era el señorito Héctor y por eso fue la única que vio que se movía otra vez.

—¡Damián! —gritó.

Pero el aviso llegó tarde. El señorito Héctor, sin llegar a incorporarse del todo, lo embistió como un animal y los dos hombres rodaron por el suelo.

Al principio golpeaban sin saber dónde. Con los codos, con los puños, con las manos. Los dos sin saber dónde, pero el señorito Héctor tenía

la ventaja de estar encima. Damián, con la espalda pegada a la hierba, lanzaba puñetazos y patadas a ciegas, le agarraba la pechera de la camisa, se retorcía debajo de él intentando moverlo, pero no le servía de nada. Con un aullido rabioso, como si en la cabeza solo le quedara un pensamiento y ese pensamiento fuera que no volviera él a levantarse del suelo, Héctor le clavó un rodillazo en las costillas y, sin darle tiempo a reaccionar, le echó las manos al cuello.

Que me mata, se dijo Damián abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

Porque de pronto sintió que le faltaba el aire y por fin lo venció el miedo que no había tenido hasta entonces. Y quiso arañar, pegar, patalear, arrancarle a Héctor los ojos de la cara con tal de quitárselo de encima, pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía apartar las manos que se le habían cerrado en la garganta. Envuelto en una espesura viscosa y densa, como de tener la boca y la nariz llenas de barro, como de querer gritar y no poder, aún tuvo tiempo de preguntarse cómo podía ser, de dónde sacaba el otro la fuerza para tenerlo a él así, sin poder moverse ni respirar. Y de repente, cuando ya estaba a punto de rendirse a la oscuridad que lo rodeaba, se detuvo el tiempo.

No oyó el golpe.

El primero. El que, de pronto, hizo que se aflojaran las manos que lo ahogaban.

No oyó el que vino después. El crujido del hueso, como una rama seca que se le parte al árbol. Solo notó que se movía el aire y sintió un peso muerto caer sobre su pecho.

Con un jadeo llenó los pulmones, que le ardieron como si los tuviera llenos de alfileres. Respira, se dijo, y se obligó a soltar el aire. Y otra vez, aunque le doliera. Respira. Dos, tres, cuatro veces, aunque le doliera, hasta que pudo mover los brazos y empujar el peso que lo aplastaba para quitárselo de encima.

Después de varios tirones consiguió desenredarse de las piernas del señorito Héctor y, clavando los codos en el suelo, se incorporó a medias, haciendo esfuerzos por ver con claridad.

Al cabo de un instante distinguió la silueta de la señorita Vera, que lo miraba todo con ojos espantados y también vio a Fidela, de pie, a su lado.

Damián volvió a tomar aire y miró al señorito Héctor. No se movía.

Juntando las fuerzas que le quedaban, se puso de rodillas. Tengo sangre en la camisa nueva, se dijo, si me viera la madre se pondría echa una fiera. De rodillas, casi gateando, se giró hacia el bulto que era el señorito. También él tenía la camisa manchada, goteando en la hierba. Todo lleno de sangre, pensó él al ver que se extendía aquella mancha chocolate que se iba comiendo el blanco de la camisa y todo lo demás. No se movía. Y tenía los ojos muy abiertos. Para no vérselos le giró la cabeza y luego se inclinó sobre él y le puso la mano en la muñeca, buscándole el pulso.

—¿Está muerto? —oyó, como a lo lejos.

La señorita Vera tenía algo en las manos y temblaba como si tuviera frío. A su lado, Fidela se agarraba con los puños crispados las mangas de la blusa. Damián levantó los ojos y las miró asintiendo.

—Lo hemos matado —oyó decir.

A la mañana siguiente, cuando se levantó de la cama, Fidela todavía llevaba la ropa puesta.

Con una calma que no tenía, como si el cuerpo que iba desvistiendo no fuera el suyo, fue quitándose las medias, la falda, la camisa y, ya desnuda, llenó de agua la palangana que tenía en la silla y cogió un paño para lavarse. Después buscó en el armario un uniforme limpio y otras medias y un delantal nuevo y, ya vestida, se puso delante del espejo y se miró despacio, como si pensara que se le iba a notar en la cara lo que había pasado esa noche. Le pareció que no. Con un suspiro, se sentó en la cama con las rodillas juntas y esperó a que fuera la hora de bajar al desayuno.

Desde la habitación, oyó levantarse a María y a Sole, que bajaron a encender la cocina y a recoger los platos y las copas y los manteles del jardín. Y a Pilar, se dijo, que había dormido con ellas. También oyó a doña Remedios, con sus toses, y a Doro, que siempre madrugaba mucho aunque siendo la cocinera no tuviera por qué. Por fin, cuando oyó dar las siete, se decidió a bajar.

Por el pasillo se encontró con Damián y con José, que venían del jardín con el gramófono.

Al cruzarse con ellos, Fidela aprovechó para mirar a Damián igual que se había mirado ella antes en el espejo, por ver si le notaba algo distinto. Pero no, se dijo. Solo la cara de no haber dormido. Y el cuello

de la camisa muy bien colocado. Después, cuando entraron José y él en la cocina a desayunar, con las mesas del jardín ya dobladas y recogidas en la armería y el gramófono en el salón, Fidela volvió a mirarlo de reojo con el mismo cuidado.

Damián, que traía en la mano un tenedor de postre que había encontrado tirado en el césped, lo dejó en el fregadero, dio los buenos días al aire y enseguida le dijo algo a María para tomarle el pelo. A ella, ni mirarla, pero al pasar a su lado, le rozó como sin querer el brazo con la mano.

No se tiene que enterar nadie de lo que ha pasado aquí esta noche, había dicho Vera.

Nada más sentarse a la mesa, Luis, el jardinero, anunció con un suspiro que había encontrado cristales rotos donde las clavelinas. Y que le habían pisoteado las dalias y los jacintos, decía, y que siempre igual con la juventud y que qué culpa de nada tendrían las plantas.

Que no se tenía que enterar nadie. Que les dirían a todos que ellos tampoco sabían nada. Y que se sorprenderían igual que los demás cuando se supiera que la señorita Vera y el señorito Héctor habían desaparecido y que también faltaba del garaje el auto de él. Y, al decirlo, la señorita Vera ya no lloraba. Ni le temblaban las manos como le temblaban antes. Ni tampoco la voz.

Echadas a perder, decía Luis compungido, entre sorbo y sorbo de café con leche, ya no se puede hacer nada…, decía partiendo trozos de pan con la mano para mojarlos en el tazón.

Nadie, eso era importantísimo. Así pensarán que nos hemos marchado juntos, dijo Vera con los ojos clavados en la celosía que había puesto Luis donde la alberca, que ocultaba el agujero que habían dejado hecho los albañiles para cuando tocara poner la fuente.

—Pensarán que nos hemos marchado juntos —repitió ella como si

quisiera convencerse también a sí misma—. Dirán que es cosa de los dos —dijo—, que lo teníamos pensado de antes.

Damián abrió mucho los ojos y negó agitando la cabeza, convencido de que, con el susto, la señorita Vera no sabía lo que decía. Ha perdido el juicio, pensó y miró a Fidela, que también decía que no apretando los dientes. Pero la señorita siguió como si no los viera. Clavó los ojos en la pala manchada de sangre que ahora estaba en el suelo y, con aire decidido, se agachó a cogerla y a quitarse el zapato que le quedaba puesto.

—Pensarán que nos hemos fugado —repitió.

Echadas a perder, seguía Luis mientras se terminaba el desayuno, un destrozo…, decía con aire compungido, y Fidela lo miraba de reojo y escuchaba en silencio revolviendo desganada sus sopas de leche.

Tenéis que aguantar hasta que se cansen de buscarnos, les había pedido Vera como si ya estuviese todo decidido.

—Al principio preguntarán —dijo—, pero después se convencerán de que no vamos a volver y dejarán de buscar.

Fidela, que miraba a Vera como si no pudiera despegar los ojos de ella, le cogió la mano, todavía con el no en los ojos.

—De esto no se va a enterar nadie.

Y ahora era de día y ellos tenían un secreto que nadie más sabía.

VI

—Lo hemos matado —repitió Fidela en un susurro.

La voz de Fidela no era la voz de Fidela, pensó Damián. Pero salía de ella, así que tenía que ser suya.

—Voy a ir al infierno —dijo con los ojos en la pala manchada de sangre. ¿Cuándo había corrido a por ella? ¿Cómo la había encontrado en el invernadero? ¿La había tirado? ¿Se la había cogido la señorita de las manos? ¿De dónde había sacado la fuerza Vera para terminar lo que había empezado ella y que el señorito Héctor soltara por fin a Damián y lo dejara respirar?

Y ahora estaba allí, tumbado en el suelo, sin moverse.

—Me van a llevar presa.

—Fidela… —Damián, todavía de rodillas, la miraba con los ojos muy abiertos, miraba la sangre que tenía ella en la falda sin comprender del todo, miraba a Vera, que había soltado la pala como si le quemara en las manos.

Por fin se levantó tambaleándose.

—Ha sido culpa suya.

—Eso no lo verán —dijo Fidela.

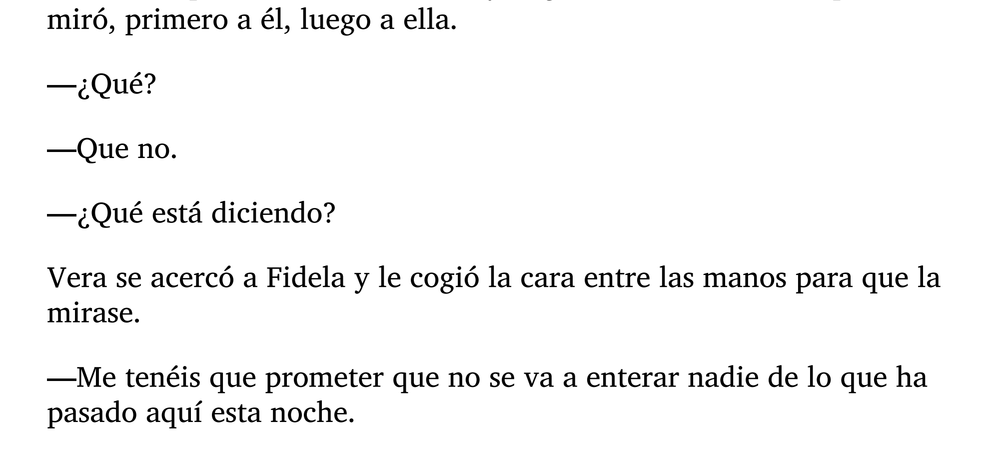
—Contaremos lo que le ha hecho a la señorita Vera. Y que a mí casi me mata…

—Eso no lo verán. Verán un muerto. Y dos criados con sangre en la ropa.

—No.

Aquella tampoco parecía la voz de la señorita Vera.

Tenía los ojos clavados en el bulto que antes era Héctor y en la pala manchada de sangre. Y su voz tampoco parecía la de la señorita Vera. Pero salía de ella, así que tenía que ser suya. Igual que la determinación con la que había hablado de pronto, cuando se dio



cuenta de que Fidela tenía razón, y el gesto decidido con el que los miró, primero a él, luego a ella.

—¿Qué?

—Que no.

—¿Qué está diciendo?

Vera se acercó a Fidela y le cogió la cara entre las manos para que la mirase.

—Me tenéis que prometer que no se va a enterar nadie de lo que ha pasado aquí esta noche.

Hasta la tarde siguiente, nadie se dio cuenta de que faltaba un auto del garaje.

GRACIAS

A mis padres, Paquita y Fernando, que, desde siempre, me rodearon de historias y de libros.

A mi hermano Eduardo, lector incansable y cómplice en la construcción del Espinar.

A Jesús que, hace ya unos cuantos años encendió, sin saberlo, la mecha de esta novela cuando me contó la historia de un muerto sin nombre que había aparecido en una excavación arqueológica.

A Izaskun y Julián, por ser como son, por hacer lo que hacen y por llevarme a Enciso.

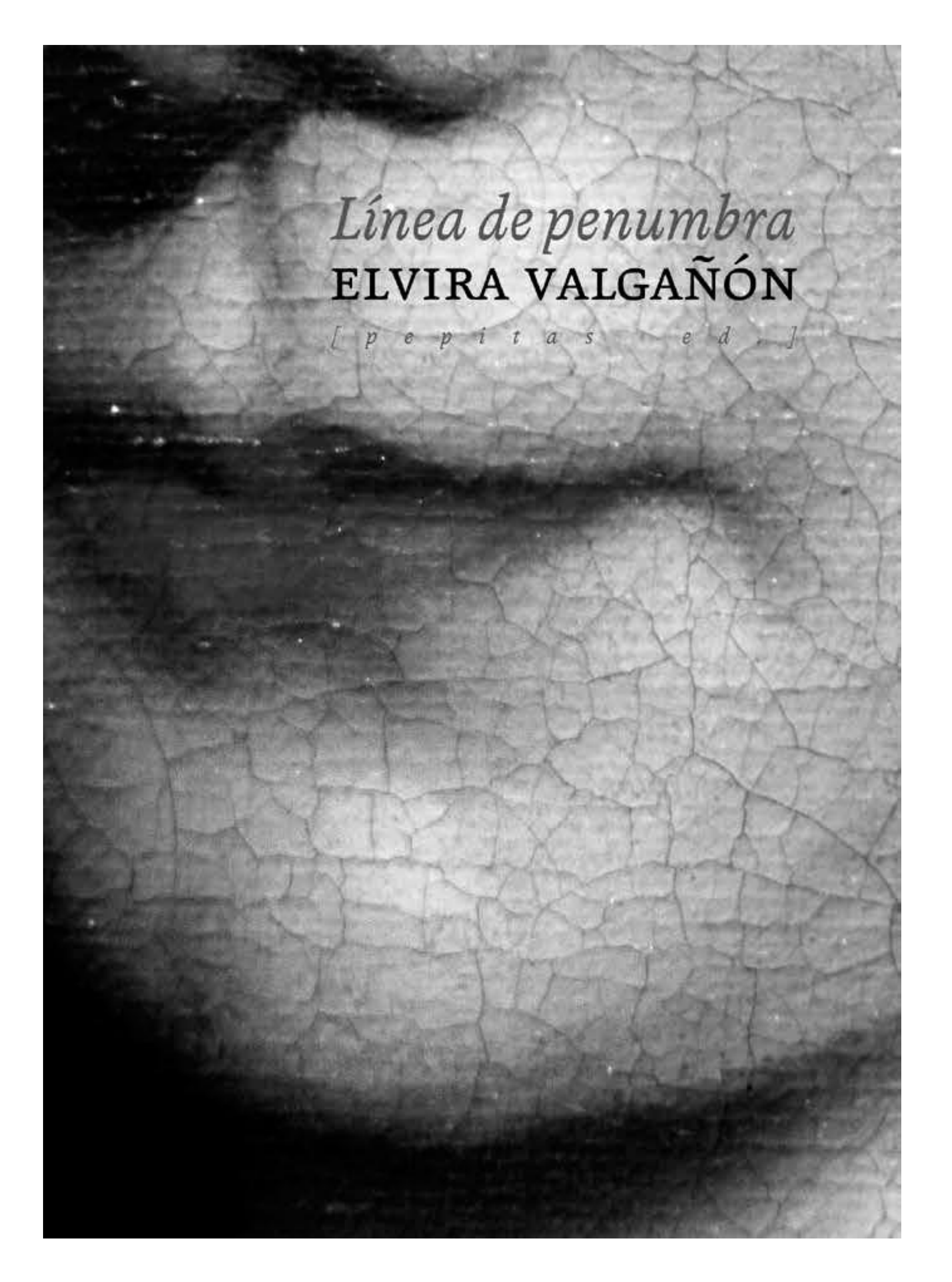
A Txus y Jose, que me abrieron las puertas de su casa encantada una tarde de finales de septiembre. No se me olvida la emoción con la que recorrimos sus pasillos y salones, ni aquella sensación de reconocer en ellos los de la casa del Espinar, donde habitaban Fidela y el resto de los personajes de la novela.

A Esther, por poner voz a mis palabras como nadie y por acompañarme con las suyas en tantos encuentros literarios.

A Raquel y Poty, por su lectura atenta y minuciosa y sus sabias correcciones.

A Julián y Víctor, por su empeño en seguir haciendo los libros que quieren y como quieren. Felicidades por estos 25 años de Pepitas, y que cumpla muchos más…

ÍNDICE


Línea de penumbra
ELVIRA VALGAÑÓN
[p e p i t a s   e d .]